868-82
PIEL
chan

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

N
ALQUILE
Carret

CHARLA QUE TE CHARLA

CHARLA QUE TE CHARLA

Coleccion de Artículos,

NOVELAS, HISTORIAS, CONFIDENCIAS,

Sublimidades agenas y vulgaridades propias,

TODO EN PROSA LISA, LLANA,

USUAL Y CORRIENTE EN ESTOS REINOS

POR

Juan J. Relosillas

(de la órden de periodistas descalzos)

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
BIBLIOTECA CANOVAS
Diputación Provincial
MALAGA

MALAGA.

Imprenta del «Correo de Andalucia».

Casapalma, 7.

1887.

R-554-

C.L.28-I-1.953

Es propiedad.

B. L. M.

Al Señor Don Manuel Domingo Lários
Marqués de Lários,

Su afectísimo amigo y atento servidor el padre de esta heterogénea criatura literaria, y le suplica encarecidamente, tenga la bondad de tolerarle benévolo el verdadero atrevimiento de poner bajo su égida protectora estas desaliñadas páginas.

Ambos somos hijos del trabajo, y aunque el trabajo conserva para mi toda la severidad y toda la dureza del mandato biblico, trabajando se recrea mi espíritu, y á los que trabajan pertenecen todas mis simpatías.

Juan J. Relosillas aprovecha gustosísimo la ocasion de ofrecer al Sr. D. Manuel Domingo Lários público testimonio de gratitud, y se ofrece de nuevo á sus órdenes leal amigo y servidor sincero, aunque humilde.

Málaga 9 de Octubre de 1887.

AL QUE LEYERE.

1358

Quien canta su mal espanta, dice la sentenciosa copla popular.—Yo que no tengo voz (ni casi voto) ni estilo, ni oido, he de contentarme con canturrear *sotto voce*, en prosa vil para mayor ignominia, si quiero espantar males ó penas.—En realidad, lo que yo hago no puede llamarse cantar y, hombre verídico y amigo de las definiciones precisas, declaro que lo que en otros ingenios privilegiados es canto atrayente y deleitoso, en mí es locuacidad vana y efímera.—De aquí el título de este libro, modesta y fiel es-

presion de mi pensamiento que, CHARLA QUE TE CHARLA, vá pasando los años y con ellos dejándose á la espalda buen trozo de la calle de la Amargura que todos hemos de recorrer en esa fatigosa etapa que conduce desde la cuna al sepulcro.

Desde el grillo á la Patti, larguísima série de criaturas dotadas de voz, lanzan al aire y pregonan á gritos mas ó menos nobles y expresivos, sus sensaciones, su estado de ánimo, sus ideales, sus alegrías, sus penas, y sus ansías ó deseos. —Y tan necesaria es al espíritu esta especie de evacuacion que se opera por medio de los sonidos articulados que sirven para representar ideas, necesidades físicas, ó sentimientos afectivos, que hay quien habla solo, y despues de largo monólogo se siente tan aliviado como el que tiene jaqueca y busca en una buena dósis de rapé y en el consiguiente estornudo (con ó sin Jesús, Maria y José,) el medio de que se le descargue la cabeza.—Yo soy de esos, no precisamente de los que toman rapé, sinó de los que hablan solos, unas veces porque no puedo ya con la carga de cosas que tengo que decir,

otras porque no me entenderia el interlocutor mas avisado, por sobra de rareza, incoherencia ó oscuridad de mi discurso; dicho sea modestamente, y para que nadie suponga que me creo ininteligible en fuerza de ser sublime.

Yo no haré jamás un libro bueno, ni una comedia representable, ni un drama pasadero siquiera, apesar de que esas faenas y empeños están al alcance de todas las voluntades, y hay niño que tiene ya planeada una tragedia, y feto que, allá en las lobregueces del claustro materno, se entretiene en idear situaciones á lo Echegaray y novelas á lo Pedro Antonio de Alarcon.—Y no haré nada de eso, por mi maldita mania de charlar siempre lo que se me antoja, sin atenerme á reglas, principios, supuestos, premisas, y demás compromisos que contrae todo autor al comenzar la obra proyectada.—Yo escribo de lo que se me ocurre, así sea una majadería; yo digo las cosas como se dicen en la vida íntima, familiar y corriente; yo pienso en voz alta, como piensan otros metidos en su concha y cuidando mucho de que ni la palabra ni el

gesto delaten al pensamiento; yo soy caballo de buena boca (¡vea V. con que modestía me bestializo!) y no desdeño asunto por trivial; un muchacho que juega, un beodo que escandaliza, una nube que rueda magestuosa por el cielo, un gato que dormita ó se acicala á lengüetazo limpio, cualquier cosa, en fin, me llama, en su clase, la atencion, y merece buen rato de charloteo, porque yo al escribir no persigo quintas esencias, ni me entrego á especulaciones científicas, sinó que satisfago una necesidad apremiante de contarme á mi mismo lo que pienso, siento, y quiero, bien que con frecuencia me suceda que no sé lo que quiero, ni lo que pienso, ni lo que siento.—Esto tiene sus inconvenientes y sus ventajas.—Escribiendo por pura mania de escribir, el estilo se hace vulgarote y pedestre; pero en cambio, sinó digo al público cosas trascendentales en frases conceptuosas y pulidas, esmaltadas de rancios arcaismos, tengo el gusto de comparecer ante ustedes *los señores del márgen*, sin afeites literarios, y lo que es mas de agradecer para quien compra un libro por el gusto de echar

un rato á perros: sin proponerles problema alguno, sin hacerles pensar siquiera.

Hay quien se sentiria súbitamente enfermo de ictericia, si dejara de ir una sola noche al café à tomar su racion de *palique* con amigos ó conocidos que no le sirven mas que para eso, para hablar tonterias que presumen de agudezas.—A mí me sucede lo mismo; no puedo prescindir del acostumbrado dialogo con las cuartillas, y de lo que en el fondo es una necesidad apremiante, he hecho un vicio agradable para engañarme á mi mismo; porque aquí donde ustedes me ven, el dia que yo me entere de que escribo para comer, no cojo la pluma ni para firmar el recibí de 50.000 duros en dinero tangible.—Del mismo modo, en cuanto me aperciba de que es un deber sério la consecuencia politica ó me demuestren que las leyes humanas son *á fortiori* y fatalmente inviolables, me hago carlista (pongo por disparate) ó me declaro criminal por mi gusto, aunque sepa que doy un pesar á mi apreciable familia.—Yo que nada tengo ¿qué tendria si tampoco tuviera libertad, ó mejor dicho, expontanei-

dad, que es la facultad de ser libre y la aptitud para serlo?—Despues de todo, si yo tengo el derecho de ser un tántico voluntarioso y salvaje, los demás tienen el de tomarme tal como soy ó dejarme; porque como el pescador progresista del cuento, yo echo al agua mis anzuelos sin carnada ni añagazas, y el pez que quiera que pique, y el que nó que lo deje.

Và Vd., pues, lector condescendiente, á soportar un mónologo con sus puntas y ribetes de tiránico, porque yo tomé la palabra al trazar la primera letra de la portada, y no he de dejarla hasta que escriba el punto final; pero no reñiremos por eso.—Cuando Vd. se canse tira Vd. el libro, despues de haberlo pagado, por supuesto, que yo no me ofendo si bostezan los que me oyen, y creo, con aquel crítico de la conocida anécdota, que el sueño es una opinion como otra cualquiera.

Ya estamos de acuerdo en lo esencial; yo escribo de lo que se me antoja, sin plan preconcebido, sin órden ni concierto, sin someter los materiales de este libro á un trabajo de seleccion, sin estar obligado á que los asuntos sean bonitos, in-

teresantes, profundos por el concepto, ó bellos por la forma; y Vd. me oye como quien oye llover, ó me lee como leen en sus devocionarios algunas devotas bonitas: sin parar mientes en la letra ni el espíritu.

En los detalles, hemos de estar tambien conformes; porque como yo no dogmatizo, como yo no trato de convencerle, como yo no llevo en una mano el Corán y en otra la cimitarra, nos entenderemos perfectamente desde el momento que Vd. sepa, y ya lo sabe, que todas estas letras negras y apiñadas en formacion correcta, no son mas que sonidos, signos que me permiten estar unas cuantas horas CHARLA QUE TE CHARLA.

Las ideas puede Vd. hacer que se las sirvan aparte.

LAS CUATRO ESQUINAS DE MARIBLANCA

(NARRACION DE UN CURIOSO PROCESO MALAGUEÑO.)

Cien veces habrá usted pasado por la prosáica encrucijada que llaman *Las cuatro esquinas*, sin sospechar siquiera que allí se ha representado drama doloroso, que allí se han debatido complicados problemas de moral pública y privada, que allí vivió, otras veces, la gente mas meticulosa y severa de toda Málaga, temerosa de Dios y amiga del bien parecer, *hasta las cachas*.

Efectívamente; hoy desemboca usted de la calle Ancha con direccion á la de Montaño, bien para tomar la ruta de San Fe-

lipe, antigua residencia de sabios religiosos y hoy centro de la piedad elegante, bien para dar con su persona en las empingorotadas alturas del Cuartel de Caballería, y ni á la ida ni á la vuelta se ha de fijar usted, ciertamente, en una casita estrecha, de mal parecer, que á duras penas se sostiene en pié, como esos borrachos que hacen milagros de equilibrio por un fenómeno incomprensible de la energía y de las leyes de la estática.

En 1782, aquellos sitios tenian ese misterio propio de los lugares apartados en los grandes centros de poblacion.—Por milagro resonaban los ecos bulliciosos de una zambra; el *hermano del pecado mortal* era el único que desde las once de la noche turbaba el apacible silencio con el triste canticio de sus oraciones, dichas á voz en cuello para apercibir á las almas próximas á perderse y recaudar, de paso, algunos maravedises; y la *ronda de pan y huevo* la sola accion, entre vigilante y benéfica, que se permitian las autoridades cerca de los vecinos de aquel barrio, por todo estremo pacífico, como era de rigor estando enclavado entre dos conventos, el de la Merced

que ha venido en parte á convertirse en lugar pecaminoso de públicos espectáculos, y el de San Felipe, donde la física, las matemáticas y todas las ciencias exactas, han sustituido à la teología, cediendo á la accion invasora de lo nuevo.

¡Como han cambiado los tiempos!—Donde antes moraba el escándalo, he visto sucederse diversas industrias: un depósito de yeso, y un puesto de melones á cala, entre otras.—Donde vivió el Argos moralista, que tanto papel vá hacer en esta verídica historia, existe una inmoral taberna.

Aún no habia empezado á soplar del lado de Francia el huracan revolucionario que nos trajo una porcion de simientes, malas y buenas, y un Rey intruso tan calumniado como buena persona.—Nuestros abuelos dormian felices y tranquilos sobre el mullido lecho de la tradicion, y la empresa del gas no podia entonces acibarar las noches malagueñas con sus amenazas de dejar á oscuras la ciudad del *Tanto monta*, que no era todavia *la primera en el peligro de la libertad*, dado que la libertad no peligraba, por la razon obvia de que no

la habia; que de haberla, hubiera peligrado como ahora peligra cada vez que quieren salvarla sus sectarios.

Advierto en este punto que me estravío y aparto de mi pensamiento capital, y como de entregarme á mohosas disquisiciones y á fiambres filosofías, pudiera caer en el pecado cursi de pretender juzgar un siglo y unas costumbres con el criterio flamante de la época presente, cierro la espita de la crítica, y entro decididamente en materia.

Sucedió que un dia de julio de 1782, el Sr. D. Cristóbal Baeza, del consejo de S. M. y de la Sala de sus Alcaldes de Casa y Córte, que lo era á la sazon de Málaga y su distrito, cogió con ademan magestuoso la vara, simbolo de sus atribuciones, y por ante el Escribano José Antonio de Ayala (que aun no habia podido recabar un *Don* aristocrático que lo distinguiese del vulgo de los mortales) dictó un auto ¡pero que auto! que andando el tiempo, y como usted vé, habia de merecer los honores de la publicidad, en las por entonces sospechosas letras de molde.

El caso era arduo; la buena fama de

Málaga puesta en entredicho; alterada la pureza de las costumbres; el extrangero gozando las primicias del amor de las mujeres indigenas; y esteriles los esfuerzos del Santo Rosario, que salia todas las noches de la hoy reconstruida iglesia de la Aurora, con gran concurso de fieles y no flojo consumo de cera.

¡El rumor público..!—Otras veces, con ser el rumor público mas apagado y débil, tenia importantes resonancias.—Ahora, el *se dice* de los periódicos no vale dos cominos, y con ocurrir al cabo del dia tanto y tanto desman contra la vida, la honra, y la hacienda del prógimo, muy pocos procesos se encabezan con autos motivados por el rumor público.

El Sr. D. Cristóbal Baeza pensaba de otro modo (y de ello me alegro) y así fué como dijo, hablando *ex cathedra*, el dia 2 de Julio del año de Cristo de 1782:

—Qué habia llegado á sus noticias que en las *Cuatro esquinas de Mariblanca*, y en la casa que está á la derecha conforme se sube de la calle Ancha Madre de Dios, vivian desposados, pero sin dar señales de casarse como Dios y su Santa

Iglesia quieren, Salvadora Torrijos, conocida por *la Torrija*, una malagueña de formas curvilíneas, alegría de aquellos barrios y niña ventanera y dada á músicas si las habia (estos pelos y señales no los consignó el Sr. Baeza, pero constan por modo fehaciente) y un diablo de extrangero nombrado Antonio Carrabucha, natural de Ragusa, que echaba de su persona un olorcillo á casado en su tierra que no habia podido menos de llegar al olfato legal del Sr. Alcalde mayor.—Que en su consecuencia debia de mandar y mandaba recibir declaracion á los sabihondos y comadres del barrio, para depurar si aquello que, tiro de ballesta, parecia conturbenio afrentoso, éralo en realidad; que resultando confirmadas las vehementes sospechas y las pudibundas figuraciones de S. S., se registrase á hora desusada de la noche, á esa hora en que el crímen se confia y duerme, el domicilio de *la Torrija*; y que en caso de hallarse en él Antonio Carrabucha, *el Raguso*, se le embargasen bienes; prevision que admiro, porque si bueno es que la justicia trasnoche para echar la zarpa á los delincuentes que pe-

can contra el sexto, bueno es tambien que cobre con arreglo á arancel; que no vive un escribano solamente de buenas acciones.

En 105 años, ha cambiado la estructura de los jueces, juntamente con la estructura y el espiritu de las leyes. ¿Que le importa á nadie que *los Ragusos* se muestren rehacios á la hora de casarse, ni que institucion peligra por que *las Torrijas* se entreguen al extranjero?—Esas inmoralidades, no suben ya en vapores asfixiantes hasta las mismas narices de la justicia ordinaria.—Si acaso, una mano diligente y piadosa coje un sello del correo interior, y allá vá un anónimo que cuenta á la esposa engañada como y cuando la burla su marido, ó al Gobernador de la provincia donde distrae sus ocios labrando moneda falsa ó *tirando de la oreja á Jorge*, cualquier modesto y laborioso caballero.

Los apegados á lo nuevo creen de buena fé que hemos progresado, y yo digo que se equivocan.—Esa letal indiferencia del público, que ya no dá cencerradas á los viudos que se casan en segundas nupcias, no es señal de cultura, sinó muestra de debilidad; esa impunidad de que gozan *Torrijas*

y *Ragusos* contemporáneos, es signo evidente de que cada criminal tiene millares de congéneres, dispuestos á ser sus cómplices.—Antaño se odiaba el delito y se compadecia al delincuente, sin que esto hubiese llegado á ser un aforismo jurídico-moral; ogaño no se repara en el primero, y se envidia al último.—¡Signo del tiempo!

En este verídico proceso desenterrado por mano diligente, todo es encantador, curioso y elocuentísimo.

¡Cómo se vé al sentimiento nacional, palpitar, hervir, bajo la pluma del cartulario José Antonio de Ayala!—¡Cómo se adivina en los complicados rasgos de la rúbrica del Sr. D. Cristóbal Baeza, la noble y religiosa ira de aquel pecho cubierto de blancas chorreras, y el ardor de aquel cerebro, volcan en actividad, bajo la nieve de un peluquin empolvado!—Decididamente, hay que ponerse de parte del juez severo é incorruptible, del vecindario escandalizado, y de los testigos diligentes y parlanchines.

Aquel Carrabucha, cuyo apellido apenas puede salir completo de una boca castiza, seria acaso uno de esos seres desdichados que amanecen con la boca negra

en fuerza de meterles el diablo, durante la noche, su rabo humeante, cerdoso y bañado en azufre, asfalto y otros betunes.—Acaso el *Raguso*, con desprecio de los elegantes del barrio, infería mortales heridas al orgullo patrio y á la gentileza de los mocitos del vecindario, rindiendo de tal guisa la virtud de una malagueña con mote y todo.—El escándalo, que perjudicaba tanto á la moral como á la curia eclesiástica que no acababa de percibir los derechos del expediente matrimonial, debia concluir y concluyó.—Veamos como.

Isabel Moreno, casada, habitante en la calle Ancha, compareció ante el Sr. Alcalde de Baeza.—No se fije usted en que la testigo era mujer y acaso fea, ni en que debia odiar à *la Torrija*, mujer galanteada, lo cual supone mujer bonita.—Fíjese usted solamente, en la gravedad de las declaraciones que salen de boca de la deponente.

Ella conoce á *la Torrija*; y la vé al balcon con un extranjero, muy juntitos por cierto. —Una noche que habia luminarias en la ciudad, salieron juntos y no volvieron hasta las once de la noche.—¿Quiére usted mas escándalo?—Pues lea usted.

Las crónicas han querido conservar su nombre para escarmiento de pícaros *ragusos*.—Se llamaba Francisco Xavier Muñoz y era zapatero; un hombre importante, que tenia en sus manos los *cimientos* de aquella sociedad honrada; que conoceria tal vez al dedillo los juanetes del mismo Alcalde mayor, y el pié de que cojeaba la señora Alcaldesa; que proveería de sandalias al prior de la Merced, y de chapines de raso á sus devotas hijas de confesion.—Vivía, para que la posteridad no alegue ignorancia, en la casa que es hoy taberna y hace esquina á las calles Ancha y de Mariblanca, conforme se sube de la Plaza de Riego por la acera izquierda; es decir: frente por frente al balcon de *la Torrija*, á dos pasos del cràter; en el mejor sitio de Málaga para ver al *Raguso* ejerciendo sus criminales artes.

El bueno de Francisco Xavier Muñoz, ocupado en batir decorosamente la suela y otras materias primas de su iudustria, no se habia fijado en los acontecimientos.—Verdad que veia al *Raguso* y á *la Torrija* juntos al balcon y en la intimidad mas estrecha, pero los creia marido y mujer, has-

ta que una criada de *la Torrija* le participó que no estaban casados.—No estrañe el lector benévolo si alterados el pulso y la ortografía del testigo, firmó *Xaviel* por Xavier; que el varon mas fuerte y despreocupado se turba ante un crímen nefando y un juzgado celoso.

Detrás del Sr. Francisco Xavier Muñoz, declara su legítima consorte Juana Moreno, cuya edad no se cuidó de espresar el Escribano; pero en la sobriedad de su declaracion, en el aire de malhumor que se advierte en todo su breve relato, se conoce que la *señá Juana*, como la llamarian las comadres del barrio, era una mujer jóven y guapa, no satisfecha del todo con su marido, ni con el *tirapié* de su marido; una de esas mujeres que se resignan aparentemente con la prosa de sus cónyuges correlativos, pero que conservan en el fondo del alma un deseo latente no satisfecho, una sed inextinguible de algo superior al aroma del cerote, unas ansias mortales de ver las estrellas, las nubes y los campos, por otra lente menos ahumada que los empolvados y turbios cristales del aparador de su tienda.—Acaso la *señá*

Juana se moria de envidia en un rincon de su portal cada vez que *la Torrija* y *el Raguso* salian al balcon á representar el idilio de sus amores reprobados; acaso la *señá Juana*, adelantándose á su siglo, sentia vagos presentimientos de esa idea que ha tomado cuerpo andando el tiempo, á saber: que el amor no es delito.—Pero sea ello lo que quiera, consideremos á la *señá Juana* envidiosa ó malhumorada, la verdad es que declaró entre desabrida y cauta.—Ella nada sabia; la sirviente de *la Torrija* se lo habia dicho; no estaban casados, pero salian juntos.

Súbitas irradiaciones de purísima claridad legal entraron en el alma del señor D. Cristóbal Baeza, por el tragaluz de sus probables antiparras de oro.—¿Qué otras pruebas podia exijir el juzgador mas bonachon y condescendiente con el crimen?—*El Raguso* era un pillo, y *la Torrija* otra que tal; empecatados ambos y dignos del rebenque, á cuyo compás cantaba entonces el verdugo las excelencias de la Ley.

Tómelo usted como quiera, á la noche siguiente debian acabar los placeres del

Raguso, y convertirse los deliquios de *la Torrija* en tormentos merecidos.—La jaula donde aquellos dos tórtolos se arrullaban esparciendo el vicio por toda la vecindad, habia de tornarse en mansion lóbrega del dolor, y servir de cárcel al cuerpo bonito que antes la habitaba como dueño y señor.

No se sabe porque razon desaparece aquí la severa persona de D. Cristóbal Baeza y entra en su lugar un D. Antonio Mora y Peiral, regidor perpétuo, que á la una de la madrugada de un dia 13, aciago como todos ellos, tomó el camino de las *Cuatro esquinas* asistido por el Escribano Ayala, una ronda de alguaciles, y fuerzas del regimiento provincial de Málaga, como si se tratase de una arriesgadísima expedicion guerrera, en vez de pacifica, justiciera y reparadora diligencia judicial.

Recios golpes turban el silencio de la noche.—Las viejas comadres despiertan de su sueño poblado acaso de libidinosas pero recatadas visiones; y entre el crugir de un postigo empujado por la curiosidad y los ladridos de un perro que confunde los

aldabonazos de la justicia con los punibles ruidos del caco que entra por asalto, despierta Carrabucha que, como otro Anníbal reposa en las delicias de Capua y vé probablemente, temeroso de perderla, la carita morena de *la Torrija*, mas hermosa y mas apetecible que nunca.

—¿Quién es?—pregunta la voz miedosa de una mujer asomada al balcon mismo donde los presuntos criminales hacen alarde de su intimidad.

—¡La justicia!—grita en la calle con campanudo acento el Regidor perpétuo.—La patrulla requiere sus fusiles de chispa; los alguaciles ponen mano á la empuñadura de sus inofensivos espadines, y el Escribano se apercibe á dar una vez mas la fé que no se concede, por modestia, á solas con sus protocolos.

Por fin, suenan las aldabas y cerrojos de la casa de *la Torrija*, se abre aquella puerta de burdel, y la justicia se encuentra cara á cara con la esfinge.—A la luz vacilante de las linternas, sube las escaleras el Sr. Regidor perpétuo con mas prisa de la que á sus años y á su gravedad conviene, y á medida que sube, un

olor marcado á barragania va dilatando su nariz de magistrado trasnochador.—Sobre un colchon de lana, enmedio de la sala principal y solo, completamente solo, como el actuario Ayala tuvo muy bien cuidado de consignar, encuentran al *Raguso*.—Mas adentro, una alcoba oscurísima propone á la curiosidad del juez y sus adjuntos ministriles, este pavoroso problema: ¿que hay aquí?—Ayala, el Escribano Ayala, ha tenido la bondad de dejarlo escrito en letras de á cuarta: una cama vacía, que no presentaba señales de haber servido recientemente.

Nueva batida en busca del *cuerpo del delito*, literalmente hablando:—Al Sr. Regidor perpétuo, hubo de sucederle lo que á un querido amigo mio, que entró distraidamente en un establecimiento de bebidas y pidió un sello de correos.—Esto no es estanco, caballero, sinó una taberna,—le contestó el que despachaba, tal vez ofendido en su dignidad.—Pues entonces, deme Vd. dos copas de mallorca;—replicó mi amigo que, como la justicia en el caso de *la Torrija*, no queria *irse de vacío*.

Al cabo de prolongada correría, en una

habitacion alta, tan alta como la nocion moral de todos aquellos austéros visitantes, *la Torrija* velaba llena de castos terrores, que tomaron proporciones enormes al resonar de las armas, al bullir de los alguaciles y al rumor de los pasos pesados y monótonos de los soldados del provincial de Málaga.—El bueno de José Antonio de Ayala se calla como un muerto en lo que atañe y toca á describir el estado de excitacion de *la Torrija*.—Lástima que estos autos curiosísimos no contengan el retrato de la delincuente, como ahora es uso y costumbre cuando se trata de grandes criminales; bien es verdad que la fotografía andaba entonces tan lejos del siglo, como el Sr. Baeza de sospechar que á los 105 años habia de danzar en las páginas de un libro.

Cara á cara con aquella Magdalena de las *Cuatro esquinas*, la justicia se mostró severísima.—Las diligencias descriptivas del registro, lo prueban con veracidad indisputable.—Los jueces de hoy dia, jóvenes y galantes, no hubieran podido permanecer cuatro ó cinco horas mortales *vis á vis* con una mujer hermosa á quien el desaliño del traje, el temor, lo insólito de

la aventura y el misterio de esa hora en que comienza á poblarse el aire de los ruidos poéticos del dia que amanece, prestaban nuevos encantos.

Consta que *la Torrija* no tuvo tiempo para vestirse, por que la mirada del Escribano vió sobre una silla el corpiño de seda y la falda con alamares de la reo, amen de unos microscópicos zapatitos bajos que en un rincon de la estancia pregonaban la brevedad del pié de aquella empedernida pecadora.

La Torrija, pues, declaró como una Vénus sorprendida en el baño por los lúbricos sátiros, temiendo descubrir sus hechizos y sus delitos; pero declaró al fin, que era á lo que la justicia iba á aquellas horas desusadas, sin ocurrírsele, tal vez por falta de erudicion clásica, imitar á Friné y convencer à los jueces con la muda y hermosísima elocuencia de su desnudez.—Dijo llamarse Salvadora Torrijos, de estado honesto; que vivia con sus padres en aquella misma casa; que estaba desposada hacía seis meses con Antonio Carrabucha, nada menos que por medio de escritura pública y solemne; que aguardaban, para celebrar

el matrimonio, ciertos papeles requisitados que habian de llegar de Ragusa, y que su prometido era católico, apostólico, romano, aunque traducido al *raguso*; item mas: que en aquella casa que suponian de escándalo, habitaban sus hermanas y todos sus familiares, como en salvaguardia de su honor; y que si Carrabucha pernoctaba en la casa, hacíalo con el recato propio de un hombre cristiano y el debido á una doncella auténtica, y, por consiguiente, honrada.

La Torrija lloró tanto y tan bien, fué presa de tan mortales congojas, volvió con tal arte sus negros ojos, llenos de lágrimas cristalinas que temblaban en las sedosas y largas pestañas, hacia el Sr. Regidor perpétuo, que así metia la nariz indiscretamente en los misterios de su conciencia, de su corazon y de su alcoba, que la justicia conmovida no pudo menos de..... llevar á cabo el embargo decretado en los bienes de los que llamaremos consortes bajo el punto de vista criminal, con gran contentamiento del Escribano, á quien el airecillo de la mañana (esto es una mera cavilosidad mia) iba aguzando el apetito.

En este proceso singular, hay para to-

dos los gustos.—Los arqueólogos y numismáticos pueden hallar noticias exactas de la indumentaria en uso á fines del siglo pasado; y los moralistas, esos seres interesantes hechos *ad hoc* por una voluntad suprema para poner en accion el gráfico y popular adagio de que *una cosa es predicar y otra dar trigo*, datos preciosos sobre la honestidad en tiempos de Godoy y de Pepita Tudor.

Comenzó, al fin, el embargo.—A Carrabucha trabáronle un vestido completo, color de ciruela, galoneado de plata, seis salchichones de Génova, y un jamon dulce, sobre cuyas propiedades tónicas y reconstituyentes, Ayala no dice una palabra en la diligencia descriptiva de aquel solemne acto.

Que *el Raguso* era hombre de malas costumbres, no es lícito dudarlo.—Por lo pronto, resulta probado, gracias al piadoso celo de aquellos beneméritos funcionarios, que le gustaba el lujo, que tenia vanidosa complacencia en deslumbrar á los mocitos del *Barrio alto*, con el galon de plata de su vestido color de ciruela; y que la gula en-

traba por mucho en los móviles de su conducta justiciable y perversa; por que no se comprende de otra manera aquel afan de atesorar vituallas esquisitas, no siendo fraile jerónimo, ni abate, ni siquiera empleado en Expolios y mostrencos con uso de despensa.

¡Cómo aborrezco al *Raguso*, apesar del tiempo y la distancia!—Enmedio de aquella característica miseria, se complacia en comer, con la esplendidez de Lúculo, jamon dulce y salchichon libre de toda sospecha de triquina.—Mientras los españoles netos iban todos los dias en punto de las 12 á las gradas del convento que cojian mas cerca en busca de la sopa, si escasa de materias asimilables rica en bendiciones, él, extranjero odiado, se regalaba de lo lindo; y entre tajada y tajada solía poner á contribucion el zumo ardiente de las cepas malagueñas y los sabrosos besos de *la Torrija*, como si no encontrando bastante grande un pecado, lo empalmase con otro de mayor cuantía, á fin de llegar directa y brevemente al infierno por el camino de todas las destemplanzas.

Todavia me estremezco de placer cuan-

do, por medios puramente imaginativos, reconstruyó aquella sociedad dichosa.—Todo giraba en una órbita prevista.—La clase media empleaba sus aptitudes en hacer zapatos, porque todavia no estaban abiertas para ella las puertas de las conspicuas posiciones.—La plebe tomaba el sol en invierno, y en verano entretenia los eternos ocios de su indolencia musulmana oyendo de una á tres de la tarde los sonoros ronquidos de frailes, prebendados, caballeros de los cuatro hábitos, golillas, asentistas, covachuelos y *tutti quanti*, que dormian la siesta atiforrados de perdices, capones, y otros ejemplares preciosos de la fauna comestible.—Solo *el Raguso*, con soberbia satánica, era osado á copiar punto por punto las costumbres de las personas de calidad, y se entregaba á Vénus y á Baco, comiendo salchichon de Génova en los entreactos.

Se conoce que el Juzgado tomó á mal la madrugada, y que, por otra parte, defraudado el deseo de hallar á *la Torrija* en brazos del *Raguso* (porque ya lo ha dicho Ayala, entre la lujuria del extrangero y los atractivos de Salvadora habia un hollado de por medio) llamó al arma toda

su bilis, y allí fué el no respetar la debilidad del sexo de *la Torrija*, ni ese algo sagrado que tiene el traje de una mujer bonita, semejante á las vestiduras en contacto con esas adorables imágenes que venera en los altares el mundo creyente.—De estas retóricas no entendia ó no quiso entender el cartulario.—Su mano huesosa, larga, afilada, mitad garra, mitad humano miembro, acarició nerviosa y sibarita la cerradura del arca de oloroso cedro donde Salvadora guardaba sus galas de vírgen presunta, próxima á obtener el ascenso inmediato.

Es lástima que no corra por ahí un libro impreso *De las profanaciones*, para copiar un capítulo entero á propósito de las visitas indiscretas al fondo del guardaropas de una muchacha bonita en vísperas de casarse á fines del siglo XVIII.—Ahora llaman *trousseau* á los atavios que la etiqueta de Himeneo exije de la novia.—Los periódicos, polilla de las costumbres reposadas y patriarcales, violadores insaciables de todos los misterios, publican el número de enaguas que las señoritas aristocràticas llevan en dote, y al hacer escan-

daloso inventario de las chambras guarnecidas de encajes, de las camisas ténues, transparentes y vaporosas, parece como que rajan el velo del pudor de la virgen social; que no otra cosa es eso de facilitar al curioso los términos de comparacion dándole sobrado motivo para exclamar ande una canastilla de boda, que tiene algo de nido y de tabernáculo: ¡que bonita estará lo novia en camisa de dormir! ¡que trovocativa estaria Safo, poetisa, enamorada y en enaguas blancas!—Caso de que Safo las usara para perseguir el consonante, que eso está todavia por averiguar.

Salvadora, sentada sobre el borde de su lecho, mal cubierto el hermosísimo busto con las blancas y desordenadas ropas de la cama, parecia la estátua del dolor femenil, ese dolor que por trágico que sea, participa siempre de innata coqueteria.—Los alguaciles daban al aire elocuentes resoplidos en presencia de aquellos hombros modelos por un Pigmalion tan hábil como poco compasivo, y ante las vituallas decomisadas *al Raguso*, como si la justicia no pudiera respirar cómodamente en una atmósfera de lujuria y de gula.—Ayala, con los

autos bajo el brazo, los espejuelos calados, la pluma tras la oreja y cada ojo como una taza, iba y venia de una à otra estancia sobrellavando puertas y añadiendo á la lista de lo embargado sumandos y mas sumandos.—La escolta del provincíal de Málega que habia cedido armas á la toga, veia tranquila aquel saqueo en que nada iba ganando.—Apuntaba el dia; el vecindario se echaba á la calle, quien para oir la misa de los cazadores que en la vecina iglesia decia un secular que tenia fama de ligero, quien para ir al mercado antes que los legos postulantes se llevasen lo mejor y mas bien parado de los comestibles.—En este mismo momento de salir el sol, fué cuando Ayala juzgó oportuno proceder á la autopsia del arca, que habia guardado para lo último, como un gloton guarda para fin de fiesta el bocado mas esquísito.

Arrodillóse Ayala á la vera del arca, y y abriéndola con gran solemnidad, como si su instinto le dijera que allí estaba el premio de sus vigilias, comenzó á pescar preciosidades y á subirlas á la superficie provocando á cada paso un murmullo de

admiracion del cuerpo de alguaciles y un hondo suspiro de *la Torrija* que, mujer al fin, hubiera perdonado el atropello cometido en daño de su honra, la mala noche, y hasta su aprehension en ropas menores, si la dejaran sus trapitos de dia de fiesta.

Primero salió una mantilla blanca, al parecer de punto de Flandes.—Luego siguió una docena de diminutos pañuelos de finísima holanda con guarnicion de encajes.—Despues una nube de camisas bordadas al tambor.—Mas tarde un guardapié de tela de seda; y en las capas profundas fué encontrada una falda de color de pulga con alamares negros.

La moda es siempre la misma.—No hay extravagancia que no le sea lícita; ni capricho suyo que no obedezca con el servilismo de la esclavitud, ese ser tegido de caprichos, que se llama mujer.—Así se comprende que *la Torrija* pudiera cautivar as potencias todas del *Raguso* con un vestido color de pulga, y así se explica que Vénus no haya necesitado mas galas para inventar las pasiones eróticas en el génesis de su hermosura, que las blanquísimas es

pumas del mar, cuando allá en Chipre, una isla que el sol adora desde que tiene rayos ardientes y enamorados que enviarle y luz en que envolverla, salió todavia casta, pero ya incitante, del seno de las aguas azuladas y frescas.

La mujer del siglo pasado era superior al prosáico color de pulga, como la de esta centuria está por cima de las feas veladuras del sombrero *Niniche*.—Recuerdo que *el eterno femenino* inventó el *miriñaque*,—salvavida que en colaboracion con el aire sirvió para perder á mas de cuatro naturalezas débiles,—y estaba superior á la crítica sobre aquel trono ondulante que comenzó siendo una máquina deforme de de toscas pleitas y acabó por ser un mecanismo de complicados resortes.—Con falda ceñida á las prominentes caderas, con magestuosa cola, ese aditamento de seda inventado por la décima musa, la musa del derroche, para darse el placer insensato de arrastrar por el lodo algunos miles de reales, la mujer no puede por menos que cumplir el destino de su vida: hacerse adorar.—Asi es que las crónicas no mienten, ni pueden mentir, cuando refieren y con-

signan que la falda de color de pulga que usó en su viviente Salvadora Torrijos, era el hábito de la tentacion.—Por eso, sin duda, Ayala la describe minuciosamente en la diligencia de embargo, y tiene el buen acuerdo de consignar que estaba casi nueva, que era de medio paso, y hecha con lujo.

Con visibles muestras de malhumorada decepcion realizaba Ayala el secuestro de aquellas galas femeniles, que tanta depreciacion habian de sufrir llegada la hora del remate; pero así como hay un abogado contra la peste, y otro que vela por los borrachos, debe de haber un tercero que conduce á buen término, desde su asiento de nubes, los negocios de los escribanos.—Este santo, que inspira á los mortales deseos de delinquir ó de pleitear, y cuida del fenómenal crecimiento de las tasaciones de costas, no podia dejar á Ayala sin asistencia en aquella memorable noche.—De repente se animó la fisonomía del cartulario con los resplandores vivísimos del júbilo.—Un resto de duda, esa niebla del alma, velaba la frente contraida del depositario de al fé pública; pero poco á poco subió la ale-

gría desde la mano al cerébro, gracias á los buenos oficios del sentido del tacto, y todo el mundo judicial allí presente comprendió que en el fondo del arca de *la Torrija* se desarrollaba un drama.—Cuando ya la espectacion habia secado todas las fáuces, cuando todos los ojos codiciosos brillaban hasta eclipsar la luz siniestra de las linternas de la ronda, Ayala sacó el brazo y tras el brazo un talego cuyo vientre abultado era nuncio de una preñéz pródiga en doblones de á ocho, esa simpática moneda, vulgarmente llamada onza, que la raquítis financiera del siglo actual no sabe producir, con harto dolor de los que aman el dinero por el dinero mismo.

Respiraron todos los pechos constreñidos por la emocion.—Las costas estaban aseguradas, gracias á que en el talego de Salvadora habia 5336 reales en hermosísimas monedas que amarilleaban en la oscuridad como los cien ojos de un Argos felino.

Requirió Ayala un tintero de cuerno que habia estado á punto de volcarse cuando el hallazgo del tesoro, y sentando una partida mas en el inventario de aquellos bie-

nes muebles con tantas molestias aprehendidos, dió por terminado el acto del embargo mas alegre que cuando emprendió la ruta de las *Cuatro esquinas*, en pós de un crímen que habia llegado á dar de sí, apenas exprimido, doblones y chacina.

Antes de irse con la moral y la ley á otra parte, el Sr. Regidor perpétuo quiso hacer una hombrada, y encarándose con Salvadora, que tiritaba de ira y de miedo, la declaró formalmente presa á las resultas del proceso, y le prohibió, bajo pena de azotes y otras conminaciones, salir de las casas de su morada hasta que en mérito de lo actuado así lo acordase la justicia, si á ello habia lugar en derecho.—De esta retahila de frases curialescas, no entendió *la Torrija* mas que lo que estaba á la vista: que se quedaba sin los 5336 reales, y por añadidura presa, con grave daño de su honor que ya á aquellas tempranas horas del dia colgaba en informes girones de los dientes de las comadres del barrio.

Con ademán severo bajó el Sr. Regidor perpétuo; tras él echó Ayala cargado con los doblones y los autos; tras Ayala desfilaron los corchetes, conduciendo los co-

mestibles embargados, y el piquete del provincial de Málaga cerró la marcha, como para protejer la retaguardia de aquella procesion solemne hasta frisar en lo augusto.

No me detendré á describir la hermosura de aquel amanecer de un dia de Julio; pasaré por alto los besos que la brisa matutina estampó en el rostro ojeroso y pálido del Sr. Regidor perpétuo, por que la brisa es coqueta, y desde que existe está besando lo mismo la faz siniestra del verdugo, que la fisonomía resignada de la víctima; no tomaré nota del olor á albahaca que aquellas horas bajaba de todos los balcones, donde en sendos tiestos habia pasado la noche al sereno el simpático emblema del odio; no levantaré acta de los comentarios que devotas madrugadoras, pinches de casa grande, menestrales que iban á su trabajo y paseantes por higiene, hicieron largo rato ante la casa de *la Torrija*, señalada con mancha indeleble desde que se vió salir de ella tan aparatosa comitiva.—Las viejas se santiguaban, la gente jóven sonria con malicia, y todos á compás designaban con el dedo rígido de indignacion,

aquel recinto de la barragania por tantos conceptos pecaminosa.—Poco á poco se disolvieron los corrillos; abriéronse las puertas, y el Sr. Francisco Xavier Muñoz volvió á batir la suela, no sin lanzar á hurtadillas miradas entre curiosas y tímidas por el remordimiento, hácia aquellas cuatro paredes que él habia convertido en transparentes cristales con sus declaraciones.—Posible es que la displicente esposa del maestro de obra prima, se creyese del todo vengada de la superioridad de *la Torrija*; pero en lo que no cabe duda es en que la victima de aquel verdadero ciclon judicial corrió, apenas estinguidos los pasos de los odiados perseguidores, á arrojarse en brazos del *Raguso*, y á llorar sobre el pecho amado la definitiva ausencia de la mantilla blanca de punto de Flandes, de la falda color de pulga, y sobre todo, de los 5336 reales, como cinco mil trescientas treinta y seis flores, sustraidos á su dote.

Del *Raguso* no se acordó el juzgado para maldita de Dios la cosa; si habia delito, él era uno de los delincuentes; si urgía solucionar aquel lazo nefando; si era preciso concluir con aquella promiscuidad afren-

tosa, el *Raguso* debió ser encarcelado ó cuando menos expulsado del teatro de sus abominables excesos; pero ni el juez proveyó sobre su destino, ni Ayala le notificó providencia alguna relativa á su persona.—Diríase que la justicia estaba ahita de severidad y de prevision, despues de hallados los doblones de á ocho de *la Torrija*.

No faltarán críticos mordaces que noten esta laguna, y piensen que el rigor judicial de aquella edad dichosa servía mas para ayuntar amantes, puesto que los dejaba juntos y encerrados, que para disolver uniones ilegítimas.—Desbarre cuanto guste la crítica y atengámonos á los autos.

Consta en ellos que la jurisdiccion de extranjería llamo à si la causa, por ser extranjero Carrabucha; y por fin, el 23 de Julio del mismo año, D. Cristóbal Baeza, Alcalde mayor mas antiguo, en vista de un oficio del conde de Jerena, capitan general de la costa, y juez nato protector de extranjeros, para apartar á Carrabucha y á *la Torrija* del trato libidinoso, que como cosa cierta y probada se suponia mediar

entre ellos, mandó que se les apercibiera formalmente y con todo el rigor de derecho, de que, en el caso de reunirse de nuevo, ó de escribirse ó comunicarse de algun modo, serian condenados á cuatro años de presidio, quedando alzada la prision que Salvadora sufria en su casa.

Ignoro si como el capitan Febo, *el Ragu-so* y *la Torrija* tuvieron un fin trágico, es decir, si se casaron.—Los autos no dicen una palabra mas de aquel nido deshecho, de aquellos amores brutalmente extinguiguidos ante la amenaza del presidio, ni de aquellos seis salchichones genoveses, ni de aquel jamon dulce que debia de ser al pujarreño, ni de aquellos 5336 reales en oro, cuya oclusion tan amargamente lloraba *la Torrija*.

Pero aunque no lo digan los autos, me consta positivamente que si la justicia no hubiese perdido aquel carácter invasor y patriarcal que, à Dios las gracias, revestia en 1782, para adquirir esa especie de pasividad descreida que hoy la distingue, seriamos muchos *las Torrijas* y *Ragusos* empapelados y conminados con algunos años de presidio.

De lo que no estoy seguro es de que los actuarios modernos emplearan tan bien sus noches como Ayala empleó la del 13 de Julio del año 1782 de la era cristiana; porque los enamorados del dia, cuando mas, se aman en calderilla.

UN PASEO POR LA ETERNIDAD

(NOVELA SUBJETIVA.)

Ven muerte, tan escondida,
que no te sienta venir;
por que el placer de morir
no me vuelva á dar la vida.

AQUELLA noche me habia yo acostado mas tarde que de ordinario.

Abrumado por un duro trabajo de 16 horas; harto de perseguir ideas en el vacío desvan de mi inteligencia; rendido á la enojosa fatiga de escoger el modo mas crudo y el ataque mas certero entre todas las locuciones de esta sonora lengua española; hastiado de corregir erratas inagotables en las pruebas, húmedas, tal vez, por las lágrimas de la ortografía; enervado, agotado, aplanado, en fin, por

esta para mí tan antipática y tan atrayente labor del periodismo, me fuí en busca de la superficie, relativamente blanda, de la cama, con la pupila todavia llena de relampagueantes musarañas, hijas del turbio y desigual flamear del petróleo, y de la forzada fijeza en el blanco papel y en las negras letras, que aun danzaban en mi retina como una legion de inquietos y diminutos duendes.

Estendí los entumecidos miembros; bostecé con fruicion de sibarita que se dispone á paladear el dulce sueño, y tras breve vagar por la region de los recuerdos, me dormí poco á poco, prosáica y tranquilamente, como se duerme el pobre que no deja tras sí tesoro alguno expuesto á la rapacidad de los vigilantes cacos.

Primero entorné los ojos, porque aun me molestaba la ténue luz que llenaba de misterio mi pobre alcoba; luego sentí como si poco á poco fuera sumergiéndome en un oceano de negra tinta muy fluida; y tras una repentina sensacion de frio, asaltáronme angustias indescriptibles, vime obligado á abrir y cerrar convulsivamente las mandíbulas, como quien da las postreras

boqueadas para aspirar el último aire que ha de dilatar sus pulmones; pasaron ante mis ojos violados y bruscos relámpagos que rasgaban las sombras densísimas de que estaba rodeado, haciéndome ver la espantable é infinita soledad del vacío; súbitos acudieron á mi cerebro todas las encantadoras remembranzas de la niñez, todas las dichas y todos los infortunios de mi vida; surgieron de repente, mas tenaces que nunca, las dudas que han agitado mi espíritu durante 38 años; sentí correr de nuevo por las heladas megillas todas las lágrimas que derramaron mis ojos ahora espantados y ansiosos; experimenté, por último, la sensacion horrible de algo que arrancaban de mi ser, y en esta lucha titánica de mi conciencia empeñada en retener su integridad, comprendí que bregaba á brazo partido con la muerte, que mis fuerzas concluian de segundo en segundo; y al cabo de una eternidad que duró inapreciable fraccion de tiempo, salieron de mi cuerpo los últimos alientos vitales, y quedé muerto sobre la cama apenas tibia, tan prosáica y silenciosamente como me habia quedado dormido.

BIBLIOTECA DE ESCRITORES MALAGUEÑOS
Diputación Provincial
MALAGA

Tras esta zambullida en el no ser, tras esta momentánea extincion del sentimiento y de la conciencia, salió mi espíritu á flote como el cuerpo humano sale á la superficie del mar, despues de haber recorrido las capas líquidas empujado por la gravedad.

De que estaba muerto y muy muerto, no tenia la menor duda; mi cuerpo reposaba inerte; mis miembros se iban poniendo rígidos; el sudor se secaba en mis sienes al calor tibio de la sangre, aun no enfriada del todo en las ya tranquilas arterias; pero al salir de aquel abismo de oscuridad y de silencio, volví á recobrar todas las potencias del alma, y hasta me hallé en posesion de los sentidos corporales.

La luz del dia, un espléndido dia de Enero, filtraba sus rayos azules y sonrosados por todos los resquicios abiertos á su sutil naturaleza.—Yo estaba junto á mí, ó muy cerca de mí, pero no dentro de mí porque veia totalmente mi cuerpo á regular distancia, rígido, con las trastornadas facciones como modeladas en cera, al modo de esas fotografías en que algunos ex-

travagantes se hacen retratar con su propia cabeza entre las manos.

Poco á poco fué adquiriendo mayor intensidad la luz antes tímida y débil de la mañana.—Los muebles y objetos de la alcoba adquirieron bulto y se definieron perfectamente.—En un ángulo, la cama donde mi pobre hijo soñaba acaso, como se sueña á los 17 años, sin sospechar siquiera su orfandad.—En la percha, la ropa de mi uso, vacía y macilenta como los cueros famosos despues de hendidos por D. Quijote en la encarnizada batalla de la venta. —Sobre la mesa, y en el suelo, alto rimero de periódicos abiertos y esparcidos al azar; en la pared y presidiéndolo todo, la imagén de Maria, sonriente, como si un sentimiento de compasion brotase de su divino espiritu ante aquel muerto voluminoso, y aquel niño dormido, cuya respiracion pausada y cuyas megillas rojas, denunciaban la salud y la tranquilidad de la conciencia.

Fuera de mi envoltura carnal, como me encontraba, sentia el frio marmoreo de aquella carne antes hirviente al calor de las pasiones.—Léjos de mi antigua per-

sonalidad humana, incorporeo é invisible, me daba cuenta de mi materialidad por los sentidos, y por la vida de relacion que no se habia extinguido en mi, ni mucho menos.—Llegaban á mis oidos los rumores de la ciudad al despertarse, semejantes á los bostezos de un mónstruo que se despereza.—Abrianse con estrépitos las puertas; sonaban en las aceras los pasos diligentes de los que van con la primera caricia del sol en busca del trabajo y del pan cuotidianos.—Alegre concierto de esquilas, trajo hasta mi el recuerdo de pastoriles sinfonías y reminiscencias de églogas felices y regocijadas.—Los canoros cautivos, sacudian su plumaje en las jaulas, picoteaban los hierros de sus prisiones, y saludaban con penetrantes y alegres notas aquel bellísimo amanecer en que el sol parecia mas dorado, el ambiente mas lleno de perfumes, y las eternas lágrimas de la aurora mas tristes y poéticas al resbalar por los cristales y al temblar en las terciopeladas hojas.—Todo renacia à la vida; los hombres, la Naturaleza, las aves, la ciudad, el cielo, espléndidamente ataviado como para presidir las bodas de una de las Gra-

cias.—Solo yo, lívido, inerte, con barba y cabellos erizados por las contracciones de la agonía, continuaba ageno á aquel sublime concierto de vitalidad; solo yo era materia y detritus, en aquella manifestacion solemnísima del mundo del espíritu. —Yo, que habia podido sustraerme á tres epidemías coléricas, de ellas dos, la de 1855 y la de 1860, verdaderamente formidables; yo, á quien habian respetado las balas de la milicia nacional en el ciclo guerrero de mi existencía, cuando se le daba un tiro á cualquier ciudadano por vía de propina de la libertad; yo, que habia tenido el triste placer de asistir á los entierros de tantos amigos; yo, que habia resistido, no ya la idea del suicidio, que fué en mi obsesion pertinaz en época de desconsolador descreimiento, sino que supe y pude resistir á la intoxicacion lenta pero segura, que el constante roce de necios y badulaques produce en la economía humana, habia caido, al fin, muerto como un simple mortal, sin gloria y sin testigos, repentinameute, como muere la res aplanada por el golpe del cachetero, y sin haber tenido tiempo de que los hombres me

juzgaran por dentro, despues de tantos años de efímera y bochornosa exhibicion en ese burdel que se llama la vida pública. —¡Era cosa de desesperarse!—pero como un muerto no tiene mas remedio que aceptar callado la suprema y absoluta pasividad de la nada, me estuve quieto, y por primera vez comprendí, apreció y practiqué la virtud cristiana que llaman resignacion;—porque han de saber ustedes, que mientras hubo en mí un soplo de vida, ni me sometí á voluntad agena, ni supe que cosa era la obediencia, ni fui jamás de otro perecer que el mio, ni acepté mi sino desgraciado, ni reconocí gerarquías, ni dejé de protestar en el santuario matriz de todas las libertades, en el pensamiento, de todo y contra todo lo existente, en el órden de la injusticia, de la desigualdad, del acaso bestial que preside casi siempre lo que parece mas ordenado y lógico.— Sea, pues, lícito, á un vivo tan salvaje, regalarse un poco con el recuerdo de sus humildes debilidades de muerto.

Al fin y al cabo, la resignacion resulta fácil y hasta agradable, porque es nieta de la reflexion, hija de la conveniencia y pri-

ma hermana del egoismo.—¿Qué me habia ofrecido la vida en su monótona sucesion de dias?—Un constante y rudo batallar por ella; una profunda huella de hiel en el alma; una série no interrumpida de fracasos; un interminable anhelo del bien entrevisto y jamás logrado; una batida fatigosa por entre los jarales y abrojos de la sociedad, en busca de ese ignoto continente que se llaba el *duro diario*, sin el cual no arde el fogon, ni gruñe la puchera sus apetitosas romanzas, ni se está *presentable* en las solemnidades sociales, ni hay alegria posible, ni raciocinio, ni manifestacion alguna de la decorosa y reposada vida espiritual.—Hecho este balance desde el rincon donde mi espíritu se habia refugiado, no pude menos de dirigir una mirada á mis tristes despojos, mirada en que se confundieron la lástima y el desprecio, y me estimé bien y felizmente muerto.—Se acabaron para siempre las ánsias y decepciones que forman el brusco contraste de la vida; finalizó la farsa; cayeron los toscos velos en que se arrebujan los convencionalismos y fingimientos propios del tráfago social; yo no pertenecia ya á la chusma que rema, ince-

santemente azotada por todos los infortunios, en la galera «Humanidad»; me habia redimido; estaba libre, y ¡á cuán poca costa!: unas cuantas muecas en la sombra, un dolor menos, pero mucho menos, intenso que el que producen un desengaño ó una charranada, y todo concluyó, silenciosa y felizmente, como es preciso que sucedan las cosas lógicas é insignificantes.

Y como digno remate de mi liberacion por la muerte, un descubrimiento trascendental, decisivo: el alma existe, ó por lo menos yo habia venido usando y aun abusando, durante una larga série de años, de un alma superior y anterior à la materia organizada, por cuanto al realizarse la descomposicion y transformacion de aquella, mi alma funcionaba libre é independiente, sin importársele un ardite la putrefaccion que á grandes pasos se apoderaba de mi carne.—Para el que habia dudado, no era moco de pavo el descubrimiento; para el que un tiempo se recreó en las teorias de *fuerza* y *materia*, y luego fué positivista al hallar en el materialismo no pocas hipótesis especulativas, la prueba era concluyente; me hallaba en presencia

de *un hecho*: ¡yo tenia alma y no era de cántaro!—Me acordé de no pocas personas conocidas que en este punto están todavia en entredicho, y no pude menos de felicitarme.

Pero como está de Dios que las dudas sigan al espíritu, y constituyan respecto del alma lo que las propiedades físicas son respecto de los cuerpos, de súbito asaltóme en forma de interrogacion, una duda punzante.—¿Cómo es que mi alma continúa apegada á la tierra, despues de libre de sus lazos terrenales?—Yo no tengo la soberbia pretension de creer que mi alma ha debido remontarse en raudo vuelo á las paradisiacas regiones; yo estoy convencido de que no há lugar á aplicarme la pena de purgatorio, porque harto he purgado mis faltas desde el dia siguiente de cometerlas, ya que la impunidad, esa forma de manifestarse lo que llamamos suerte, no tendió jamás sobre mí sus alas protectoras.—Yo, como esos criminales que merecen la horca ó la absolucion, merezco el infierno ó la gloria; pero es el caso que no me siento subir á la mansion de las eternas venturanzas, ni descender al báratro, como me es-

taba temiendo desde que tuve uso de razon. —Y comenzó á ponérseme de gallina la carne espiritual.—La broma era demasiado pesada.—Pase que la conciencia humana parta inmediatamente para otras regiones, y que el ser inteligente, pensante y volente, se sustraiga al comercio con los vivos, aunque haya de encontrar al fin del viaje tormentos inconcebibles, no soñados siquiera por la dantesca fantasía; pero quedarse de cuerpo presente siempre; conocer á los que nos han rodeado tal y como son, no tal y como ellos procuraron ser; asomarse al abismo del pensamiento que nos ha venido juzgando durante una vida; ver en las impenetrables anfructuosidades de la agena conciencia, estallar la risa, mientras corren lágrimas de imitacion por megillas que hacen esfuerzos incalculables por aparecer trastornadas y pálidas de dolor; oir como de unos lábios trémulos á fuerza de estudiadas contracciones, brota un ¡Dios lo haya perdonado! mientras la voz invisible del que reza ó se compunge, grita: ¡me alegro!; sentirse masticado por el diente del enemigo, y envuelto en ráfagas de odio provinentes de ojos que nos

miran piadosos al parecer, y que quisieran quemarnos con sus rayos y aventar despues nuestras cenizas; encontrarse con una inmensidad de afecto donde uno ha creido ver siempre desvío ó indiferencia, y topar con tal tesoro cuando no son posibles las tiernas emociones, ni hay medio de devolver sus agasajos al cariño; rozarse, contagiarse, encenagarse así con la realidad impura, es como si el ojo humano no pudiera ver en las mariposas mas que gusanos, y en el sabroso fruto y en la olorosa flor, el estiércol de donde tomaron sus principios nutritivos.—Iba á verme cara á cara con la verdad, y tuve miedo despues de muerto: el colmo de la cobardía.

Tornó de su sueño mi hijo, y muy muerto debia yo de estar cuando no le envié el acostumbrado beso matinal.—Lloróme mi ángel con pena desgarradora; y aquellas lágrimas al enfriarse sobre mi helado rostro, irradiaban luminosos vapores que alumbraron la inmaculada conciencia de mi pobre huérfano.—¡Y, cosa estraña! hasta despues de muerto no sentí la primera satisfaccion legítima y absolutamente verdadera de toda mi existencia; porque al

ver desde mi invisible atalaya con los ojos del espíritu aquella infantil conciencia desgarrada, supe que al menos un dolor, el de mi hijo, no tenía mácula; que al menos aquellas lágrimas, brotaban espontáneas y puras; que al menos aquella pena, me seguiria fiel hasta mas allá de la zanja.

La *toilette* de un muerto, es la mas difícil y complicada de todas.—Al reo se le viste la hopa con relativa facilidad y con dignidad relativa, sin que tenga la lúgubre faena nada de profanacion; pero el amortajamiento, la *toilette* de ultra-tumba, por lo general á cargo de manos mercenarias, no es solemne, y á las veces resulta poco caritativa.—Deberia escojerse un término medio entre el prolijo fajado de los muertos egipcios, y el traje de etiqueta que endosan á los españoles que tuvieron prendas mayores en su viviente.—En fin, hago gracia al lector de las manipulaciones de que fué objeto mi cadàver; y renuncio á describir la triste soledad en que quedan los pobres muertos civilizados, de quienes huye el cariño para ser sustituido por la oficiosidad asalariada.—¿Será que el dolor teme manifestarse ante su

causa eficiente?—¿Será que los dolientes no tienen confianza en su pena?—¿Será el dolor como esos dramas de gran espectáculo, que no pueden representarse sin el aparato que requiere su interesante argumento?—Y, ¿donde me dejan ustedes *el duelo*?—Las señoras hallan pronto ocasion de hacer discretas y oportunas indicaciones sobre los trajes de luto mas en boga, y que á la vez pueden salir por una bicoca. —Caballeros agudos que ensayan un chiste aprovechando los periodos de calma, no faltan tampoco.—Surgen á cada paso consejeros llenos de sabiduría, que citan porcion de frases hechas; el consuelo en forma de sandéz manoseada.—Para sentir es menester comer;—dice uno, sentenciosamente, pretendiendo empapar las lágrímas del hijo ó ahogar los trágicos gritos de la madre, con una chuleta á la milanesa ó una taza de sustancioso caldo.—Aquel refiere una aventura picante; el otro recuerda varios ejemplos de enterrados vivos; una viuda de ladrillo refractario, quiero decir, incapáz de abrasarse en el fuego de los recuerdos, consagra una lágrima á su difunto y una sonrisa al vivo que tiene

mas cerca.—Algunos fuman; la conversacion se generaliza reposada y afable, como si la catástrofe que ha congregado á aquella gente trivial y rutinaria, hubiera ocurrido en los antípodas.—La amiga de la casa, pide á la dueña las llaves del ropero y de la despensa, para llevar sobre sí todo el fatigoso peso de la fúnebre jornada.—Los amigos de confianza, van y vienen presurosos ultimando detalles, dictando órdenes, contribuyendo á la confusion; secos los ojos, apercibidos á la risa, rebeldes y agenos á la angustiosa realidad.—Y enmedio de este tragin hijo de ridículos convencionalismos, nadie cae en la cuenta de que la sobriedad en la accion y en la palabra, se impone; nadie dice discreto y elocuente: ¡llora y reza! porque esto seria decir muy poco, y nadie quiere quedarse corto, temeroso de que sorprendan lo menguado de su dolor.—Y así, artificio sobre artificio, en la casa mortuoria todo llega á ser convencional y ajustado á los antiguos patrones; solo el muerto, embutido en un ataud, rígido, inerte, frio, con su traje mas flamante y su camisa de cuello mas duro y estrecho, parece como que

mira á través de sus mal encajadas pestañas al que discurre en torno de él atizando los cirios, cuidando del órden de la exhibicion en la capilla ardiente, agitando el cacharro del cloruro, yendo y viniendo con mosconeo incesante, y encendiendo al paso la colilla del raquítico y ensalibado cigarro en aquellas piadosas antorchas que la costumbre ó la religion encendieran.—Y como yo tenia aprendido que en estos casos, el muerto es el único que está bien en su papel, quise verme y me ví, con tan austero continente, con tal seriedad digna y apacible, que á no haber sido espíritu mas ó menos puro, yo mismo me p iropeara, permitiéndome el lujo de quemar, una vez siquiera, en obsequio mio, el incienso que por toneladas habia quemado durante mi sacerdocio periodístico, ante los altares donde se veneran las divinidades sociales.

Nada mas triste que las tristísimas casas mortuorias de esta que llaman clase media, y no es mas que extremo resíduo del gran veguero social.—De la casa mortuoria del pobre, al menos, salen al exterior los agu-

dos gritos de los dolientes que lloran con estrépito su desgracia.—El vecindario se agolpa á la puerta; la comadre acude al duelo con su basquiña negra; el vecino y el amigo no dejan de asociarse con triste espresion al dolor, algo y aun algos rudamente espresado; pero enmedio de lo mucho que, por desgracia, hay tambien de convencional en las costumbres populares, degeneradas sin progreso, nótase facilmente que allí las pasiones están menos descortezadas, y la casa donde hay un muerto deudo de Juan del Vulgo, ofrece signos característicos de pesar, que son muy otra cosa que los signos notados en el domicilio de la mediocridad.—Y no digamos nada de nuestras aldeas; allí el viudo vela sentado á la cabecera de la perdida consorte, sin separarse un punto de aquellos restos queridos, sério, pensativo, triste, pero varonil, que las lágrimas serian desdoro en las megillas de nuestros templados campesinos; y cuando es llegada la hora de la inhumacion, no se permite que manos mercenarias toquen siquiera al ataud, que es conducido, generalmente á brazos, por los amigos y parientes del muerto.—No lo digo esto

porque yo pretendiese imponer á mis escasos deudos y à mis poquísimos amigos, el trabajo verdaderamente hercúleo de conducir mis 12 arrobas de carne mal oliente desde mi casa al cementerio; pero noto, despues de muerto que la cultura rudimentaria ó imperfecta propende á romper lo mas tarde posible los lazos, frágiles de suyo, que ligan al muerto con los vivos, mientras en un estado social mas perfecto, en las clases mas privilegiadas, hechas las últimas muecas, el lacayo, el criado, ó el dependiente de las pompas fúnebres, sustituyen á la madre, al padre, al hermano, ó al esposo.—¡Qué triste, pero qué cómodo es todo esto!—Lo lamento en clase de cadáver perseguido por abusivas corruptelas, pero lo celebro en clase de indivíduo amigo de ahorrarme todos los malos ratos posibles. —De la casa mortuoria de la clase media, no sale un grito que perturbe el sosiego del vecindario, ó que caiga bajo las severidades del bando de buen gobierno.—Los cierros y balcones, desprovistos de sus cristaleras, dejan escapar algo del perfume cadavérico, y muda, pero elocuentemente, pregonan la catástrofe.—En la acera de

enfrente, chiquillos y mujeres curiosas, que hablan quedo como influidos por el ambiente de tristeza que allí se respira, se empinan para lograr ver algo del muerto, los piés con las puntas vueltas hácia arriba, las manos amarillas y violaceas cruzadas, siquiera, ó el paño blanco que cubre las inmobles facciones.—Al llegar la noche, y con ella un periodo de relativa calma en el agitado tráfico del dia, se oye el chisporroteo de los cirios, que recuerda acaso los justicieros estallidos de las hogueras infernales.—Siniestras sombras chinescas se destacan en la opuesta pared; las luces oscilan solicitadas por las corrientes de aire, y diríase que en aquella estancia abandonada, que desde la calle se adivina fria y solitaria, baila la danza macabra una legion de crugientes esqueletos.—De vez en cuando, sale al balcon á respirar un aire menos cargado de tristezas y de principios deletéreos, el encargado de atizar las luces, y su aparicion inesperada arranca ahogados gritos de pavor á las maritornes de la vecindad que comentan el suceso y espían las novedades probables.—Poco á poco llega el dia, y ante su luz

no menos alegre porque haya de besar la faz helada de un muerto, palidecen y se extinguen los humosos resplandores de los cirios; la exhibicion aumenta en interés; el acto solemne del entierro está próximo;—¡es menester ver eso!—dice el vecindario curioso recatándose tras los visillos de los entornados balcones; y eso mismo dijo mi espíritu al trasladarse desde la alcoba, à la que no llamo capilla ardiente, por que ni aun muerto me gusta abusar de las figuras retóricas.

Llegué en un momento propicio, pues me habian dejado sólo, y pude recrearme en mis fláxidos y macilentos despojos.—Era yo, no cabia la menor duda, y me parecian imposibles, sin embargo, aquella quietud, aquella resignacion, aquella indiferencia musulmana, y aquella pasividad. —Yo que habia protestado de todo y en toda ocasion; yo que era un eterno disidente mio, porque no recuerdo haber estado conforme conmigo mismo jamás, habia aceptado la muerte, y lo que es mas grave, á juzgar por las inequívocas muestras de satisfaccion impresas en mi rostro, estaba contento, como puede estarlo la materia

inanimada cuando la dejan en reposo y en brazos de las dulces leyes de la inercia.

Y ahora que viene à pelo, bueno será decir que yo estaba bastante presentable en mi calidad de muerto pobre y de pobre muerto.—Habíanme vestido mi único traje, y con no tener mas que uno evité grandes preocupaciones á mis testamentarios,—que no pudieron dudar si vestirme de Maestrante, si de Jefe superior de administracion, por que no fuí ninguna de las dos cosas, y porque aun cuando hubiesen querido vestirme el uniforme de capitan de la milicia ciudadana, era el caso que aquella milicia á la que pertenecí en mis verdes y ardorosos años, no se distinguió por la uniformidad de su indumento.—Una cosa me desagradó extraordinariamente; sobre la piel amarillenta, lívida, de mis manos, aun se distinguian en los dedos pulgar, índice y medio de la derecha, tres manchas de tinta violeta, últimas huellas de la labor odiosa en que yo recababa el pan de acibar que alimentó mi cuerpo sin saciar jamás el espíritu.—Cosa era para desesperarse, que yo no pudiese comparecer en el otro mundo sin aquellas manchas acusadoras y

molestas, cuyo calor fundia la nieve de la muerte, y llegaba hasta el cerebro, como si en los yertos dedos tuviera algo luminoso y abrasador.—Por fin, me resigné á llevarme á la tierra aquel testimonio de mis malandanzas, y dando reposo á los ojos, me dispuse á oir lo que se hablaba.

En la calle, frases entrecortadas daban á conocer que mi muerte, al menos, habia despertado cierta curiosidad.—Breves diálogos sobresalian entre el rumor confuso de la vida y la circulacion, y el curioso satisfecho seguia su camino en busca del almuerzo, como es lógico que suceda en organismos que viven á beneficio de la indiferencia.—Figúrese V. lector de estas memorias de ultratumba, un hombre de sensibilidad tan esquisita que llore al pensar que un su hermano en Adan ha muerto, que recuerde en las gratas horas de reposo que hay séres sin cama y sin abrigo, ó que caiga en la cuenta de que en el momento mismo en que él se lleva á la boca el manjar regalado, caen desfallecidos y famélicos multitud de séres, para no volver á levantarse, aniquilados por el hambre.—Este filántropo-arquetipo, acabaria

por suicidarse, ó por morir tísico, sinó remataba en loco furioso.—Ya lo dice, no sé si una sentencia de perfecta y sana moral, ó una receta casera de la filosofía parda: la caridad bien ordenada comienza por uno mismo.

—¿Publicaremos mañana el periódico?—interrogó una vez conocida.

—Es preciso,—respondió otra voz que érame tambien familiar.—La tregua del dolor nos dejaria sin suscritores.

—Pero al menos, lo publicaremos con orla de luto.

—Sí, pero que no sea de las más anchas; eso representaria un enorme gasto de tinta.

—Y ¿ha hecho testamento?—preguntó otra voz de las que al pié, de mi enlutada caja venian á darme la postrera serenata.

Una sonrisa *que se oyó*, apesar de ser muda, contestó discretísima.

—¿Testamento..? ¡Como no sea para recomendar sus herederos á los establecimientos de beneficencia..!

—Pues yo he visto sacar papeles de los cajones de su mesa, ya sabe usted, esa

mesa kilométrica, donde escribia, dormia, comia y lloraba, haciendo de ella restaurant, banco de herrador y altar, todo en una pieza.

—¡Buenos papeles están!—Un paquete de cartas, algun retrato, articulos sin concluir, y un drama, el de su vida, sin empezar: hé aquí el activo de ésta testamentaría.

—Yo espero que la prensa le haga justicia.

—Sí, ya empieza á hacersela anunciando que ha muerto de cólico.—¡Pobre estómago calumniado, que no pudo repetir de ningun plato!

—Pero al menos ha debido morir contento, porque le oí decir que solo tenia un parecido con César: el de preferir la muerte más inesperada; y porque mas de una vez expresó su deseo de morir solo, para irse á la tierra original y expontáneamente, sin la colaboracion del médico.

—Y ¿quien llevará los cintas?

—¿Qué cintas?

—Las del féretro.

—Pues, nadie, por dos razones; la primera, por que no habrá tales cintas; y la

segunda por que no habria quien las llevara.—Cuando la pobreza muere, se rompen todas las cintas y todos los lazos conocidos.

—Es menester pedir en el Ayuntamiento un nicho en bajo. ¡Quién sube, de otro modo, ésta mole á un cuarto piso con entresuelo..!

—¿Nicho, dijo V.? Zanja y muy zanja tendrá por última vivienda. Sobre que los nichos no están ya mas que al alcance de la opulencia, hay que respetar sus gustos modestísimos.

—En el fondo se le quería bien.

—¡Pstch! Asi, asi; pero quisiéranle à tuertas ó á derechas, todo el mundo habrá de convenir forzosamente, en que se pasó la vida sin hacer daño á nadie más... que á si mismo.

Hubieron los interlocutores de considerarse satisfechos con este R. I. P., y salieron de la sala mortuoria, que repercutió sus pasos.—Otra vez quedé á solas con mi insignificancia, y en honor de la verdad declaro que me sentia mejor en clase de muerto solitario que en calidad de cadáver con música del presente.—Demasiado

conoce uno lo infinito del número de los estultos, en vida, para seguir contàndolos en muerte.

De vez en cuando, una ráfaga de aire embalsamado y tibio, de ese aire que en los hermosos dias de Enero ejerce funciones de embajador de la primavera, venia á jugar con el blanco lienzo que cubria mi rostro, haciendo inclinarse y oscilar en ceremoniosas genuflexiones á las llamas apenas perceptibles de los cirios.—En las ondas de aquel aire, volaban misteriosos efluvios de la vida universal, aroma de flores, vagos latidos, caricias del sol, besos castos de las blancas espumas del mar; y sin embargo, la vida no lograba poner en alarma mis deseos.—Preferia yo seguir en aquel inexplicable sopór de muerte; hallaba blandas las tablas del féretro, espaciosa, inmensa, infinita, su estrecha cavidad, y el reposo absoluto calmaba por completo las pasadas sensaciones de fatiga y de angustia, que son á la vida del pobre lo que la salsa holandesa á los placeres del rico.

Desde el lecho mortuorio, veia las escuetas ramas del viejo carambuco cuyas flo-

res semejantes á botones de oro, otras veces olfateé con delicia; oia el rumor grato de la fuente, que cuenta á voces sus aventuras á la sedienta tierra; divisaba horizontes conocidos, y allá en la altura un cielo cuya contemplacion fué uno de mis vicios; pero al rodar la vista sobre este panorama que puede llamarse de mi intimidad, no sentia pena alguna, ni en nada apreciaba los tormentos de una separacion eterna.—Hastío de la vida, misantropia producida por las lágrimas que no salen á los ojos y que se quedan en el alma haciendo terribles estragos, ó lo que en realidad fuera, la verdad del caso es que en aquellos momentos, parecidos á los en que el viajero pronto á partir para mejores tierras, solo siente extremecimientos de impaciencia, yo miraba la proa de la nave ansioso de verla cortar las olas de la laguna Estigia.

Por fin, como diría *La Correspondencia*, el ir y venir de la oficiosidad subió de punto.—En la calle sentí ese rumor indeciso que anuncia gran golpe de gente; cesó el malicioso cantar de los muchachos que durante el dia habian mascu-

llado la tonadilla al uso al pasar veloces y alegres por las cercanias de la casa; entraron en la luctuosa estancia los farautes y espoliques de la muerte; uno de ellos colocó sobre la caja la tapadera que allí aguardaba el momento de cumplir su mision de encerrar bajo sobre aquella carta de la vida humana á la universal vida orgánica; oí el rechinar de la cerradura que me guardaba avara como un estuche á su alhaja; me sentí bamboleado, y conducido, y comprendí que habia llegado el momento de emprender el último viaje.—Confieso que quise frotarme las manos de alegría, pero no pude.

En mi viviente, era yo, por modo exajeradísimo, apegado á la costumbre.—Jamàs hallaba manera de separarme de una prenda ú objeto de mi uso; las innovaciones en el traje, costábanme verdaderas luchas de la conveniencia con la rutina, y tenia cariño entrañable á *mis horas*, á mi pluma, á mi fosforera, á mi baston, etc., y sobre todo, á mi casa.—Mudarme era para mí como emigrar á lejanas tierras; atravesar otras calles que las constantemente recorridas, significaba tanto como emprender largo

viaje á ignotos climas; perder de vista el techo que contemplé durante años en el inquieto y difuso vagar de la imaginacion presa del insomnio, antojàbaseme como una verdadera desdicha, punto menos que irremediable; y en último término, nunca pude dejar la casa habitada largo espacio, sin despedirme acongojado de todas sus habitaciones, y sin recordarlas despues, como se recuerda el hogar en el estrecho camarote del buque ó en el incómodo asiento del tren.—Este apego á mis lares y penates, que me tuvo siempre encadenado á mi casa y á mi tierra, como la tortuga vive soldada á su caparazon, debió cesar por completo despues de mi óbito, porque cuando me bajaron de la sala mortuoria al coche fúnebre, no sentí la menor pena, ni al abandonar la casa hube de notar aquellas tristes emociones que se esperimentan aí alejarse de todo lugar querido.—Sin duda la idea de mi postrer viaje me preocupaba alegremente, y ante la ansiosa impaciencia que inspira lo desconocido, permanecieron inertes y ociosos los resortes de sensaciones otras veces delicadas y dulces; tal vez yo no dejaba tras mí un nido amado, tal vez

obedecia á esas inquietudes que impulsan á los pueblos emigrantes en busca de tierras nuevas, entrevistas como de promision y descanso; tal vez el eterno desterrado de la suerte se convencia, al fin y al cabo, de que la dicha está avecindada en remotísimo continente, y en busca de ella marchaba gozoso;—pero, sea ello lo que quiera, por primera vez en mi vida dejé de entristecerme en una separacion, y por primera vez omití el tierno ¡adios! á las cosas ó lugares abandonados.

Al salir à la calle el fúnebre convoy, comenzó mi apoteosis de muerto; y dentro de aquella caja tosca y mal unida, la humanidad fué saludada y reverenciada por el público, que se descubrió como se descubre ante las cosas augustas; de mejor ó peor gana, por hábito ó por convencimiento, pero descubriéndose al fin.

Una sonrisa de pueril orgullo—perdóneseme esta debilidad mas—plegó gratamente mis frios y amorotados lábios.—Nadie la vió por que nació y se borró bajo la oscura y estrecha bóveda del ataud, pero la verdad es que me sonreí ante aquella manifestacion de repeto otorgada á la des-

compuesta materia, y que no pudo alcanzar el ser viviente, cuando un alma, mas ó menos imperfecta, se le paseaba por el cuerpo, segun reza la conocida y gráfica frase vulgar.

Bello y riente cuadro ofrecióse á mis ojos turbios y petrificados por el intenso hielo mortal.—Vahos y efluvios de primavera, subian desde la tierra el cielo escalando la incomensurable altura en brazos de la invisible y perfumada brisa.—El sol, ese sol que tiñe de dorados cambiantes cuantos objetos besa con lábios fogosos de enamorado ardiente, como si de ellos brotaran á raudales topacios y rubíes en fusion, acariciaba el aire, inflamando sus ténues é inquietas meléculas; trazaba en la tierra negras líneas de sombra al verse detenido bruscamente por obstáculos que le disputaban el paso, ansiosos sin duda de recibir todas las caricias del padre del dia; bañaba, inundaba, saturaba, cosas y personas, en una verdadera orgía de luz, y al caer sobre las aceras todavía húmedas, y sobre las paredes de las casas que aun conservaban huellas del último aguacero, parecia querer beberse todos los jugos de

la tierra, como el amante frenético quiere apurar en un solo beso todas las esencias del alma, y todas las voluptuosidades que hay en la boca fresca y provocativa de la mujer amada.—El cielo negro de puro azul, veia realzada su belleza al silencioso rodar de algunas nubecillas blancas que vogaban tranquilas, como elegantes cisnes cortando en artísticas y graciosas actitudes el sereno lago, teatro de sus amores.—En el alero de un tejado, mas inútiles cuanto mas altas, un grupo de verdes plantas parásitas, se inclinaban al soplo de la brisa, como si de ella recibieran el encargo de saludarme.—Una cabecita rubia, miraba ansiosa desde su balcon aquella insólita faena, y acaso apuntaba en sus memorias intimas el espectáculo, como una diversion mas que pedir al complaciente padre.—Celosos y expoleados por el amor, todos los canarios de la vecindad entonaban el *duo universal*, convertido ahora en coro por la abundancia de ejecutantes.—¡Bello dia me regalaba la suerte para mis funerales!—No habia arcos de triunfo, ni colgaduras en los balcones; pero toda

la Naturaleza estrenaba lujoso traje de fiesta, bien para honrar al muerto, bien para demostrarle que el hermoso concierto de cosas bellas que constituyen la Creacion no debe vestir enlutadas tocas cuando muere una de las criaturas.—¿Acaso morir es perderse para una eternidad?—¿Acaso la enfermedad y la muerte son un mal fatal?—De ningun modo; la victoria no es menos sonriente porque haya de cimentarse sobre cráneos aplastados y entrañas palpitantes; ni en la indefinible cara eternamente jóven y eternamente alegre de la Naturaleza, hay menos luz por que unos ojos se apaguen.

Pocos muertos habrá mas resignados que yó; así es, que me permití ser un tanto exigente, cuando vi el vehículo que me reservaba mi indigencia para el último viaje.—¡El coche *de cuarta!*—¡Sea Vd. ó haya sido escrupuloso, para esto!—Evite Vd. cuidadosamente beber en el vaso en que otro ha bebido; ponerse al alcance de las desaseadas emanaciones agenas; y afrontar impuros contactos con la suciedad y la miseria.—Asi iba yo pensando *sotto voce* mientras me izaban el carromato mor-

tuorio; pero estos escrupulos, hijos de preocupaciones fiambres, solo duraron un momento.—Emperadores romanos hubo que murieron en las letrinas y que fueron arrojados á los albañales del Tiber; ¿por qué no resignarme yo á hacer mi último viaje de placer en tren de ínfima clase, como se viaja en época de romerías y festejos taurinos?—Y desde que por comparacion me ví mas decentemente instalado que algun emperador de cuerpo entero, hallé cómodo y hasta confortable el carricoche.—Despues de todo, nadie podia decirme que estaba *en berlina* y esto al menos me servia de consuelo.

Arrancó el caballo á duras penas; rechinaron los ejes del menguado vehículo; un sordo fragor rebotó sobre el desigual empedrado, y dando tumbos partimos hácia la posada de donde no se vuelve.—*A ningun amigo mio*—y sigo, la conocida frase de un conocido filántropo—*le aconsejaré* que pasee por las calles de Málaga en calidad de muerto.—¡Que horrible zarandeo!--¡Qué ridículas parodias de la vida!—¡Qué saltos de clown?—¡Qué inverosimiles alardes de cómicos descoyuntamientos!—Aquel ahorca-

do de Victor Hugo con quien juega la tempestad en la meseta de Porland, estaba inmóvil cuando el huracan era mas furioso, si se comparan sus contorsiones con las que me obligaba á hacer el fementido empedrado de las calles de Málaga.—¡Sea usted benevolente durante años con un Ayuntamiento, para esto!—pensaba yo recordando mis dias negros de político disciplinado. —Decididamente, no se sabe lo que es administracion municipal *ad usum malacitanorum,* hasta que se pasa á mejor vida.

¿Detallaré bache por bache, y sensacion por sensacion, los que rodé y las que experimenté en mi larga, lenta, inacabable *vía crucis*?—Puesto á contar, necesitaría un tomo de 500 páginas *in fólio*, para dar cuenta de todo lo que le sucede á un muerto en su tránsito desde la camilla á la zanja.—¡Cuán lúgubremente suena el pesado rumor de los que siguen al carro; rumor que el vulgo con su infinita y profunda gracia, llama *música de talones*!—¡Cómo se adivina el gesto de desagrado del curioso que sale al balcon en la espectiva de un entierro de gran espectáculo, y se encuentra con que le defrauda un mísero convoy

sin canto llano, sin la voz gangosa del figle, y sin el solemne desfilar de los carruajes de lujo!—Casi se le oye decir: ¡que me devuelvan el dinero! y casi se les sorprende pensando: ¿porqué se morirán estos mendígos...?—Oraciones se perciben muy pocas; las muecas de desagrado abundan. —Aquí es un supersticioso que al ir á poner el pié en la calle topa con el entierro, y vuelve grupas para no emprender sus negocios del dia bajo los funestos auspicios de un mal agüero.—Allí es una mujer elegante que, presintiendo olores de carne muerta, apresura el paso con dengoso contoneo de coqueta y menudo saltar de ave, y lleva á su nariz perfumada batista.— Acaso el muerto ha amado á aquella mujer y sido ufructuario de sus encantos; pero la vida tiene sus egoismos lógicos, y si Apolo vivo pudo inspirar pasiones, muerto puede y debe provocar náuseas.

Desfilé silencioso y resignado ante lugares conocidos, que ni por un momento despertaron en mí la codicia de vivir de nuevo.—En esta plaza jugué de niño; en aquella reja amé de hombre; en esta calle localicé la existencia del paraiso; desde

aquel balcon veia yo un *cacho* de gloria reflejarse en el mágico espejo de unos ojos llenos de esas lágrimas que tanto tienen de espirituales como de vuluptuosas, al caer la noche, cuando el rayo melancólico de la luna escribe madrigales en el espacio con caracteres de bruñida plata, y esas misteriosas flores nocturnas, imágen de la modestia, difunden sus perfumes como himnos mudos de la dicha.—Y bien ¿qué se me dá á mí de todo esto?—El carro si no devora el espacio, lo abrevia lentamente en labor segura, y eso es lo esencial.—Llegaré pronto á la zanja, y habré saldado mi cuenta.—De repente, un sacudimiento eléctrico puso término á este monólogo de ultratumba.—Por la acera opuesta, un vivo, que fué mi rencoroso enemigo, bajaba exteriormente dichoso y despreocupado.—Vacilaron aquellos vestigios de ideas que conservaba fuera de sí mi helado cerebro; luchó la sangre africana con la razon del hombre civilizado y la conciencia del cristiano; quise lanzarle el último denuesto y la última mirada de odio... pero la caridad triunfó de todas las malas pasiones, y sino le perdoné, porque si dijera que le habia

perdonado mentiria como un bellaco, llamé al arma toda mi energia y traté de incorporarme en la caja para hacerle el último favor, el de que supiera que yo iba allí muerto, sin luz y sin moscas; porque en realidad, nada mas grato que el espectáculo del ser odiado cuando comienza á oler mal...

Por fin, llegamos al lugar de la cita, donde se hubiera despedido el duelo, si hubiese asistido al sepelio de la insignificancia en mortal hábito.—La extensa planicie sembrada de cruces, parecia un mar inmóvil despues de la tempestad y del naufragio.—Restos de todas clases veíanse por doquier.—Flores secas, matorrales exhuberantes, trozos de ennegrecida madera, girones de enlutados paños, vestigios de piadosas luminarias...—Aquel gran colector, era á la vez un museo y un libro abierto, fácil á la reconstitucion de ignorados dramas y perdidas comedias.

Ví una boca descomunal, desdentada y negra que me aguardaba, y sentí sin pavor que hácia aquellas fauces me conducian.—Destaparon la caja para que recibiera la última bendicion y las últimas

preces, y pude ver por postrera vez aquel cielo que me habia prodigado en todo el viaje sus sonrisas.—Los ayudas de cámara de la muerte, vertieron sobre mí una espuerta de cal para apresurar la gran metamórfosis.—Taparon nuevamente la caja.—Embragáronla con toscas cuerdas, y con mas habilidad que respeto y delicadeza, hiciéronme descender al fondo de aquel agujero que à mí se me antojaba tan cómoda y suntuosa sepultura como la gran pirámide de Cheops.—Despues, el retumbar espantoso de la tierra cayendo sobre la caja, con fragor solo comparable al de la metralla que barre el campo de la lucha y llena el aire de siniestros ecos, hizome comprender que al fin y al cabo acertaba el premio mayor de la lotería de la dicha.—Pero hé aquí que cuando apenas habia comenzado á paladear el por tantos años perseguido triunfo, sentí insólito calor en mis helados lábios; humedeció mi rostro tíbio rocío benhechor; mi corazon comenzó á latir, como comienza á andar la desvencijada máquina en manos de hàbil artífice; magnéticos estremecimientos circularon por todo mi ser, como

si una legion de gnomos invisibles corriera por todos los misteriosos canales de mis venas; mis párpados se hicieron trasparentes; mis sienes latieron; congojas indefinibles anudaron mi garganta; y en el deliquio infinito de un espasmo del alma, ví, sentí y oí una vaporosa figura, un calor semejante al que hace florecer las violetas en mitad del invierno, un chasquido dulce como nota vaga de la lira de oro del poeta.—¡Era *ella*, mi musa que volvia!—Y cuando

la buoca mi bacció tutta tremante,

cuando hubo pronunciado el: ¡levantate y anda! su voz dulcísima, pero llena de viriles acentos, me dijo al oido, quedo, muy quedo, pero sin que alma perdiera una sola sílaba:

—Lucha y vencerás; vive por mí y para mí; yo soy el premio del combate.—Deja las falsas ideas de la vida que el pesimismo engendra; ríete de la fatalidad; no te asuste ver tus manos sangrantes en la ruda batalla por la existencia; cree en Dios no tanto porque es *el pavo trufado de los pobres*, que dijo el escéptico de *Los Miserables*, sinó porque es una fórmula, en

cuatro letras, de lo bueno, de lo justo, y de lo bello.—Nada tan sabroso como el taco de pan que se come el niño mirando al cielo, oyendo cantar los pájaros, humedeciéndolo con sus lágrimas arrancadas por un vago é indefinido deseo; y puesto que eres un niño grande, toda vez que el alma no envejece, come tu pan alegremente, trabaja, lucha y ama..!

¿Qué hacer ante esta arenga, verdaderamente *subterránea?*—Devolví á *ella*, á mi musa, su beso vivificante, mejorado en tercio y quinto, abrí los ojos á la luz espléndida de aquel hermoso dia de Enero..... y una hora despues almorzaba con mas apetito que de costumbre.

Porque ha de saber usted, lector amado, que todo lo que llevo escrito lo soñé poco antes de despertar una espléndida mañana en que el cielo parecía negro de puro azul, y en que el aire volaba dejando tras sí imborrable huella de regalados perfumes y largo séquito de celestiales armonías.

EL PRIMER COCHE

Gregorio, es preciso echar coche, siquiera por *dignidaz*, siquiera por que no digan que somos unos *méndigos!* Las de Bolchaca iban ayer para la Farola en *carretera* propia; las de Gallumbo tienen un *milord* para los jueves y domingos, y hasta las de Cefirillo usan *voiture* este verano.

—Mujer, el de las de Cefirillo no es coche propiamente dicho; es birlocho;—observa el llamado Gregorio, á quien su señora ha estado predicando la conveniencia de entrar en el gran mundo sobre

cuatro ruedas y tirados por un caballo aunque sea de color de rosa, como el de Artagnan.

Y á mi juicio tiene razon la esposa del llamado Gregorio. En el momento histórico en que nos encontramos, es cuestion de *dignidaz* usar coche propio.

Los hábitos de comodidad y opulencia que antes estaban reservados á determinadas clases, se van popularizando ó democratizando. Para ser sibarita no es preciso ya poseer grandes rentas para mantener con ellas un gran artista culinario. Hoy se disfruta de esos artistas por una peseta y céntimos, pidiendo en cualquier restaurant una racion de *dindon truffé*, que á veces resulta pavo con gotas de alquitran y relleno de estopa; pero que conserva todo su grato aspecto artístico, y sirve para dar una idea bastante aproximada de lo que seria un pavo con trufas, servido con buena intencion.

Pues lo mismo sucede con los coches. Por dos pesetas puede un hombre modesto usufructuar durante 60 minutos, otro goce antes reservado á las clases con exceso —si en esto puede haberlo—acomodadas.

Pero el coche de alquiler es un mercenario que va pregonando por todas partes su condicion. El caballo que lo arrastra suele desarmarse en el momento mas crítrico. El cochero no siempre va presentable, y con harta frecuencia se hace acompañar en el pescante por un perro de aguas que es el *Inri* de la curseria puesto en la frente del opulento temporero que ocupa el coche. Además, en el interior de esos albergues ambulantes y peseteros, suelen desarrollarse dramas que dejan huellas terribles, que una madre de familia no puede menos de apreciar por torpe que sea.

De aquí nace la fuerza impelente que obliga á la burguesia al uso del coche propio, cual si se tratara de una necesidad mas, tan apremiante como el cocido diario y el rico entomatado dominguero.

—Mira, mujer, no te emperres;—dice el marido gregoriano tratando de convencer á su esposa de que no deben echar coche.—Por seis pesetas semanales, podemos pasearnos tres horas todos los domingos, como unos verdaderos príncipes.

—¡No quiero coches de alquiler, todos están profanados! Ayer mismo pasó por casa uno, asomando cuatro piés por cada ventanilla. Eran quintos de Ultramar que esparcian el ánimo y enseñaban los borceguies antes de embarcarse para la Habana.

—Bueno; lo buscaremos de los más decentitos. Se le puede preguntar, al cochero: ¿V. lleva quintos boca abajo? y si dice que sí, no le alquilamos y eso se pierde.

—¡No me convences! ¿Tendrias tu valor para meterme á mí en un coche que momentos antes haya venido de la Caleta con las cortinillas corridas? ¿No tiemblas, Gregorio, ante la idea de lo que pudiéramos encontrarnos en ese coche?

—Cuando tiemblo es cuando me acuerdo de lo que nos vá á costar el pupilaje del potro y del cochero y del lacayo ¿porque tu querrás lo menos un lacayo?

—Y si puede ser negro á cosa hecha ó de nacimiento, mejor; pero eso es lo de menos; ya se irá *culotando* en todo lo que queda de verano.

—¡Pero mujer, por Dios, que todo eso cuesta un dineral!

—No lo creas, Gregorio. Hoy se come un caballo la mitad menos que tú. Además, enviaremos nuestro coche á todos los entierros de primera y así nos saldrá más barato.

Y ante esta heróica defensa, no hay mas remedio: la familia del llamado Gregorio debe tener coche, y lo tendrá.

Las discusiones sobre la forma y procedencia del coche que se ha de adquirir, duran semanas enteras.

—Yo lo quiero descubierto;—dice una niña casadera, hija del llamado Gregorio.

—¿Y si llueve? ¿No es mejor que compremos un coche de entretiempo?

—Por eso no lo hagas; si llueve se le pondrá un toldo.—Añade la mamá, y queda aprobado que el coche será descubierto, y con bambalinas, para los casos de aguacero.

A los pocos dias la *voiture* está comprada. Es una carretela descubierta que sirvió para la entrada triunfal de Riego en Málaga, pero como dice muy bien la esposa del llamado Gregorio, tiene *cierto señorío*

de que carecen otros coches que ella vé en el paseo.

Despues viene la cuestion de fuerza motriz de aquel pesado armatoste.

—¿De cuantos caballos quieres que sea nuestro coche?—pregunta el llamado Gregorio.

—Mira, ponle seis y ya veremos despues.

—¿Seis caballos...? Vamos, tu no quieres coche particular; tu lo que quieres es pasearte en el *ornibus* del Palo...

Por fin, queda resuelto que la traccion de la monumental carretela la harán dos caballos, valorados en 600 reales, uno con otro. Pero quedan todavia otras varias cuestiones graves.

La del indumento del cochero y del lacayo, surje á renglon seguido.

—¿De qué vestimos á esos?—pregunta el llamado Gregorio, que no quiere mermar la iniciativa de su señora.

—Pues... los vestiremos como todo el mundo que se estima viste á sus cocheros. Pantalon de punto, bota de campana y gabina con escarapela.

—¡Si pudiéramos aprovechar mi levita

de miliciano, que me parece que no me la he de poner mas...!

—¡De ningun modo! Sobre las levitas tengo yo miras ulteriores. Quiero que sean largas, por que mas adelante se le pueden arreglar al niño, si quitamos el tren.

Los conductores de la carretela contemporánea de Riego, quedan provistos de sendas levitas; utilizables el dia de mañana.

—Y ¿qué te parece que pongamos en las portezuelas? Yo habia pensado poner la calle y número de nuestra casa, por si el el coche se perdia que nos lo pudieran devolver.

—¡No seas majadero! En las portezuelas pondremos las cifras de tu nombre y apellido. ¡Qué lástima que te llames Gregorio Garcia! Cuando los curiosos lean G. G., vá á parecer que están haciendo gárgaras! ¡Llamarse Gregorio Garcia á secas, que desgracia! Todo el mundo tienen derecho á creerse primo político mio...!

—No, lo que es en eso no llevas razon, por que me llamo Garcia del Catre;

un apellido compuesto que suena bastante bien.

—Si te llamaras, siquiera, Garcia del Castañar, pudiera pasar...! Pero en fin, pongamos en las portezuelas G. G. del C. en vista de que no tenemos cosa mas presentable.

—Si te parece, añadiremos un escudo de armas con toda una *ménagerie* heráldica.

—¡Gracias á Dios que has tenido una idea luminosa, Gregorio! Pon eso, un escudo de armas; pero no te molestes en sacarlo de tu cabeza; que lo copien del escudo de cualquier consulado!

. . . . . .

. . . . . .

Dos años despues.

D. Gregorio Garcia del Catre, que entró en el gran mundo en carretela con tronco aunque barato, ha visto desaparecer sus menguadas rentas convertidas en paja y cebada. La carretela no cabia por casi ninguna calle de Málaga, y fué preciso rebajar el pescante para que los vecinos pacíficos pudieran asomarse á los balcones sin peligro.

Hoy, cuando vé un carruaje de alquiler,

no puede menos de contemplarlo con envidia, aunque asomen sus borceguíes por las ventanillas los bulliciosos quintos de Ultramar.

Sic transit gloriæ mundi; que traducido libremente quiere decir:

Así pasan las carretelas prematuras.

Una Historia Maravillosa

Estábamos á 30 de Julio y hacía un calor insoportable. El termómetro sudaba prosaicamente como un ganapan, y los débiles mortales se reian de las calderas de Pedro Botero, menos hirvientes, sin duda, que el aire que á grandes ráfagas inflamadas corria llevando la asfixia y el letargo por todas partes.

El dia 30, es para los miembros de la bohemia lo que la espada de Damocles, la maza de Fraga, la clava de Hércules y todos aquellos instrumentos á quienes la historia dá un tremendo valor cortante ó *apa-*

bullante;—si la Academia no se subleva ante vocablo tan nuevo y atrevido.

El dia 30 se dán cita á la puerta de nuestras bohardillas todos los *ingleses* que durante el mes han subido incesantemente y en balde, nuestras escaleras.

Siempre fué la soberbia Albion, pais odiado de los que del Arte ó de las Letras viven.

Pero entre todos los que atacan en brecha nuestros domicilios, uno es el mas temido y el mas implacable. El casero, en efecto, es el hombre que hace intranquilos nuestros sueños, y amargas nuestras horas de reposo.

Nada le conmueve, nada le persuade, y para engañar á un *inglés casero* se necesita ser graduado en Salamanca, segun tienen desarrollado el sentimiento de la defensa y de la precaucion.

¡Quién, apesar de ello, fuera casero!

Durante nuestras horas de deliciosos ensueños, cuando contemplamos á nuestra espalda las fatigas pasadas, y delante de nuestros ojos hay un porvenir de comodidades y alegrias, cada quisque—*homo quidam*,—soltando riendas al deseo, llega á figurarse

que ya la suerte que le ha puesto en plena posesion de su ideal.

Uno se vé aclamado como el mejor actor que vestido de rey, de héroe ó de semi-dios, ha pisado tablas escénicas, desde que hay proscenio y bastidores, y detrás de estos, dramas realistas, tragedias llenas de fatalismo é idilios poblados de bailarinas mas ó menos esculturales.

Otro, llevado en alas de la noble ambicion á los mas elevados puestos de la política, cree gobernar la Europa haciendo felices á los pueblos y haciéndose á sí propio feliz, con presidir, siquiera durante un año económico, el cobro de las contribuciones.

Aquel que siente arder en su cabeza la llama poderosa de esa terciana rítmica que nombran poesía, figúrase que vé su nombre ensalzado por las generaciones, su cabeza coronada con el laurel inmarchitable, y sus arcas repletas del oro que fieles editores—*rara avis in terra*—le han hecho ganar, difundiendo sus obras por todo el orbe.

Yo, á quien sin duda aconseja un duende sibarita y barrigon, dejo á la humanidad que discurra emperrada en esas filo-

sofias abtrusas, y en medio de las risas y de los epígramas de los que vagan por los espacios ilusorios de la fama y de la notoriedad, me vengo modestamente aquí á la tierra, y sueño con ser lisa y llanamente casero.

Confieso que esta idea me seduce hasta el punto de pensar con fruicion en los *Siete niños de Ecija*, para disculpar sus abominables campañas. ¡Quién sabe—digo algunas veces—si su ideal seria llegar á ser caseros!

Un casero es el sacerdote de la religion del metálico, la mas importante rueda social, fuente y principio de todos los poderes del Estado, *alpha* y *omega* de la política y de la administracion.

El casero es sacrificado y sacrificador, víctima y verdugo, gastrónomo y comestible; tan pronto está en el Capítolio como en las letrinas, y este tira y afloja, este claro-oscuro de la fortuna, y me enamora y me seduce.

Hay un empréstito nacional forzoso: el casero vá de acá para allá, aturdido, jadeante, porque ha de suscribirse por el cincuenta por ciento su capital imponible.

Es víctima, tiene todas las miradas, todo el interés de la sociedad; le siguen por todas partes murmullos de admiracion, le señalan mil dedos elocuentes que dicen, *¡ahí vá!* Entónces habla bajo, con frase entrecortada; revisa con ademan febril todos los periódicos que halla á mano; devora —esta es la frase—con sus estirados ojos, la cotizacion oficial de los valores públicos, queriendo adivinar por las oscilaciones de la Bolsa los planes del Gobierno.

¡Oh! y cuan grande acto es ese de escudriñar el porvenir, en el alza ó baja del consolidado! ¡Y el vulgo nada de esto conoce, nada de esto aprecia, como esos groseros paladares que dejan pasar suculentos bocados sin una exclamacíon, sin un elogio!

Es indudable; ser casero es mejor que ser bajá de tres colas, ó mandarin de prolongado rabo,—esas grandes personificaciones del poder.—Y apesar de ello, hay quien no quiere ser casero, y suspira por otras bagatelas. ¡Cuán, arbitrario es el gusto!

Todo esto, y algo más que no es del caso, pensaba yo el susodicho dia 30 de Ju-

lio, mientras el terral paseaba su aliento de fragua por las calles solitarias, y mientras se me ocurria una medida salvadora que viniese á restablecer la armonía entre mi casero y yo.

Pero es el caso, que las ideas veraneaban á la sazon y ni una sola que tuviese las condiciones de plan y de plan aceptable, aparecia en las microscópicas celdillas de la materia gris, donde el alma se aloja, segun el parecer de reputados sábios,... que no saben una palabra de esto.

Me contentaba con mirar alternativamente al cielo azul, y á mis botas, que iban aceleradamente hácia el ocaso de su efimera y prosáica vida.

Las nubes cruzaban el espacio con aire indiferente, siguiendo los caprichosos giros del viento, sin que les afectasen lo mas minimo mis apuros ni mi perplegidad.

Yo no sé si fué efecto del calor, pero la verdad es que senti sueño, un sueño pesado é insistente.

Recosté mi cabeza sobre el púpitre, que se resintió muy de veras de tanta familiaridad, y quedé como aletargado.

De repente, oí una especie de quejido; rumor débil que tenia algo de metálico, y algo de humano, y que llamó poderosamente mi atencion.

Sin conseguir despertarme del todo, tan insólito rumor disipó un tanto mi modorra y comprendí que salia de mi tintero.

El caso era grave. Yo, que creo en muy pocas cosas, no creo tampoco en trasgos, aparecidos, ni duendes, pero entonces no me fué posible dudar. En mi tintero se quejaba alguien. Yo lo habia oido, y esto, aunque no me infundió miedo, despertó toda mi curiosidad de gacetillero.

Abrí desmesuradamente los turbios ojos y distinguí los puntos de mi pluma, que se agitaban como se agitan las alas del grillo cuando lanza su molesta y aguda cantinela.

Presté atencion, y mi pluma empezó á hablar en un castizo español, que muchos escritores—y yo el primero—habrian de envidiarle, y que no podré copiar, seguramente.

La aventura iba revistiendo unas formas sobrenaturales, que yo encontraba deliciosas.

Tomé, pues, el partido de escuchar, en

cuanto mi sueño me lo permitia, y hé aquí lo que oí:

—«¡Ay! querido compañero; confiesa, que nuestra condicion es tristísima! Tú condenado á estar lleno de ese negro licor, y á prestar á nuestro amo fecundidad y acierto, y yo obligada á llenar, casi siempre contra mis gustos, cuartillas y cuartillas.

¡Oh! tiempos hermosos aquellos en que reposaba en las entrañas de la tierra! La cohesion hacía de mí y de mis hermanas un vasto y prolongadísimo cuerpo, emblema de la fuerza y de la resistencia. Jamás volverán para mí aquellas suspiradas horas de absoluto reposo.

Un dia, hace de esto centenares de años, mano atrevida y poderosa fué á buscarme á las entrañas de mi madre. Los instrumentos de trabajo del hombre rompieron la inercia que me hacia su esclava. Habia sido descubierta la mina donde la madre naturaleza nos produjo, y fuimos desde entonces objeto de la crueldad y de la codicia humanas.

Multitud de seres, pálidos y desfigurados por una vida subterránea, iban y venian

sin cesar, por las prolongadas galerías de la mina, descargando furiosos golpes sobre lo que ellos llamaban el *filon*, y no era otra cosa que un apiñadísimo monton inmenso, colosal, de partículas de hierro, hermanas cariñosas mias, de quienes habia llegado la fatal hora de separarme.

Pasaron dias y sonaron muy cerca de mí los temidos golpes. El minero hirió despiadadamente el grupo de que yo formaba parte y fuí arrojada con violencia á un extraño vehículo que me trasportó á la superficie de la tierra.

¡Ay! cuán agena estaba yo de que esta aparicion mia en un mundo superior al mundo de tinieblas, que hasta entonces habia sido el medio por mí habitado, era la señal de que empezaban todos los dolores de la mas penosa peregrinacion!

Horas de dulce reposo ¿donde estais? ¿Acaso alguna tremenda sentencia condena á perpétuo dolor á todo aquel que mira el azulado cielo?

Cambio es este fatal y doloroso. Por una vida de goces, una eternidad de penalidades; por los espirituales placeres del amor y de la amistad, agonías, luchas, dolores,

una muerte que no acaba sinó para dar principio á una vida en todo igual á la anterior. Desengáñate amigo mio: la felicidad está en no ser feliz ni desgraciado. El cero es el símbolo de la dicha. La nada es el sofá donde reposan los satisfechos».

Decididamente mi pluma era nihilista; y lo que es mas grave, filósofa con premeditacion y ensañamiento; pero partidaria de una filosofía oxidada, fiambre, de desecho, como los toros que suelen lidiar algunos espadas en estado de canuto.

Sigamos oyendo su extraño soliloquio:

«No sé cuanto tiempo permanecí abandonada. De repente me sentí introducida en una atmósfera de fuego. Despues, redoblados golpes variaron la posicion que mis hermanas y yo habiamos ocupado, y poco á poco la mano de un inteligente armero en cuya fragua nos encontrabamos, nos dió la forma de la mas hermosa espada.

A dolorosas operaciones hubieron de seguir sometiéndonos, hasta que, bruñida, deslumbradora, pasó la espada á manos de un señor que al recibirla la blandió con destreza y pronunció orgulloso no sé que frases de conquista y esterminio.

Hasta entónces habia permanecido yo en un estado de pureza que el comercio con las cosas que en el mundo me rodeaban, no fué parte á destruir; pero confieso que al verme acariciada por la mano de un poderoso, al comprender que de mi concurso esperaba algo un ser fuerte é inteligente, creí complementar aquella preciosa y privilegiada criatura, y sentí tan satánico orgullo que hasta llegué á despreciar la humilde materia de que estaba hecha la funda que me proporcionaba abrigo y cariñosa envoltura.

Bien pronto habia de arrepentirme. Sostenian por entonces los hombres una cruda guerra en las regiones orientales, guerra encarnizada, religiosa, de raza, que consumia las riquezas y la vitalidad de las naciones, y á ella corrió mi amo ansioso de fortuna y de renombre. Estaba, pues, al servicio de un cruzado.

Bajo un clima abrasador que me hacia recordar con miedo las manipulaciones de que fuí objeto en casa del herrero, inmensos ejércitos agonizaban bajo el peso de la epidemia, del hambre y de la fatiga. Aquel cielo hermoso, de suaves tintas durante el

dia, pabellon tachonado de estrellas durante la noche y donde mas pura y poética brilla la melancólica luna, astro benéfico, cariñoso protector de los enamorados, emblema de las dulces pasiones, parecia entónces complacerse en derramar la muerte y el estrago sobre los hombres.

Un dia, me sentí frenéticamente asida por mi señor. Salí de mi envoltura al poderoso esfuerzo de su contraida mano, centelleante y hermosa como descendian del Olimpo los abrasadores rayos lanzados por la sagrada y poderosa diestra de Júpiter, padre de los dioses y rey de los hombres.

Atronadores ruidos repercutian los ecos. Esclamaciones, ayes, cantos, relinchos de brutos, gemidos de hombre, agudos sones de belicas trompetas, golpes de armas y de cuerpos desplomados, el acero de las armaduras rechinando, la trepidacion de la tierra golpeada por miles de ferrados cascos, voces en todos los idiomas, con todos los acentos, con todas las espresiones; y luego, el sol cayendo á plomo, como un mortal rocio de fuego, sobre la desolada campiña, fué lo que ví y lo que oí

asombrada. ¡Digna entrada, por mi vida, hice en el mundo y en el concierto de sus miserias!

Mi dueño y señor combatia esforzadamente, multiplicándose y apareciendo allí donde la lucha era mas tenaz; cuando, súbitamente, me senti inundada de un licor tibio que manaba á raudales del pecho de un arrogante moro, derribado al esfuerzo de mis furiosos golpes.

En vano intentaria yo describrir la sensacion que experimenté al contacto de aquella sangre, la primera que habia derramado y la primera que manchaba mi pureza inmaculada. Aun parece que la siento adherida tenázmente à mi superficie, como si quisiera recordarme siempre que soy homicida.

Muchas veces pienso con sentimiento y horror, en la vida angustiosa que han de arrastrar esos grandes criminales, protegidos de la impunidad que los hace desgraciados; porque es índudable que quien espia sus faltas siente el benéfico consuelo de un arrepentimiento sellado con el martirio, y aprobado por la conciencia, que

cree, con razon, saldadas sus cuentas con el mundo moral.»

Mi pluma se deslizaba nuevamente por el plano ensebado de una filosofía pegajosa. Entre dormido y despierto tuve esplicacion del porqué solia yo escribir algunos sermones en prosa.

La pluma siguió así, su romanza filosófico-cargante.

«Largas horas permanecí en la diestra de mi amo, llevando la muerte por todas partes, hasta que sentí cómo se abrian aquellos dedos hasta entonces crispados y nerviosos, y abandonada á mi propio peso, caí, de la mano al suelo, en el confuso monton de los despojos del combate.

Tú no sabes, compañero querido, lo que es un campo de batalla. Tu humilde condicion no te ha llevado nunca á esos lugares, y probablemente no iràs jamás á padecer con el espectáculo de la desolacion y de la muerte.

En ellos permanecí yo algunos meses. De mi lado partia la asoladora peste, producto de los insepultos cadáveres, hasta que, por fin, un nuevo dueño se apoderó de

mí, dando aquí principio la tercera época de mi vida.

Otra vez la fatalidad me entregaba inerme en manos de un nuevo dueño, que sin duda meditaria dejarme en el ejercicio de mi odioso ministerio, condenada á dar la muerte, sin odio, à séres de quienes ningun daño habia recibido.

Efectivamente; del caballero cristiano pasé á poder del caballero moro. Ambos profesaban la religion de las armas; ambos, siguiendo las impulsiones de la época, consideraban una necesidad el ejercicio de la caballería. Dar y recibir la muerte, era cosa baladí para tan fanàticos sectarios.

¡Oh amigo querido! ¡Cuanto tiempo envidié la suerte del noble y humilde arado, de oscura pero útil vida, y cuantas veces maldije la guerra, azote el mas terrible, madre de todos los crímenes, y de todas las maldades, abrigo donde los políticos, torpes ó ambiciosos, buscan la popularidad ó la gloria y el provecho!»

Mi pluma era demócrata de un modo sentimental. Sus coplas tiernas á la fraternidad universal, me lo probaban. ¡Y que yo

haya tenido en tinta una alhaja semejante!

Prosigamos oyendo hasta el fin.

«Valioso trofeo fuí por largo tiempo del árabe á cuyas manos me llevó la muerte de mi primer amo.

El lujo y el arte hicieron en mí modificaciones sin cuento. La elegancia pagana me llenó de pedrería, de arabescos é incrustaciones, pero bajo mi espléndido ropaje ardian sin cesar la sangre derramada y el presentimiento de la que habia de derramar.

Una noche, mi ardiente dueño oprimió con vehemencia mi empuñadura. Sacóme de la vaina y me contempló á la luz de la elegante lámpara que iluminaba la estancia, rica en árabe ornamentacion, con la mirada estraviada y centelleante.

Sus ojos inyectados en sangre lanzaban rayos de furor y de ódio. Su mano interrogó mis filos y mi aguzada punta, y salió á grandes pasos hasta dar en el jardin, el mas bello de cuantos el génio árabe ha ideado y ejecutado.

No comprendo como la magestad de la noche, los perfumados efluvios de las flores, el suave murmurio de las aguas que

parecen quejarse de su destino que las condena á arrastrarse eternamente, la luz tibia la reina del cielo, el penetrante lánguido canto del ruiseñor, y esa infinidad de misteriosos dulces ruidos, hijos de la noche y de la noche encantos, no hablan con elocuencia poderosa al corazon de los hombres y cambian en generosos rasgos sus crímenes y bastardas pasiones.

Pero ¡ay! que la vida no es mas que un inmenso cuadro donde la sombra, en titánica lucha con la luz, produce el claro oscuro, el armónico concierto de lo bueno y de lo malo, de lo útil y de lo innecesario, de lo bello y de lo abominable.»

Esta definicion de la vida estuvo á punto de despertarme. Mis botas *fanés*, mi bolsillo exhausto, mis ilusiones á la temperatura del limon granizado (para hacer mas dulce la figura) protestaban contra el optimismo de aquella charlantina máquina de hacer prosa vil. Pero mi sueño resistió á mi indignacion, y seguí escuchando.

«Mi dueño con andar receloso y cauto, como el andar del rey feroz del desierto, de donde él era hijo, llegó hasta la proximidad de un bosquecillo, de donde salian

suspiros, besos, frases ardientes y enamoradas exclamaciones.

Una voz de timbre verdaderamente celestial, trajo hasta nosotros no sé que inflamadas frases. Mi dueño entonces se abalanzó furioso á la espesura. Sus ojos brillaron hasta eclipsar la luz de las estrellas; rugió su pecho como ruge la sirte bramadora, y saltó sobre los dos amantes, á quienes los arbustos daban sombra protectora, terrible como las apariciones de la mitología musulmana, mitad angel, mitad demonio.

Cumplí fielmente mi cruel sacerdocio y dí muerte al empuje de los celos por mi señor sentidos, á aquellos amantes desdichados, cuyas almas, sin duda, volaron juntas á las etéreas regiones.

El ángel de mal creyó acabada mi infernal mision, y por eso mi dueño, en los arrebatos de su cólera, me hizo añicos sobre sus rodillas, y quedé de nuevo abandonada al acaso.

Pasaron muchos años. La codicia de los hombres me arrebató las vestiduras, manchadas aun por mi último crímen, y tras una larga peregrinacion por el mundo, de

muladar en muladar, de fragua en fragua, llegué á Italia el año de 1460.

No quiero referirte, paciente amigo, lo que ví, lo que oí y lo que aprendí durante mi vida nómada y aventurera. El basurero es una cátedra donde se aprende á conocer las grandezas pasadas por la miseria presente, y yo saqué de mi estancia entre la suciedad las mas preciadas lecciones de alta moral. Allí comprendí que solo es grande el génio, plausible la noble ambicion que guia al hombre hacia el bien sin extraviarlo en el laberinto del orgullo y de la codicia, y amable la intrínseca belleza de las cosas que revisten la eternidad de las ideas. ¡Cuando pienso que el basurero se nutre lo mismo del manto espléndido del magnate, que de la blusa del jornalero...!

El muladar ha puesto á contribucion todas las cosas. La hermosura de elegantes mujeres, está allí representada por la flor ajada, por el adorno sucio, por el giron informe de la gasa y del tisú.

El poderoso satisfizóle tambien su tributo, como los feudatarios de la Edad media satisfacían onerosas cargas al Señor de la comarca. El guerrero despiadado, el terri-

ble hombre de armas, ha dejado allí sus huellas en un trozo de espada que tantas vidas quitó, hoy hierro enmohecído y despreciable. Hasta la humildad ha contribuido con su tiesto ó su trapo, como si no fuera bastante castigo vivir siempre en la escaséz y la desgracia. Es necesario que la pobreza pase tambien por el basurero.

El clima de Italia, aquel ambiente perfumado por las mas bellas flores, armonioso en fuerza de oir los cantos de los mas grandes poetas, me pareció un feliz recuerdo del Supremo Eden que tiene Mahoma prometido á sus fieles.

Hermosas mujeres, que á no existir las valencianas y andaluzas serian las divinidades de la tierra, aguas murmurantes, encantados lagos, la vegetacion de todas las zonas, paraiso por los goces, infierno por las pasiones; eso es Italia.»

Mi pluma habia estado al servicio de algun poeta lirico de los que ahora se usan. Se lo conocí en las imágenes de guardarropía, en los tropos de quincalla que se permitia usar, y aunque se lo conocí escuchándola, tenía interés en oirla hasta el fin.

«Algun tiempo fui la causa eficiente de la felicidad y de la alegría de una pobre familia gitana, cuyo jefe tuvo la suerte de hallarme, buscando la subsistencia donde los demás arrojaban sus despojos.

De cambio en cambio, de venta en venta, visité toda la sociedad italiana. Tan pronto era esclava de *un bravo*, que me dedicaba al asesinato, como de un artifice, que me consagraba á el Arte.

Un dia, mi último poseedor me llevó á casa de un hombre oscuro de Génova que se dedicaba á la construccion de globos, mapas y otros útiles náuticos. Hube de parecerle apropiada para alguna de sus científicas especulaciones, y me adquirió por una infima cantidad.

¡Santo dinero aquel que iba á contribuir á que un inspirado completase la obra de Dios, abriendo ante los ojos de los espantados hombres, los horizontes de un mundo desconocido!

Los azares de mi destino, que me habian hecho recorrer en algunos años una escala dolorosa, me pusieron al fin en carrera de servir para algo adecuado á mis

gustos, secretamente devorados en el mutismo.

El hombre á cuyo poder fuí, sin duda siguiendo un designio providencial, era un ser privilegiado y superior. De origen humilde, como hijo del trabajo, tenia en su frente algo que brillaba y movia á respeto.

Apenas habia recorrido la mitad de la vital carrera y poseia la magestuosidad de los séres selectos. Era de elevada estatura, de formas vigorosas, de actitud grave y distinguida. Sus cabellos de un rubio ceniciento, estaban teñidos á trechos por esas manchas blancas que anuncian grandes sufrimientos ó profundos trabajos mentales.

Cogióme un dia en sus manos; me examinó con detenimiento y atencion y quedó por un momento abstraido y meditabnndo. Luego me sometió al fuego y á las caricias del martillo, y puedo decirte, amigo querido, que aquel fuego y aquellos golpes, léjos de mortificarme, parecíanme los accidentes del mas dichoso destino, precursores de felicidad inmensa para mí y de gloria sin límites para mi nuevo dueño, para Cristoforo Colombo, que merced al trozo

despreciable de un arma homicida arrancado al muladar por la miseria de un gitano y convertido en aguja náutica por el trabajo de un sábio, iba nada menos que á completar el globo dando á España ilimitados imperios, sacando, es cierto, de la ignorancia á millones de séres, pero sembrando al mismo tiempo en aquellas vírgenes tierras, la semilla maldita de los crímenes y de las guerras.»

Mi pluma se portaba. Segun ella, habia tratado familiarmente á Colon; habia arribado con él al país y del oro, y yo, su dueño, (de la pluma, no del oro, ni del pais) *me debia á media humanidad.*

Siguió la charla en el tintero y corté yo mis comentarios *in pectore*, para seguir escuchando.

«Todos los iluminados, todos los seres que riegan la flor de la inteligencia con ese misterioso rocio de la inspiracion, oyen secretas voces que les impulsan á emprender la senda de sus dolores, para llegar al punto de sus sueños.

Colon realizó su miserable hacienda; empaquetó sus mapas, globos y cartas geográficas, y lleno de fé, con un mundo

en la cabeza y muy poco dinero en la bolsa, se embarcó para una de sus aventuradas espediciones, que era la predestinada á llevarle hasta la Península de donde habia de partir para sus soñadas Indias occidentales.

Un naufragio le arrojó á la rada de Lisboa, yá allí, al cabo de algunos años pasados entre el estudio y el amor, propuso al Rey D. Juan II, como se propone la cosa poseida, el dominio de sus tierras de occidente á cambio de medios para realizar la espedicion.

Fué rechazado su proyecto; pero Colon, á pié, llevando á su hijo de la mano, sus instrumentos á la espalda y sus esperanzas en el corazon, llegó á España en un dia hermoso de primavera.

No puedes formarte idea, compañero apreciado, de los sufrimientos de aquel justo. La luz radiante que de su frente brotaba en haces, no iluminaba los corazones egoistas de aquellos sectarios fanáticos!

¡Cuántas veces le ví yo sentado á la mesa de su misero alojamiento de Córdoba, rodeado de sus queridos instrumentos, interrogar con sus ojos llenos de divinos

resplandores, los incógnitos términos del grande Océano, límite absurdo de la tierra!

Entónces yo, que, atenta siempre al punto cardinal á que secreta fuerza me sujetaba, veía con veneracion y entusiasmo como se contraia la noble frente del sábio, hubiera querido ser hombre y hombre poderoso, para comprar, á costa de un miserable estipendío, aquel mundo que nadie queria. Hubiera deseado poder decir á Colon: sigue, no retrocedas, estás en camino de la inmortalidad; desprecia los brutales argumentos de esos ignorantes; vé, vé á descubrir un nuevo mundo!»

Era una honrada persona aquella pluma coja, con que yo habia garabatuseado ignorante mis gacetillas. Le salia de adentro ser buena; y como hay quien es necio de nacimiento y por conveniencias de familia, ella venia de antiguo teniendo sentido comun. *¡Rara avis* literaria moderna, para decirlo en lengua añeja y al natural!

«¡Ay! pero yo, afortunadamente para algunos, no estaba entonces en condiciones de poder hablar. Apesar de que el destino me habia dotado de un esquisito poder au-

ditivo, que me proporcionaba el martirio de oir todas las necedades que cerca de mí se decian, me habia dejado sometida á un completo y penoso mutismo. Entonces pude adquirir el convencimiento de que los sordos son, en un setenta y cinco por ciento, mas felices que los que oyen.

Cayó el imperio de Boabdil y con él el último refugio y la última esperanza de la morisma. Colon, y yo en su equipaje, asistimos á la entrega del baluarte sarraceno, entrega que fué señal de triunfo para mi esclarecido poseedor.

Vencido al fin el encanto, llegada la hora, señalada sin duda de antemano por providencial decreto, Colon obtuvo hombres, barcos y dinero y al rayar el alba del 3 de Agosto de 1492, partimos con rumbo al Oeste en busca del soñado continente.

Jamás se borrará de mi memoria tan gloriosa travesía. La grandiosidad del mar, con nada comparable, el mugir de las olas y de los vientos, el espectáculo de la nave abandonada á la irresistible fuerza del oleaje, ora elevada à sorprendentes alturas, ora hundida con vertiginosa rapidez en líquidos abismos; ese crugir de maderas,

esos ruidos propios del barco que parecen lamentos arrancados por el dolor y el miedo, especie de canto dirigido á aplacar las iras del airado elemento; el desierto de agua, el horizonte con su eterna línea uniforme que nada dice á la angustiosa mirada que lo interroga; todo esto produce en el ánimo del navegante las emociones mas grandes y diversas.

Largos dias bogamos con rumbo à la lejana tierra. De pronto, no sé qué secreta fuerza me arrancó del punto que constantemente debia señalar. El navegante genovés me examinaba con ojo receloso: á su saber no podia escaparse que algo extraordinario me sucedia y se manifestaba inquieto y desconfiado.

Por fin, la ciencia venció; corrijió mis desviaciones y llegamos á la vista de la codiciada tierra el 12 de Octubrc de 1492, á los treinta y nueve dias de nuestra partida de Europa.

Colon saltó á tierra revestido de las insignias de almirante de aquellos mares y virey de aquellas tierras y lloró mirando al cielo: llanto profético, señal de que no habian concluido sus dolores y de que empe-

zaban los de aquellos infelices indígenas.

Hé aquí como yo, humilde trozo de un metal mas humilde, guié á través de lo desconocido al descubridor de América.»

El caso no era nuevo: á veces bajo una mala capa hay... un malísimo escritor.

«Es, sin duda, destino eterno y fatal de la humanidad, que el crímen vaya en pos de las mas meritorias acciones y que las mas grandes, santas y trascendentales causas, produzcan míseros, malditos y abominables efectos.

Al descubrimiento de un mundo nuevo, la inmundicia social contenida en el mundo viejo, cayó sobre el pueblo aborigen como torrente asolador sobre fertil llanura.

Tantos fueron los crímenes de aquellos aventureros, tantos los desmanes cometidos por los españoles sedientos de oro, que por un momento muy de veras me arrepentí de haber contribuido á tan colosal obra.

No permanecí ociosa mucho tiempo. Colon volvió á la mar y yo le acompañé hasta que ,cargado de cadenas, volvió á España. ¡Digno coronamiento tuvo el edificio cimentado á tanta costa!

Una furiosa tempestad destrozó al cabo de algun tiempo el bajel donde prestaba mis servicios, como si la fúria del Oceano se vengase de la proa atrevida que surcara sin miedo un dia sus líquidas é inesploradas llanuras.

El fondo del mar fué por mucho tiempo el lecho que la suerte me deparó para reposar de mi vida aventurera, y aunque la inmensidad de las aguas gravitaba sobre mí con su peso enorme y abrumador, llevada de mi manía filosófica y arrastrada sin cesar por las corrientes, observé hasta en sus menores detalles las costumbres de los séres submarinos de todas las zonas.

La analogía entre la vida y costumbres de los hombres y la vida y las costumbres de los peces, no puede ser mas completa.»

Aquí no pude contenerme.—Señora mia, que vulgariza usted de un modo inicuo; —dije, ó creí decir á través de mi soporífero sueño.

—Los peces grandes se comen á los peces chicos...? Donoso descubrimiento. Para eso no es menester bajar à los abismos húmedos, que diria un clásico. Yo mismo me

siento digerido en este momento por mi casero, especie de escualo de triple sistema dental.

Mi pluma hizo como que no oía y siguió su discurso en estos términos:

«Por todas partes he encontrado el dolor y las lágrimas en contubernio infame. Pero los frutos de esta union nefanda son la alegría y el placer. Si se suprimèra la desdicha, la creaccion quedaría muda, silenciosa, como si merced á un titánico procedimiento se suprimiera de repente la onda sonora.

Convencida de que el mal no tiene remedio, tomé el partido de dejarme arrastrar en silencio por el impetuoso flujo de los mares.

Un dia distinguí á través de las olas una luz opaca que llegaba hasta mi lecho de algas, y comprendí con verdadero horror que estaba cerca de tierra.

En efecto; no en vano habian hablado mis presentimientos. Al cabo de algunos dias, la red de un pescador que exploraba aquellos lugares, me sacó violentamente á tierra.

Cuando me repuse de mi sorpresa ví

unos hombres completamente dlstintos de los últimos que conocí antes de mi sumersion. Estos, no llevaban armas, cotas, ni mallas. Por todo casco cubrian sus cabezas con prosáicos gorros de lana. Su lenguaje era enérgico hasta sonar á salvaje. Un romano no hubiera podido resistir sin desmayarse aquel concierto de ásperas consonantes. Yo que sé un poco de todo, comprendí que eran ingleses y que me hallaba en una playa de Inglaterra. ¿Pero en qué época? Luego supe que corria el año de 1880. Habia permanecido sumergida 388 años.

Los pescadores no conocieron mi orígen ó no quisieron molestarse en averiguarlo. Lo cierto es que me vendieron por una suma miserable, en una fábrica cuyas altas chimeneas llenaban de negro humo el cielo ceniciento.

De los almacenes de la fábrica, pasé à las máquinas. Despojada de los sedimentos que sobre mi habia acumulado el Océano, fuí estrujada, laminada, golpeada y maltratada de nuevo.

La máquina es la perfeccion del martirio, para nosotras pobres materias ma-

nufacturables. En esto hago justicia al siglo. Mas quiero un cilindro que me aplasta ó estira de una vez, que el pesado martillo que me golpea y martiriza un dia entero.

A fuerza de recorrer talleres, sufrír pulimentos, mutilaciones y quebrantos, vime un dia convertida en varias docenas de plumas metálicas; que hasta la pena de la division infinitesimal me tenia reservada el destino.

Empaquetadas y dispuestas con estremado arte, mis nuevas hermanas y yo vinimos á España para ser vendidas.

Ignoro el destino de mis compañeras; pero de mí sé decir que un dia que reposaba tranquilamente en un bazar de la calle de Granada, la fortuna me hizo parecer bien á una bella jóven que me adquirió juntamente con una caja de papel glaseado.

Mi nueva dueña me abandonó á poco en uno de los cajones de su *bureau*, hasta que al cabo de cierto tiempo tomé el primer baño de tinta, violeta por mas señas.

Cuando empezó mi nuevo ministerio, confieso que el fuego del rubor enrojeció

mi mejillas. ¡La espada de un cruzado, el alfanje de un rey moro, la aguja que guió á Colon hasta la mas bella parte del universo, sumergida en un tintero prosáico, como una vulgar pluma de ganso!

Confesemos que habia razon para alborotarse y hacer mencion de mi larga y gloriosa historia. Pero me desesperé en balde, no fuí escuchada y concluí por callarme.

La linda jóven que me habia adquirido despues de mi última transformacion, no me utilizaba, por cierto, en la escala que yo habia llegado á figurarme; porque afortunadamente no hacia versos, ni traducia novelas espeluznantes para el folletin de «La Correspondencia.»

Mi nueva dueña me empleaba solamente en llevar la cuenta á la lavandera, al aguador y á la criada. La vida no podia ser mas pacífica, pero me faltaba algo; era que yo conocia que estaba fuera de mi centro.

Una muchacha bonita y elegante, debe emplear sus plumas en algo que sea el reflejo de las vehementes y generosas pasiones que agitan el corazon femenino á los diez y ocho años.

Un dia vino mi poseedora á sentarse triste y pensativa delante del púpitre. Meditó largo rato, derramó algunas, muy pocas, lágrimas—bien es verdad que estaba á solas—y se puso á escribir la siguiente carta:

«Pepe mio: tu condurta es hatros con esta povre mujer á quien as engañado virmente.

Mis hogos no se segan ni de dia ni de Noche y mamá está orriblemente asustada de berme. Ben plonto ó me guito la bida. —Elena.»

Al llegar aquí estallé en santa y ortográfica ira y con el estallido saltó uno de mis puntos.

Quedé, pues, coja é inútil para servir á quien tan imperfectamente sabia utilizarme y que luego que advirtió mi deformidad me cambió bonitamente por otra de mis hermanas y me arrojó al suelo con ademan indignado.

Otra vez volví al reposo, si bien es verdad que no disfruté de él mucho tiempo; porque una maritornes antojadiza me cogió, y recluyéndome en su profunda faltriquera, me donó una noche á su Leandro,

cochero de plaza el mas apuesto de cuantos apalean jamelgos por las calles de Málaga.

El auriga me hizo intervenir en cien aventuras de caracter sospechoso, al estender cuentas excesivas que nadie hubiera pagado á no ser un enamorado ciego; hasta que un dia, gracias al insufrible trote de su caballo, caí del pescante al suelo.

No pasaron muchas horas sin que una nueva mano me aprisionara. Era la de mi actual poseedor, acreditado redactor jefe de «El Petardo,» periódico dedicado á la representacion y defensa del gremio de fondistas.

¡Había venido sobre mí, la última y mas aterradora plaga!»

Al llegar aquí, calló mi pluma, y yo desperté de la extraña borrachera que inopinadamente me habia acometido. Miré al cielo, el único reloj no empeñable que se conoce, y comprendí que la noche se acercaba.

Cogí entonces mi pluma, la guardé cuidadosamente, y salí resuelto á vender por su valor arqueológico aquel inestimable resto de la gloria de Colon.

El primer anticuario á quien propuse el negocio se puso á reir en mis barbas; el segundo me llamó borracho, y el tercero me dió con las puertas en las narices.

He resuelto contar á mis lectores esta *Historia maravillosa* por si alguno quisiere adquirir mi histórica pluma.

Vengan Vds., pues, á verla, porque además de ser un rico tesoro histórico y artístico, es lo único que poseo para pagar á mis acreedores.

LA ORACION DE LA TARDE.

Hijo soy de mi siglo, y no he de negar que para mí tiene el humo del carbon de piedra un aroma característico que llamaré *perfume de la civilizacion*, y que el grito estentóreo de la locomotora me suena á *himno del progreso*. —Pero apesar de ello, ya lo he dicho, y ahora lo repito para que conste y surta sus efectos, el pasado me enamora mirándolo como lo miro, con vagas intuiciones de artista, y con el propósito de no alterar la perspectiva trayendo al primer término las misteriosas lejanías del último plano.—Del

ayer es imposible hacer la actualidad, y mucho menos el porvenir; pero así como el ser amado muerto está siempre presente en los recuerdos, y nos gusta darnos de vez en cuando un buen *baño de infancia*, el tiempo pretérito y sus cosas peculiares deben ocupar un lugar en el archivo de la memoria.

No es pesimismo, ni estravagancia de neófito en tradicionalismo, ni siquiera conato de plagio al buen Jorge Manrique: el tiempo pasado me parece mejor, porque conservo su nocion tal y como llegó hasta mis facultades intelectuales en aquel momento mismo; que seria, á mas de absurdo, verdadera supercheria psicológica, juzgar el año de 1852, por ejemplo, con las ideas nuevas, usadas ó refundidas, que uso en 1887.

El presente, cosa bella; el porvenir, cosa bellísima; pero ambas bellezas se destacan y toman relieve á beneficio de la comparacion con el pasado, dispason normal á que vamos ajustando nuestros alegres cantos ó nuestros tristes sollozos.

Las costumbres modernas, las exigencias del progreso, que hasta en estas minucias mete baza, han desterrado aquel *¡Ave Ma-*

ria purísima! mas ó menos aguardentoso y con mas ó menos fervor entonado, que yo oia desde la cama con respetuosa atencion muy semejante á un vago y á la vez grato temor, para sustituirlo con molestos, estridentes y ensordecedores silbidos, fórmula escojida por la autoridad para decirnos que vela mientras los de la clase de súbditos nos entregamos al reposo.—Seré un reaccionario de tomo y lomo; seré un oscurantista rematado, indigno de oir *La Marsellesa* y *El himno de Riego*; seré una especie de Calomarde, y todo lo que ustedes quieran: más prefiero aquel *¡Ave María purísima!* oido entre sábanas, coreado por el rumor de las canales y por los mugidos del viento, al silbido del pito de los modernos guardianes nocturnos, que despierta prosáicamente, que no lleva á la medrosa alcoba misterio ni encanto, ideas ni sensaciones adecuadas al momento.—A Dios las gracias, ni el canto ni el pito del sereno puedo oir; pero conste que prefiero el concierto vocal administrativo de antaño, al concierto instrumental con que ogaño nos obsequia el Alcalde por boca ó por pulmones de sus dependientes.

Y zambullido ya poco á poco en el pasado, permita el ocioso lector que le entretenga unos cuantos minutos mas, evocando otro de mis añejos recuerdos.

Ya no se veia un frac azul con boton dorado para un remedio, pero estaban en todo su apogeo los miriñaques de pleitas, y los hombres usaban medias y botas hasta cerca de la rodilla, cuando era yo asíduo concurrente vespertino á la Plaza de la Merced.

Mientras el sol—que lejos de enfriarse desde entonces á la fecha se ha calentado de lo lindo—era un peligro para la salud, recluido permanecia yo en casa oyendo leer, sin entenderlos, sendos trozos de *Maria la hija de un jornalero* y aun de *La marquesa de Bellaflor*, que por entonces gozaban de gran predicamento.—Pero á las cinco de la tarde rompíase la clausura, y de la mano de mi pobre padre allá iba á gastar en interminables carreras, en locas alegrias y en infantiles expansiones, toda la plétora de sangre y de vigor vital propia de la niñez.—Jugábamos á *justicia* y *ladrones* —juego que será siempre de actualidad mientras haya hombres y niños que los

caricaturizen,—al *chilindron*, á *esconder el bicho*, al *salto del palo*, y á la *musa cacaratusa*, que es juego relativamente mas sedentario, cuando ya el cansancio nos prohibia otras agitadísimas empresas.—La Plaza de la Merced, mas modestamente exornada que ahora, ofrecia pintoresco y animadísimo aspecto.—En los canapés, ancianos, niñeras, sacerdotes, y patriotas estasiados ante la esbelta mole del monumento á Torrijos.—En los paseos laterales, unos señores graves, viejos, pero todavia fuertes y marciales, que paseaban en ala llevando rigurosamente el paso.—Eran retirados, veteranos de la guerra de los siete años, con monumentales sombreros de copa de alborotados pelos; próximos á la extrangulacion bajo el estrecho y anudado corbatin; empuñando robustos bastones; luciendo amplísimas levitas de estrecha manga y ondulantes faldones; algo fumadores, pero mas dados al rapé; àgrios en el hablar, pero ceremoniosos en la frase; liberales ó moderados ó tal vez carlistas; amigos de Riego ó de Gomez el cabecilla terror de Andalucía, y de seguro contemporáneos de Torrijos, pero religiosos, cre-

yentes, entusiastas, llenos de fibra, de lenguaje casto y de una testarudez homérica; tiranos de la prole por fuera, padrazos de mazapan por dentro; que llamaban á sus hijos con el garrote enarbolado para concluir por darles cuatro cuartos de aquella moneda antigua de cobre que tenia más valor intrínseco que el moderno oro acuñado.—Estos curiosos y originales tipos, se han perdido.—El retirado de hoy no tiene caracteres propios, y hasta el militar en activo servicio se ha vulgarizado y *apaisanado* tanto, que se confunde al teniente coronel con el empleado de poco sueldo, y aun puede ser que este, si *presta* (con módico interés) sus servícios en un negociado sustancioso, brille mas por el indumento que un brigadier de cuartel.

Nosotros sorteábamos con refinada astucia el vá y viene de aquella legion adusta, para entregarnos al vicio dominante en la infantil turba, al vitando vicio de fumar, que por entonces era delicioso, dada la calidad excelente del tabaco.—¡Qué furiosas chupadas dábamos á ciertos cigarrillos de matalahuga, recubiertos con una ténue capa de tabaco, que valian á ocha-

vo, no obstante ser un eficáz antidoto contra el flato!—¡Como nos pavoneábamos ante algunas beldades de 8 á 10 años, que hoy ¡horror causa decirlo! son abuelas, por partida triple algunas!—¡Qué atracones de uvas-palmas, de indigestos membrillos, de dulces anises, de alfeñiques blanquísimos, de avellanas, de garbanzos, de almecinas, y de otros gérmenes del cólico, nos dábamos con la paternal propina, que parecia inagotable merced á la baratura fabulosa de los géneros consumidos!—Y entre el piar de millares de gorriones anidados en los añosos árboles; las inestinguibles risotadas, con ecos cristalinos, de las niñas que jugaban al corro; los gritos de los muchachos que se perseguian veloces y ágiles; el vocear de los vendedores ambulantes; el estampido de los triquitraques quemados por alguno bastante opulento para pagarse una funcion de pirotécnia rudimentaria; el rumor de las conversaciones, que el aire traia y se llevaba como una marea incesante; el acompasado andar de los que paseaban discutiendo, parándose aquí, esquivando allá el choque de un arrapiezo disparado al galope, para

volver á emprender la marcha, pararse de nuevo, y seguir otra vez, como si automáticamente desempeñasen la importante funcion de pasear el cocido; y la difusa algarabia de cien conversaciones en alta voz, la Plaza iba poco á poco semejándose á una verdadera olla de grillos.—Pero de pronto el farolero aparecia cargado con su escalera y empuñando la mecha que agitada al aire con movimiento circular del brazo, lucia en un extremo humeante llama que à su vez se trasmitia á la torcida del reverbero.—El cielo palidecia, si así puede decirse; algunas luces brillaban en las tiendas y barberias; el aire fresco del mar bajaba por el Mundo Nuevo, oreando las infantiles frentes sudorosas; la corneta y el tambor tocaban á rancho en el cuartel vecino, y desde el campanario de la Merced la campana llamaba á la oracion con plañideros sones.—Súbitamente, enmudecia el concurso; los juegos cesaban; las carcajadas se extinguian, como si el aire ambiente hubiese perdido sus cualidades acústicas; todo el mundo se paraba y se descubria; todos los muchachos rodeaban,

gorra en mano, á sus padres, y de todos los lábios salia piadosa oracion, mitad de gracias, mitad de suplica; y allá iban, por misteriosa escala, desde la tierra al cielo, todos los pensamientos y todos los propósitos, á ofrecerse en holocausto á la que entrevia la fé pisando aquella alfombra azul tachonada de luceros que comenzaban á brillar, y asistida de celestial coro que en su honor excelso entonaba eternas alabanzas.—Extinguido el rezo, hecha la señal de la cruz, pronunciado el ceremonioso: buenas noches mi señor D. Fulano, y contestado con el: Dios nos las dé muy buenas, mi Sr. D. Zutano, todas las cabezas se cubrian, todos los chicos enlazaban sus manos á las de sus padres, y allá ibamos, en busca de la merienda, mas tarde al soláz de la tertulia, y por último á la cama, donde la buena hada del sueño nos proporcionaba noche deliciosa, solo con tocarnos con su bienhechora y mágica varita coronada de adormideras.

Yo no pretendo que se suspenda la circulacion, que las gentes se destoquen y

se arrodillen, que se formen corros místicos, ni que de Real Orden se retrotraigan las costumbres; pero consigno con dolor, como grave síntoma, y por vía de confesion íntima y urgente, que *in illo tempore*, cuando habia retirados auténticos, y anises en abundancia, y piezas de á dos cuartos capaces de servir para forrar en cobre un navío de tres puentes, y las abuelas de hoy eran lindos conatos de jovencitas encantadoras, yo acudia cerca de mi padre al toque de la oracion de la tarde; la rezaba lleno de fé ingénua y vaga; besaba con religioso respeto la mano que jamás se levantó para pegarme, no obstante ser símbolo y orígen de toda autoridad sobre la tierra, y no sentía en mí nada discordante; mientras ahora—¡qué lástima que el rubor no pueda escribirse!—acaso me silbarian sí, funcionando de padre, próximo á ser abuelo, me detuviese á rezar en plena vía pública la oracion de la tarde; acaso mi hijo se negara á obedecerme; y lo que es mas grave, acaso no supiera yo como se reza.

EN NOCHE DE DIFUNTOS

(DANZA MACABRA.)

¡Dios mio, qué solos
se quedan los muertos!

BECQUER.

I.

La esquila se lamenta desde lo alto de la torre ruinosa; el viento frio silba en las calles; el cielo brumoso parece que empieza á padecer la nostalgía de la primavera; de vez en cuando, llueve: es el génio de la buena estacion, que llora antes de emigrar al Africa en compañía de las aves de paso, que van en busca de un sol que no se deje imponer por las escarchas del invierno.

Juan Garcia, uno de nuestros primeros cursis, tan vulgar que estuvo á punto de ser elegido Principe de la Bulgaria, cuan-

do vacó el trono de aquella naciente monarquía, salió de la oficina con las manos heladas de hacer números, y la cabeza caliente de hacer poesías en prosa á propósito de todas esas cosas que pasan desapercibidas para aquellos séres felices que ven la comedia humana desde un palco principal confortablemente dispuesto.

Juan, por ser dia de Todos los Santos, habia derrochado un caudal del lirismo mirando al cielo indiferente para él, contemplando el lujoso porte de los que tienen una levita nueva para cada festividad, viendo como las brutales bocanadas de aire sacudian la mata de claveles tardíos que temblaba en el balcon de una vecina que alguna vez solía mirarlo gratis.

Eran las seis: los espíritus empezaban á poblar el espacio. Un momento mas y en cada teja danzaría un aparecido, como es de rúbrica en noche de difuntos.

Juan subió lentamente los 96 escalones de su patíbulo urbano, y llegó por fin. Le esperaba la dicha bajo la forma de una tortilla fiambre, y Juan cenó casi á oscuras, con la misma solemne parsimonia que

el Czar de todas las Rusias hubiera cenado en su palacio de invierno.

La campana seguia clamando en tono de salmodia. El frio seguia invadiéndolo todo. Juan, sin embargo, abrió la ventana de su boardilla y dejó vagar su vista por las tinieblas, que à duras penas rompian aquí y allí los faroles del alumbrado, cuya claridad perezosa se comia la bruma que venia del Polo en brazos del viento Norte.

A los pies de Juan, los vivos comian castañas acordándose de los muertos. En la casa de enfrente, dos lamparillas ardian delante de un cuadro de las ánimas. El brasero congregaba à la familia llevando hasta el cielo, con los vapores del espliego, un tufillo de felicidad que el olfato de Juan no sabia apreciar en todo su valor.

Desde la boardilla percibíase confuso el rumor de la ciudad, que en masa se habia *echado á la calle*. En noche de difuntos es la moda pasear la pena de iglesia en iglesia ó asistir al rapto de doña Inés en versos zorrillistas, aplicado sea el calificativo sin intencion democrática.

Juan permaneció largo rato mirando sin ver, oyendo sin oir, durmiendo despierto,

fijo en un punto misterioso, polo magnético de su voluntad.

En el tejado próximo, algunos felinos se amaban ruidosamente. En cada ángulo oscuro, un trasgo hacia muecas á Juan que despreciaba aquellas burlas ó no las veia.

Rodaban las nubes, bambalinas embusteras que cubren la horrorosa verdad del vacío, y por la ventana abierta entraba la noche á añadir tristeza y frio á aquella estancia, *sorbetera de mis lágrimas*, como el cursi de Juan llamaba en sus arrebatos retóricos á aquel desvan que solía dejar de pagar con harta frecuencia.

Indudablemente, nuestro héroe lloraba de cara á la oscura cortina que Morfeo estiende de noche entre el sol y las pupilas de los que duermen; pero si la noche vió aquellas lágrimas, se hizo la desentendida, como la sociedad hace ¡plagiaria! con los dolores que no se anuncian con orla negra de á cinco duros en «La Correspondencia de España.»

Por fin, Juan abandonó su inmoble postura, y sin hablar una palabra, sin pronunciar un triste ¡ay! mísero! como dicen los

galanes de comedias, dió con su cuerpo en la cama.

La ventana quedóse abierta, y cuando Juan cerró los ojos, un ejército de fantasmas entró por aquel boquete al asalto, como entran las penas en el alma de los que tienen la falta de precaucion de dejar el corazon abierto á todas las pasiones.

II.

Apenas se durmió Juan, comenzó el baile para que se habian dado cita todos los despojos de la muerte.

El desvencijado catre gemia, y Juan, frente á frente á la noche, pálido, sudoroso, con el rostro vulgar trastornado por las emociones del alma, respiraba cansado, como si sobre sus huesos bailase infernal galop una apretada legion de muertos.

Primero llegaron las dulces ilusiones de la niñez, edad dichosa donde no hay mas color dominante que el azul de los cielos, ni mas nota argentina que la carcajada del placer inocente.

En el fondo del cuarto, un esqueleto mas descarnado que los demás, hacia mas

BIBLIOTECA DE ESCRITORES MALAGUEÑOS Diputación Provincial MÁLAGA

ruido que todas las osamentas animadas.

Aquel confuso monton de miserias, aquella silueta de ser humano, reia con doloroso gesto. Sus mandíbulas pobladas de blanquísimos dientes, chocaban con el timbre del acero. Las vacías cavernas de los ojos, lanzaban rayos. Era el amor, lo que queda el amor, despues que la mujer amada entona su aria final.

Juan tembló por su vecina la de los claveles. La vió ausente, pobre, llorosa, abandonada, y él, el desdichado, el predilecto hijo de la miseria, lloró dormido por la que tal vez se burlaba de él en aquellos momentos de angustia.

En la cabecera del fementido lecho, potro de aquel martir de la pobreza, unos ojos flameantes le miraban. Aquellas ascuas le calentaban tanto, que sentia hervir su sangre en las venas y llegar hasta el corazon como una marea de lava. Juan se acordó de su madre; tuvo miedo; quiso despertar, y quedó amarrado á su sopor, inerme, indefenso.

Los ojos encendidos del espectro le seguian mirando, sin reparar que Juan sudaba sangre; sin ver que se bebia sus lá-

grimas, y que sus lábios al amargo contacto de aquel llanto, tomaban la palidéz de la muerte. Era la desgracia que hacia alarde de su crueldad, cebando sus uñas de fiera en aquellas carnes débiles del miserable, del pobre, del afligido.

Juan perdió una ilusion mas, y supo que la desdicha sabe mezclarse en los sueños del que sufre, para que cada hora que el relój deja detrás de sí, se marque como etapa de un infortunio.

Entonces empezó el cotillon de los muertos. La campana de la iglesia próxima, marcaba el compás de aquella horrorosa danza. Y ejércitos enteros de esqueletos, con las huesudas manos enlazadas, produciendo estallidos tremendos, daban vueltas vertiginosas en torno de Juan que sollozaba bajo la influencia de la vision horrenda.

Llegaban de todas partes, y llegaban sin cesar. El cuarto del pobre Juan los contenia por millones, pero á cada minuto nuevos muertos asaltaban la estancia, y aquellas actitudes repugnantes, aquellas miradas ardientes de ojos imposibles, aquel hedor que era el aliento cálido y húmedo

á la vez de la tumba, acabaron por tornar el sueño agitado de Juan, en delirio tremendo.

Vió entonces á sus conocidos, á sus compañeros de oficina, á su madre, á sus hermanas y hasta á la vecina de los claveles, convertidos, en bailariues de la sombra. Quiso tocarlos, y se desvanecieron sin desaparecer de su vista. Estaban helados y se reian sordamente, con una risa semejante á la que la sociedad lanza en presencia de los dolores mas intimos.

La débil cabeza de Juan estaba á punto de estallar. Él habia soñado con el amor, y el esqueleto de su vecina se le iba de entre las manos. Habia deseado la riqueza, y uno de los danzantes mas asquerosos era un millonario que á dos pasos de la casa de Juan tenia un palacio lleno de oro y de orgias insultantes. Su madre, muerta tambien, danzaba frenética en el oscuro ámbito de la sala; y de aquel regazo, donde otras veces brotaban los raudales de la vida, no quedaba ahora mas que un horrible monton de huesos que amarilleaban en la sombra.

Juan, loco ya, se asomó un momento á

su miserable existencia. Se vió solo, afligido, inundado de lágrimas. Oyó las carcajadas de los alegres muertos, percibió el castañeteo de aquellas horribles bocas; y al verse inerme, abandonado, comprendió, *que su alma se mudaba*, como él decia cuando hablaba pintorescamente de otros muertos que nada le importaban. Entonces cerró los ojos; aflojóse el misterioso resorte que retenia la vida á un cuerpo desmayado, y puesto que le aguardaban el frio, el hambre, la soledad y las lágrimas, tomó el partido de morirse y se murió, prosáica y vulgarmente, como habia vivido, sin llenar las columnas de los periódicos con noticias de su enfermedad, sin suplicar el coche para su entierro.

En aquel momento, el capitan Centellas mataba á don Juan Tenorio en todos los teatros de España.

III.

Por la mañana, la portera le halló rigido y helado, en aquella cama de mala muerte.

La buena mujer vió la ventana abierta, la mísera cazuela, que contuvo la pitanza de Juan, completamente vacia, y salió á contar al vecindario, que Juan habia muerto de hambre y de frio.

Pero, el infeliz cursi, el vulgarísimo Juan García, que la oyó, pensó para sí, cuando le llevaban camino de la fosa comun:

—Posible es que mi portera tenga razon. Un beso me hubiera dado calor: una caricia hubiera alimentado mi alma para toda una eternidad.

IV.

Y así fué como un escribiente cursi, pudo morir por haber asistido á un baile de ultra-tumba, en noche de difuntos.

La Procesion

Ya ha sonado el segundo repique. Las campanas, como nunca alegres y potentes, parecen participar del exceso de vida que por todas partes se nota.—La luz solar es mas vívida, mas irizada, mas acariciadora; el azul del cielo ha perdido su densidad uniforme, y ténues nubes blancas lo matizan, reflejando una claridad difusa que dá al etéreo manto tonos verdaderamente celestes.—La brisa llega fresca, retozona, en alegre é invisible tropel, y al besar la enhiesta vara de nardos recibe en cambio ceremo-

niosas cortesias, dejando tras si temblorosos á los claveles que se asoman por encima de sus enrejados de cañas á curiosear un poco y á exhibir sus hermosos colores. —Vuelve á vibrar el bronce en la elevada torre, atalaya de la fé.—El monaguillo recibe con gusto el concurso de los arrapiezos que han tomado por su cuenta á la *gorda*, á la *mediana* y al *esquilon*, por que hay que repicar mucho y bien.—Voltea sin cesar el ventrudo instrumento; el badajo hiere con furor las sonoras paredes cada vez que la campana dá una trecha, y aquellas ondas de ensordecedores sonidos, van como diluyéndose en el aire hasta llegar mansas y gratas á los oidos de la muchedumbre, que se agita y se estremece espoleada por la sucesion de notas llamativas y atrayentes, que son un himno y una risa de titanes, un pregon y una fórmula abreviada de la alegría de todo un pueblo.—Cesó la fatigosa gimnasia de lo campana; de vez en cuando, un golpe aislado del badajo remeda la respiracion de un pecho fatigado, y avisa que volverá à empezar la orgia de robustas sonoridades.—¡Ya estalló!—Es el último, el úl-

timo repique, y acólitos y faurates, aficionados y maestros en el arte de repicar, retienen ó sueltan la cuerda ó empujan á intérvalos á la campana misma, burlándose del monstruo que puede aplastarlos. —El campanario se bambolea, la torre entera tiembla, el murmullo de la multitud se ahoga; y sobre el estampido del volador cohete, sobre los acordes de la marcial charanga, sobre el coro de jubilosas voces, la campana domina como señora y no cesa en sus descoyuntadores saltos, ni en su vocear estentóreo, hasta que ha despedido con todo el vigor de su fortísima naturaleza, á la santa imàgen que allá vá en las andas deslizándose magestuosa sobre un mar de destocadas cabezas humanas.

En la carrera, la escena ha llegado á revestir caracteres marcadamente profanos.—Las hembras guapas sacan el busto sobre el engalanado herraje del balcon á pretesto de observar si se acerca ya la esperada comitiva.—Pasa y repasa la acera el almibarado Tenorio, la flor en el ojal, la sonrisa en los lábios, y llena de atractivos la mirada, entre provocativa y

languida.—El menestral luce los trapitos de cristianar al lado de la buena hembra, que barre el empedrado con los flecos de su manton de Manila y el limpio extremo de su crugiente falda.—El vendedor vocea las golosinas de rúbrica, sin conseguir que la excitada atencion de los glotones párvulos, se fije por el momento en barquillos, avellanas, garbanzos, alfeñiques, y *cuajaita*.—Las vistosas colgaduras flamean al aire, ondulando á lo largo de la calle, como si se hubiese desbordado la paleta de Fortuny.—Sobre las aceras se va formando el apretado cordon que ha de servir de cauce á la comitiva. —Zumbido de abejas, *abejorreo* como dice tan gráficamente el provincialismo malagueño, oyese incesante.—Notas graves; ecos de argentinas voces; rumor de apagados pasos; el coche retrasado que se abre camino à través de la multitud provocando rudas exclamaciones y airados apóstrofes; confusos gritos, de cólera, de júbilo ó de desencanto; mugidos informes de turbulenta corriente; sonidos perfectamente articulados; rastros borrosos de la voz humana; la campana que sigue sonando á

lo lejos; el eco de la detonacion, que llega extinta ó desfigurada; todo esto, confundido, amalgamado, amasado, por decirlo así, llena la calle, corre por la muchedumbre con estremecimientos de sacudida eléctrica, y vá á perderse á lo léjos llevando á otros puntos de la ciudad la nota alegre en alas del solemne rumor de la vida.

De pronto, los rezagados corren à ocupar el hueco que casualmente atisban; los espectadores callejeros, se afirman sobre la acera; la corriente que se dirijia hácia el punto de origen de la procesion, víra en redondo y retrocede; todas las lindas cabezas que adornan los balcones, se orientan debidamente, ansiosas de paladear las primeras sensaciones del suceso, por tanto tiempo y tan pacientemente esperado.—La calle queda limpia en su centro; atléticos, sérios, marciales, inmóviles, casi augustos, con el acero centelleante en la diestra, rigiendo hermosos caballos, aparecen cuatro guardias civiles.—El orgullo nacional se excita viéndolos y adivinando tras aquel pacifico continente, á

los bravos é infatigables guardianes de vidas y haciendas.—En la carretera infunden inexplicable sensacion de alegria y confianza; al frente de piadosa peregrinacion representan la fuerza al servicio de los mas delicados sentimientos.—¡El primer guion!—El distraido se apresura á descubrirse, derramando en torno suyo miradas que piden escusa por la tardanza y el olvido.—Ya están aquí los asilados, los que viven á espensas de la caridad, los embajadores de la pobreza en la corte de las supremas misericordias.—La primera música llega entonando magestuosa marcha; tras ella, una legion de cofrades; luego la capilla, salmodiando himnos y alabanzas; despues el clero, con sus rizadas sobrepéllices, y sus amplias y pesadas capas llenas de ricos bordados; mas lejos la marcial cohorte de bizarros oficiales que han dejado la espada por el cirio; luego los funcionarios, y al fin las andas que desaparecen bajo una carga de flores, y tras las densas nubes de incienso.—Salmos y alabanzas suenan distinta y armoniosamente.—La muchedumbre ha enmudecido; todos los corazones se levantan, todas las

frentes se inclinan.—Sobre aquellas andas, la sagrada imágen de Maria, símbolo de las mas dulces y consoladoras creencias, parece sonreir al prosternado pueblo.—Allí la gloriosa tradicion española; allí la fé inalterable que profesaron nuestros padres; allí la santa patrona de nuestra hija, de nuestra madre, ó de nuestra mujer amada; allí la inefable y perenne fuente del amor espiritual; allí los tesoros de abnegacion, de dolores cruentos, de celestiales dichas, de eterna misericordia; allí la que lloró al pié de la cruz; allí la madre, allí la redentora.—Y cuando el alma subyugada, siente deliquios sobrenaturales y plácidas congojas; cuando Maria pasa radiante, venerada, llena de resplandores que vienen de lo alto, el incrédulo vacila en su impiedad, el creyente reza, el enfermo implora, el dichoso entona callados cánticos de gratitud, el infortunado llora; y aquellas lágrimas, al evaporarse, ascienden silenciosa é invisiblemente hasta formar en torno de la bendita cabeza, sobre la aurifera corona, por cima de todo lo terrenal, un luminoso nimbo que solo vé el que sufre y mira á la Reina de los Angeles á través de esas que

los poetas llaman perlas, y son amarguras fundidas y disipadas al tibio calor de la esperanza.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La procesion se aleja; los acordados sones de la marcial charanga se extinguen poco á poco á lo lejos; vuelve á oírse el respirar fatigoso de la multitud que se retira; la campana voltea de nuevo furiosa en su soledad; las estrellas comienzan á brillar; el cielo, primero palido, luego rojo, muéstrase negro como el abismo infinito; la brisa sigue su carrera intermitente, y juguetona; y la enhiesta vara de nardos continúa devolviendo en ceremoniosas cortesías los besos ya frios del aire perfumado de la noche.

LOS HUMORISTAS

Somos los seres mas desgraciados de la tierra, sinó toman ustedes á mal ese *somos* à beneficio del cual me incluyo entre los que cultivan el humorismo y llevan con justo título el nombre de humoristas, mas ó menos aplaudidos.

Un hado cruel nos condena á ser ocurrentes, festivos, ingeniosos, chispeantes, satíricos, y hasta graciosos, por nuestro gusto y á diario, y no hay medio de sustraerse á la tiranía del público que nos demanda chistes para pagarlos con carca-

jadas ó con ódio, con aplausos ó con procesos criminales, con signos de admiracion ó con garrotazos.

Y todo ¿para qué? Asi como en los banquetes formales los platos fuertes son la esencia ó el argumento, y los pepinillos, encurtidos y aperitivos, no figuran mas que en un órden muy secundario, en literatura el humorismo es el estremés, y los escritos sérios y hasta llorones, son los que dan reputacion sólida y estienden el título doctoral à favor de los cocineros, digo de los escritores, que se respetan.

Verdad es que en cuestion de manjares intelectuales, el público pide no escasa dósis de alcaparras, aceitunas, anchoas, y pimientos picantes: pero esto no basta á nutrir el cerébro, y reconozco sin pena mi inferioridad de humorista, mal comparado con un ingenio que discurra sin sonreirse, y que espela erudicion por todos sus poros, ó sentimentalismo por otras vías de desagüe del cuerpo humano...

Ustedes mismos decidirán. Entre retratar una costumbre viciosa y cursi, delinear un tipo ridículo y perjudicial, ó es-

cribir impresiones de viaje, historias de amores contrariados y fúnebres, ó colgarle una porcion de defectos á reyes y personajes fenecidos ¿qué espíritu cultivado no se decide por esto último? Las *chirigotas* no dán reputacion de escritor, ni de pensador, ni de estadista en simiente; mientras de un escritor sério, cualesquiera sea el ramo que cultive, hay que pensar que conoce los clásicos, el corazon humano de ambos sexos, la geografia de Malte Brun con grabados y los trabajos de *Melo* (el historiodor, no el novillero.)

Pues bien; viviendo tan bajo como vivimos en la escala intelectual los humoristas, se nos exije mil veces mas que á otros séres que nos aventajan en saber, edad y gobierno; siendo como somos simples aperitivos, febles entremeses, insignificantes y ligeros *hors d'œuvres*, se pretende que alimentemos tanto como un buen solomillo literario mechado con citas históricas y técnicas, esas trufas que delantan al escritor de buena cepa. ¿Es esto justo? Lo niego, protesto, y paso adelante.

La primera causa de nuestra inferiori-

dad, consiste en el estilo. ¿Qué mérito ha de tener, ni que trabajo ha de costar, un escrito que entiende todo el mundo, merced á su elocucion lisa y llana, vulgar, y al alcance de todas las fortunas cerebráles? La broma que se permite todo bicho viviente, la malicia que es patrimonio de todos los racionales, y el alfilerazo que está en los hábitos de todas las personas piadosas, son de aprovechamiento comun, y se cojen como las bellotas en la edad de oro ó dorada que describió Cervantes, sin necesidad siquiera de elevar mucho la mano. Por el contrario, ¿quién no se siente poseido de religioso respeto, ante un escrito enrevesado y profundo hasta no vérsele el fin, ni vislumbrarse lo que dice ó ha querido decir el articulista ó el novelista, ó el poeta? Nosotros tenemos, pues, la culpa; habláramos como los dioses y no como los hombres, y se nos respetaria, como es de rúbrica respetar á toda persona decentemente vestida. Un estilista será siempre *creme* en el mundo de las ideas, mientras los que dicen las cosas como las dice y las oye todo el mundo, no pasará de ser un tomo

encuadernado en rústica de la vulgarísima obra de Juan del Vulgo.

Decía, segun quiero recordar, porque á mi no me gusta mirar á mi pasado, ni leer lo que escribo una vez escrito, que se nos exije mucho, una exhorbitancia, para lo poco que valemos. A mí, por ejemplo, no me perdonarian mis admiradores y amigos —¡así se escribe en sério!—un trabajo quejumbroso, adusto, ó melodramático siquiera. Pues sin embargo, aquí donde ustedes me ven escribiendo de corrido y de tan buen humor, he tenido esta semana unas anginas, aunque tremendas no tanto como yo deseo para mi mas cordial enemigo.

Las anginas—y esta digresion merece punto y aparte—son un arreglo al teatro moderno del antiguo suplicio de Tàntalo, para el que tiene la necesidad imperiosa é ineludible de trabajar para comer, llueva ó ventee, esté bueno ó esté enfermo, haga calor ó haga frio. ¡Trabajar para comer y no poder comer! ¿Hay castigo dantesco mas terrible? De su crueldad—de la crueldad del castigo—tendrá usted idea aproximada, si medita un momento

sobre la fórmula de la antipatía que se expresa así:—No puedo tragar á Fulano; —y sin embargo, lo que mas se desea es tragárselo, sín reparar en la contingencia de un envenamiento. Así pasa con las anginas: anhela uno tragarse el fruto de su trabajo, que quizá representa la causa de la enfermedad, y fuerza mayor lo impide, prohibiendo el beneficio de la hartura, pero sin redimir del gravámen de la odiosa labor.

En estas condiciones físicas y de ànimo, pidanle ustedes novedad en los chistes, gracia en la frase, escozor en la punzada epigramática, al humorista que, por ejemplo, se prevelique por las chuletas de ternera á la parrilla, y tenga que contentarse con hacer gargarismos. El caso es árduo y peligroso, porque de estos casos y otros semejantes, nacen las ventajas que poseen los escritores sérios sobre los humoristas. Para enjaretar cosas tristes y sentencias pesimistas, lo mismo que para verter filosofías abstrusas sobre el papel, siempre se está de humor, porque el humor negro predomina en el temperamento humano; pero para dar frescura, novedad, malicia,

vis cómica, al pensamiento escrito, hay que escojer el momento en que no duelan las muelas, la ocasion en que el bolsillo no sea una cámara pneumática, y el dia crítico y raro en que la regocijada y placentera sonrisa, asome espontáneamente á los lábios frescos y mas que frescos, húmedos por el beso de la dicha.

Pero hay mas, lector carísimo; ustedes los que forman el público, son muy difíciles de entender, casi imposibles de contentar, é imposibles absolutamente de servir bien, ó de ser bien servidos. Además de exijir que el arco esté siempre en tension y la saeta pronta á partir silbando, música la mas apropiada al ridículo, exijen ustedes tambien que el humorista no tenga piedad de la víctima, para ponerse del lado de ésta y contra el humorista, cuando ha hecho blanco. La sátira produce murmullos de admiracion; pero el sentimiento del público reacciona muy pronto, y todos los que se burlaron del satirizado mientras se desangraba, se vuelven contra el satírico apenas aquel está completamente exangüe. ¿Es esto piedad? ¿Es esto hipocresía? ¿Es que se revela en

la conciencia del público un sentimiento de verdadera caridad cristiana? ¿Es que las individualidades que forman el público, se acuerdan súbitamente de que pueden ser ellas tambien heridas, cuando menos lo piensen, por la saeta silbadora de la sátira? A lo mas favorable para el público me atengo, y recomiendo á los humoristas que no dejen nunca el hierro en la herida; y que á la puñalada *jornagueá* prefieran el arañazo superficial y fácilmente remediable con dos cuartos de tafetán inglés.

Y al llegar á esta cuartilla me pregunto: ¿para que he escrito este artículo, que ya se vá echando á perder por sus tendencias *moralizadoras?* Pues sencillamente para demostrar que nosotros los humoristas somos simples mortales, capaces de tener anginas, deudas, disgustos, miserias crónicas y otros impedimentos dirimentes del buen humor, y que no deben pedirsenos siempre y en toda ocasion, la agudeza y el aticismo, porque la musa de la alegría, mujer al fin, es inconstante, y cuando nos abandona nos deja convertidos en verdaderos hombres sérios, tan mamarrachos

como los que así se llaman y se hacen llamar por un corto estipendio.

Abominable es la vida pública ó literaria de los humoristas, pero no tiene punto de comparacion con la vida íntima y familiar que nos dan nuestros mas cariñosos amigos y entusiastas admiradores.

Todo ello es puro cariño, y no interrumpido tributo de entusiasmo y del aprecio en que se tienen nuestros talentos, pero en el fondo es insoportable el cargo de payaso por sufragio universal, que se nos confiere.

Cae uno en la tentacion de decir cuatro chicoleos á una jamona de buen ver, que es la clase femenil que *toma varas* con mas codicia; pues la interesada se sentirá inmediatamente tentada de la risa, y se pondrá en estado de defensa creyendo que va uno con segunda intencion.

—¡No sea usted malo, Fulano! ¡Qué *sátiro* es usted...! ¡Sería usted capaz de burlarse de un entierro! ¡Pero si *una* no tiene mérito...¡ ¿Cómo he de creer yo que usted siente lo que dice? ¡Vamos, usted se ha creido que está escribiendo para el periódico...!

Las tertulias de confianza, nos están ab-

solutamente prohibidas á los que hemos sido declarados humoristas, so pena de estar perpétuamente en ridículo, apesar de que vivimos de-ridiculizar al prójimo.

—Diga usted *alguna cosita*, Fulanito;—indica la dueña de la casa, sonriéndose de antemano por cuenta del chiste que espera y se deberá á su iniciativa.

Y como uno tiene deudas, y padece del vientre como los mortales no chistosos, y tiene tambien derecho á la vulgaridad, sale del paso diciendo:

—¿Y qué quiere usted que yo diga con este calor canicular?

No se necesita mas para excitar la risa liviana de nuestros primeros estultos congregados para oir á un hombre de ingenio.

—¡Ja, ja, ja! ¡*Canicular* ha dicho! Eso debe ser un epígrama disimulado;—comenta un boticario cesante por supresion de enfermos, que acude á la tertulia en clase de notabilidad científica.

Y toda la tertulia se rie sin darse cuenta de la trivialidad de la frase, como las muchedumbres gritan, rien, lloran ó se enfurecen sin saber lo que piden, lo que quieren, ni lo que oyen.

—*¡Cani... cular, cani... cular!*—repite el propio boticario, que suele permitirse chistes verdes y de dudoso aseo.—*¡Cani... cular!*—¡Bien se conoce que es hombre de chispa el tal Fulanito!

—¿Tienes ahí cinco duros?—pregunta uno á su mejor amigo en momentos de verdadero apuro, y el amigo *se sale de la suerte* á beneficio del buen humor reconocido al peticionario.

—¡Qué bromista eres! ¡Ja, ja, ja! ¿Cinco duros? ¿Sin duda para darme un chasco? Pues te advierto que no es dia de inocentes.—Y aquel amigo que era una esperanza de la fuerza de 25 pesetas, se desvanece murmurando:—¡Cinco duros! Cuidado si gastan buen humor estos humoristas...!

Despues de quince dias de cama, con fiebre, golpes de sanguijuelas, y repetido funcionar de esa bomba aspirante é impelente que es el terror de los niños y aun de las personas mayores que no pueden desechar ciertas preocupaciones, se presenta el humorista en la oficina donde está empleado ó en el círculo de que es sócio.

Los compañeros ó contertulios, se aperciben á explotar aquella mina de chirigotas

que ha permanecido improductiva durante algunos dias, y preguntan á nuestro héroe:

—¿Dónde has estado metido?

—En cama, con una docena de sanguijuelas salva la parte, y un ramalazo de gangrena en este otro sitio, mejorando lo presente.

Y los padecimientos del humorista mártir, y á las veces vírgen de todo chiste, sirven para arrancar sonoras carcajadas á la imbecilidad alegre. Nadie tiene lástima al enfermo, porque ha sabido desahogar su mal humor escribiendo en forma festiva, método de espeler bilis semejante al que emplearia la víbora envolviendo su veneno en papel de alegres colores, para no intoxicarse al segregarlo. Nadíe cree que pueda estar malo un hombre que escribe artículos festivos cuando el cólera hace mas estragos; ni nadie tomará en sério una pasion ó un dolor inmenso del que disimula bajo una sonrisa placentera y regocijada, el hastío ó el horror, la melancolía negra ó esa otra ictericia del alma que se llama pobreza, y á la que preceden y siguen penas y dolores.

El humorista que se presente á hacer

una visita de pésame, tiene, por este solo hecho, mas valor que el guapo Francisco Estéban.

Las damas enlutadas del duelo, refrenarán bajo el abanico las sonrisas indiscretas que la sola presencia del humorista despierta. Los caballeros mas artificiosamente afligidos, tendrán que tirarse con furia del bigote para disimular el regocijo que contrae sus labios; y hasta el mismo muerto se reiria de ver sério à un hombre que exuda cuchufletas y rezuma golpes de salero, segun dá en decir la exageracion cuando se empeña en adornar con los atributos de Momo á quien mejor estaria vestido de *pitejo*, segun lo negro de las entretelas de su mal comprendida alma.

Si el muerto era casado, y el humorista dirige un cumplido fúnebre á la viuda, no es menester mas para que en toda la sala mortuoria flote una atmósfera de picarescas intenciones.

—Señora, yo la acompañaré á Vd. siempre en su sentimiento,—dice el humorista, como podria haber dicho otra frase de cajon cualquiera.

Pero la malicia predipuesta de los oyentes, que espera á todo trance un equívoco con tercera intencion, encuentra picante y chistoso, aquello de *acompañar siempre* á la viuda, aunque sea en su dolor. Media hora mas de visita, y las carcajadas habrán profanado aquella mansion del llanto, que aunque se trate del dolor del viudo que es fuerte pero de poca duracion, merece un respeto absolutamente incompatible con la presencia de un hombre que hace reir aunque tenga dolor de costado, y contra cuyas intenciones siempre se está en guardia.

Suelen convidar á comer á los humoristas, pero ¡á qué precio! Si el asado se pasa, si las aceitunas están *zapatúas*, si el vino resulta ágrio, y el café es todo achicoria, preciso se hace que el humorista indemnice á los comensales de todas estas contrariedades, con chistes escogidos; verdes, para las señoras qne han pasado de los cuarenta; color de rosa para las niñas que aun pueden hacer creer que ignoran todo lo que ya sabian á los 10 años; crueles, para los que se complacen en tener á ratos entre los dientes la piel de sus amigos y conocidos.

Pues ¿donde me deja Vd. los àlbums?

Preciso se hace que el humorista exprima en esas, por lo comun, colecciones de sandeces escojidas, toda su vis cómica, en cuatro líneas que, si puede ser, contengan algun piropo para la dueña del mamotreto. Y como ya he dicho que el humorismo suele sufrir frecuentes eclipses á causa de los màs prosàicos y vulgares accidentes, desde una afeccion hemorroidéa, hasta una citacion á juicio, suelen verse muchas necedades con la firma de ingenios acreditados.

¡Cuando llegará aquel dia, en que cada cual se surta de *esprit*, como hay ahorrativos padres de familia, que se hacen en casa los zapatos clavados!

Los humoristas del siglo en que eso suceda, serán los séres más felices de la tierra, porque habrán dejado de ser las nodrizas de los necios sus contemporáneos.

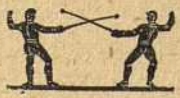
¡Quién viviera para entonces!

¡Quién pudiera ver abolido el oficio de escritor festivo, y á la humanidad nutriéndose de su propio jugo!

Pero ya verán ustedes como no se me logra ese gusto; cómo presencio la abolicion de la pena de muerte, y sin embargo,

siguen funcionando los escritores graciosos por un corte estipendio, que apenas basta á llenar de alubias las cavidades que el vulgo supone henchidas de espiritalismo, con su sal y su pimienta.

Paciencia, pues, y hagamos sonar el grillete, puesto que el público lo toma como sonido de alegres cascabeles.



TEMAS VERANIEGOS

I.

LA JARRA

PARECE fuera de duda y dentro de lo racionalmente posible, que el primer hombre fué á la vez primer botijo ó primera alcarraza de sí mismo.

Trasladémosnos mentalmente á aquella época féliz en que no habia mas que un Adan, y con seguridad le sorprenderemos ó bebiendo de hocicos en un manantial, que no llamaré cristalino por no hacer poesía blanduja, ó cogiendo el agua con el hueco de la mano y llevándosela à la sedienta boca.—Despues surgió ó debió de surgir el primer vaso, al toparse Adan un pedruzco

cóncavo cualquiera, y desde entonces comenzaron á progresar el botijo y su consorte la alcarraza, alcanzando variedad de artísticas formas y riquísima ornamentacion.

Espanta pensar qué seria de la humanidad,—de la andaluza sobre todo—si la alcarraza y el botijo no existieran.—El sol pone sus conatos en que todo hierva; funde la nieve; chamusca la piel; levanta borbotones en las arterias henchidas de sangre caldeada; mezcla su aliento abrasador con el aire circulante, y parece que se goza allá en la altura viendo á los hombres jadeantes y próximos á la asfixia.—Pero la alcarraza—jarra segun el provincialismo malagueño mas estendido—se aprovecha precisamente del aire caldeado por el sol, abre generosamente sus poros, realiza el fenómeno de la evaporacion, y se queda dentro de la esbelta panza con un verdadero caudal de agua refrigerante, límpida, y hasta perfumada.

Declaro que no soy muy partidario del botijo, porque lo encuentro poco andaluz, por mas que yo no le niegue su abolengo. —La jarra, en cambio, con su airosa apos-

tura, su exterior modesto, su copioso sudor, sus asas en graciosa actitud, tiene todas mis simpatias.—El botijo es un egoiston, semejante á esos hombres cautelosos y desconfiados que jamàs dejan ver lo que tienen dentro; mientras la jarra enseña, al que se toma el trabajo de mirar, hasta el fondo de la conciencia.—El botijo es tambien un empedernido avaro de siete suelas; como no le ponga V. boca abajo, no soltará el precioso licor que encierra, y eso perezosa y mezquinamente, hilo á hilo si se desangra por el pitorro, á buches irregulares si por la boca mas ancha.—La jarra, en cambio, le dá V. su propio ser como V. lo quiere; en rizado y ténue chorro, ó en abundante oleada.—El que bebe en jarra, besa; el que bebe en botijo ó mama ó traga ruidosa y atropelladamente.

Yo soy sibarita á lo pobre, ya que no puedo serlo à lo rico, y encuentro una porcion de goces, que me salen por una bicoca, en las cosas mas nimias.—Uno de estos goces es beber agua en jarra, así en verano como en invierno.—Por lo general, los que van á satisfacer la necesidad física, apremiante, del momento, agarran la jarra de

cualquier modo, y beben de cualquier manera.—Esto es privarse de una porcion de placeres sencillos; esto es profanar el tabernáculo de una dicha inocente y honesta. —Desde que destapo la jarra, comienzan mis sensaciones de epicúreo aseado y pudibundo.—Lo primero que esperimento es algo así como la caricia de un hálito fresco y reparador, menos voluptuoso que el hálito de Venus despues de enjuagarse con el Botot ó el licor dentrífico de los PP. Benedictinos, pero que tiene, en cambio, la propiedad de calmar y refrigerar, mientras el aliento de la infiel esposa de Vulcano, agravaria lamentablemente la obra del terral.—Despues, basta procurar que un reflejo de la intensísima luz andaluza baje al fondo de la jarra tomando destellos de topacio al resbalar por las paredes del amarillo barro.—El agua blanquea, entonces, de puro iluminada; se sorprenden sonrisas de ninfas en el cabrilleo de las temblorosas ondas diminutas como un lago del Lilíput; diríase que una bienhechora y poderosa hada habia liquidado los mas famosos diamantes conocidos, ó que aquel era el auténtico depósito de las lágrimas de la Aurora.

—El olfato, herido por el característico olor de aquella humedad bienhechora, lleva con sus sensaciones al cerebro ideas agradables de un tranquilo deleite.—La necesidad va á ser satisfecha; la materia se esponja de antemano; el alma se sonrie; el labio se hunde en el agua fresca, y ésta empieza à afluir trenzándose graciosamente al deslizarse sobre los círculos que dejó impresos el dedo del alfarero, para llevar á toda la economía, primero, una impresion de bienestar indescriptible, y por último, fresco jugo á la sangre, elasticidad á la piel, lenitivo á la horrible combustion canicular del cuerpo humano.

¡Beber agua en jarra!—A primera vista parece cursi, y hasta tosco y palurdo, pero es faena mas deleitosa é importante que beber Tokay en tallados vasos de cristal bohemio.—La ligerísima salazon del barro, presta al labio algo de la sal andaluza; el agua adquiere dentro de la jarra una temperatura que llega al justo medio necesario para refrescar sin daño de la salud; la vista aprecia de un solo golpe la limpieza del líquido que va á entrar en el estómago, y se bebe con una tranquilidad que aumenta

los bienechores resultados del acto de beber; la mano del que bebe, gradua á voluntad el volúmen del agua que sale del fresco recipiente, y se puede prolongar la dicha tanto como desee el sibaritismo mas exigente; el insaciable puede dirigir á la garganta un verdadero Niágara; el sóbrio, á la vez artista y sacerdote de la voluptuosidad, puede mantener cuanto tiempo quiera un delgado hilo de singular frescura, que entra en la boca cantando alegremente esas rítmicas canciones que hay en todas las corrientes mansas.

El *confort* de los ricos exige dispendios enormes y complicadísimos cuidados, si ha de proporcionar placeres y comodidades.— Dos tiestos de albahaca y una jarra rezumante, bastan para producir en casa del pobre un bienestar relativo, despertando de paso la idea del arte, la idea de la dicha, y la idea del amor à la Naturaleza.

Cuando el grillo entona sus estridentes romanzas, semejantes, por la monotonía, á un discurso reformista; cuando el aire parece fuertemente saturado de ópio, y la modorra se apodera del fatigado espíritu, y se caen los brazos, y los ojos se cierran, y

la congestion acecha, basta coger la jarra, llevarla á los labios, sentir su beso frio, recibir sus gratas caricias, y tomar su sangre que pródiga nos entrega, para volver á la vida y reirse de la canícula.

Yo no sé separarme sin pena de la jarra que me conforta y refrígera.—Cuantas veces pida V. á esa amiga de barro una caricia consoladora y grata, se la dará de balde.—Para el hidrópico parece inagotable, y no se enoja porque el hidrófobo la desdeñe. —Beber en jarra es recrear á la vez todos los sentidos: el paladar, la vista, el tacto y el oido, participan conjuntamente de todos los tesoros que hay en la jarra.—Se perciben las dulcedumbres indefinibles del agua fria, á la vez que el ténue gusto salobre de la arcilla; se ven en el fondo ráfagas luminosas que parecen refractadas por las facetas del brillante *Regente*; se siente el grato cosquilleo de la onda fria, que va invadiéndonos como una marea deliciosa; y se oye el murmullo quejumbroso del agua al precipitarse en la oscura sima de la garganta, despues de correr alegre rozando las paredes del elegante búcaro.

Sin la invencion de la jarra, esta parte

del globo seria inhabitable; el termómetro llegaria á sus últimos grados mas fácilmente que nuestros primeros militares sublevados, y el tabardillo seria de ritual aun en los sótanos de las casas andaluzas.

¡Ah! jarra querida; yo te amo porque como la mujer eres frágil, y como la mujer lloras, y como la mujer acaricias.

Por eso el *eterno femenino* suele ponerse en..... *jarras*.

II.

EL ABANICO

En estricto órden de clasificacion, el abanico no es artículo exclusivamente de verano si se le considera como prenda decorativa de uso femenino; pero si se atiende al momento en que se generaliza, apoderándose de él el sexo fuerte, no hay chisme mas estival que el abanico.—Tiene, pues, dos naturalezas; una, como artificio destinado á producir fresco; la otra, como arma y pretexto de femenil empleo.

¿Inventó el abanico un hombre, ó es obra de una mujer?—Aunque la duda está ya resuelta por la Historia, yo supongo que la invencion del abanico puede ser lo mismo obra de Adan que de Eva, y sobre todo, que es anterior á la fecha que fijan las cronologías mas acreditadas.—El abanico estaba inventado desde el primer dia de la creacion; puesto que desde que hubo desnivel en la atmósfera y

propension del fluido aéreo á restablecer el equilibrio, desde que *sopló el aire*, en una palabra, ya habia abanicos al alcance de todas las fortunas, que por entonces debian ser muy pingües y saneadas, ya que no se habian inventado los Registros de la propiedad y cualquier descamisado era el primer Creso de su provincia, sin contribuciones, alcabalas, censos, impuestos, ni socaliñas.—Inmediatamente despues de recibir el primer soplo de aire, el hombre ó la mujer soplaron cuando el viento estaba en reposo y sentian calor, ó se entregaron á la grata tarea de soplarse los dedos si sintieron frio.

Sin embargo, el adminículo que hoy conocemos con el nombre de abanico, dicen que lo inventó una chinita de ojos oblícuos, y deformados piés, allá por el año 30.000 y pico antes de Jesucristo, por que en esto de las cronologías chinas hay que echar mas bien año de mas que de menos.—La tal china se sintió un dia calurosa, y quitándose el antifáz, de rigor entonces en las mujeres chinas que asistian á algun espectáculo, comenzó á agitar las capas de aire, imitándola otras

damas tambien de porcelana ó tambien chinas.—No se dice si aquel dia memorable estornudaron horriblemente los chinos adjuntos á las chinas sopladoras, pero es probable que resultara mas de un mandarin *frapeé*.

Luego el abanico se hizo gríego y romano, y francés, para acabar en cosmopolita, mejorando incesantemente sus condiciones mecánicas, pero perdiendo en suntuosidad y riqueza; como que desde el abanico monumental de plumas de pavo real, al abanico moderno de á diez céntimos la pieza, que hoy lleva cualquier elegante en el bolsillo, pasando por los abanicos de varillaje de nácar, con oro y pedrería, hay todo un mundo de máquinas de hacer viento.

¿Se acuerda V., lector, de aquel abanico clásico de los dias de toros, hecho con cañas y papeles de vivos colores, en cuyas vitelas, llamémoslas así, se veian groseramete estampados atributos taurinos y escenas andaluzas, con alguno que otro desahogo poético?—Todavía veo claro y distinto, al industrial que voceaba tan rudimentaria mercancia, ponderando sus

excelencias, y todavia no he olvidado una cerril cuarteta que á guisa de precepto higiénico se leia en los abanicos de caña, y decia así:

Con dos cuartos de higos chumbos
y una gran jarra de agua,
se refresca un caballero
y ahorra la cena en casa.

Comenzando porque ahora no van los caballeros, ni las damas, personalmente al puesto de higos chumbos á refrescarse y á ahorrar la cena, y concluyendo por que los progresos de las artes industriales han hecho que por el mismo precio que el abanico de caña se obtenga uno de mas decente, pero no mas característico aspecto, todo lo que recordar pudiera aquella época feliz en que toreaba el *Tato* y las mujeres se abanicaban á la manera indígena, sin mezcla alguna de amaneramientos franceses, ha desaparecido por desgracia de los que, como yo, se alimentan de recuerdos.

La moda de los abanicos poéticos no ha arraigado, y pasó ya por fortuna.—Un observador amigo mio, que se fija en todos los pequeños detalles, y vive persi-

guiendo la nimiedad, como hay quien vive á caza de un sustancioso empleo en las Aduanas de Cuba, sostiene muy sério que cuando estaba en todo su apogeo el abanico con renglones cortos, hubo muchos aires colados, y no menos aires perláticos.—Efectivamente; la quintilla, la becqueriana, el suspirillo germánico y demás menudencias líricas de uso externo, son nocivas cuando se mezclan con el aire ambiente, y una mujer que se abanica con la sustancia morbosa de un poeta de verano, no pude ménos de caer enferma, por muy robusta que sea su naturaleza.

Intimamente ligado con el abanico está el arte de abanicarse; el hombre maduro, de costumbres pacíficas y regalada existencia, se abanica con parsimonia de arriba abajo, produciendo ámplias y magestuosas oleadas de aire; el hombre de negocios, activo y bullidor, se abanica febrilmente el lado derecho de la cara, sin dejar de andar y sin gozar siquiera de las caricias del chisme que agita; la mujer modesta, mueve su abanico lenta y pu-

dorosamente colocando sin afectacion la mano sobre la parte inferior del pecho; la que luce anillos y pulseras, hace todo lo posible por descoyuntarse la muñeca para adoptar actitudes que favorezcan la exhibicion de sus alhajas; la nerviosa cierra y abre el abanico continuamente con golpes secos y estridentes; la de carácter resuelto y dominante, escoje modos varoniles para abanicarse; la que sabe que es guapa, se esconde un momento tras la vitela, para salir despues radiante, como sale el sol cuando pasa la nube inoportuna que eclipsa momentáneamente sus rayos; el empleado se abanica con un reposo que está en razon inversa de la urgencia de los expedientes puestos al despacho; el iracundo se hace aire y resopla al mismo tiempo, como si quisiera disipar de un bufido el calor que se atreve á molestarle ¡á él! valiente desde el claustro materno; y á este tenor, cada cual practica á su modo y segun conviene á su temperamento, la complicada esgrima del abanico...

Cuando vea V. á una mujer que muerde la estremidad superior del abanico, si

le toca á V. algo por consanguinidad ó por parentesco político, ó si de algun modo le interesa, distráigala V. sin pérdida de momento; es que piensa algo malo, sumida en sospechoso ensimismamiento.—Morder el abanico es estar en pleno periodo de gestacion todas las venganzas femeniles; acaso un síntoma del enorme fastidio que V. la produce; tal vez la accion refleja de un sueño vago lleno de deseos pavorosos; quizàs entonces pasan ante aquella vista fija y abstraida el recuerdo de un *él* á quien V. no conoce, ó el fantasma del lujo con todas sus aterradoras consecuencias.—Preferible es oir el estallido de un abanico que se rompe en manos de su dueña, á verlo mordido por unos dientes blanquísimos, como de intento afilados para morder el fruto prohibido.—La rotura del abanico, es un pretexto para ocultar las lágrimas mientras se examina el daño; pero el acto de morderlo es una revelacion paladina de que en aquel espíritu hay preocupaciones que á ser conocidas súbitamente en toda su integridad, pondrian el vello de punta.

Los abanicos ilustrados con dibujos y

viñetas en colorido, son muchos y de diferentes clases.—La industria no repara en pelillos cuando de meterse en los trigos del arte se trata, y resultan algunos *paises* de abanicos verdaderamente inhabitables, con antropófagos y todo.—Pero los mas tremendos son los que ejecuta ó perpetra *la aficion* al divino arte de Murillo.—Hay vitelas de abanicos con vacas de color de cerato simple, y marinas pintadas con Valdepeñas, que exhalan vapores tabernarios cuando azotan el aire.—En el género alegórico se conocen tambien innumerables preciosidades; palomas blancas que parecen recortadas de papel de barbas, en actitudes voluptuosas; corazones heridos à faca, segun la brecha, que verdaderamente, chorrean sangre; pensamientos, rosas, jilgueros con cartas en el pico, perros de lanas, que, como ya se sabe, simbolizan la fidelidad y la inteligencia; y todo cuanto se presta á expresar de un modo gráfico y conmovedor las amorosas ansias.

Generalmente se cree que el abanico tiene la propiedad de enfriar el aire, pero no hay semejante cosa; lo que sucede es que al renovarse sucesivamente el aire que

nos rodea, nos roba calórico, y nos producen una sensacion de frio las capas aéreas que vienen sucesivamente á calentarse en contacto con nuestro rostro; de manera que el abanico lo que hace es ayudar á que el aire nos quite calor, pero nó nos dá fresco.

Es lo mismo, próximamente, que sucede con los honores de jefe de administracion civil que con tanta prodigalidad se reparten: el agraciado no recibe el menor soplo de ciencia administrativa, pero le sacan los cuartos, es decir, le roban calórico, y se queda tan fresco.

III.

EL MELON Y LA SANDÍA

Tengo el gusto de presentar á ustedes este matrimonio de regadío, y de *actualidad palpitante*, como se dice en la gali-parla periodística, ya usual y corriente en estos reinos.

Y digo *presentar á ustedes*, haciendo uso de la metáfora; por que si yo tuviera un melon y una sandía de cuerpo entero, no habia de ser tan memo que los pusiera á merced de la voracidad agena, dejando la propia *por estas que son cruces*.

¡Lo que es la fuerza de la costumbre!— A cualquiera se le removerian hasta los últimos sedimentos del patriotismo, si le dijeran que el melon valenciano y la sandía de Velez ó de Rota son extranjeros; y sin embargo, se sospecha que el melon es africano ó asiático, y se tiene la seguridad de que la sandía es una emigrada de la India, ierra del cólera, de los brahamines, de

las riquezas fabulosas y de los feroces tigres, todo revuelto en espeluznante confusion.

¿Quién fué el primer melon, digo quien fué el primer *melonista* conocido?—La historia permanece muda en este particular tan interesante, sin embargo de habernos conservado el detalle de que Luis XIV se movia con poca delicadeza en el vientre régio de su madre Ana de Austria.—Así perdemos la ocasion, siempre grata, de admirar y aplaudir á través del tiempo, á un descubridor de continentes..... con cáscara. —Hoy, maldita la gracia que tiene deshacerse en elogios del melon, olfatearlo con deleite, y paladearlo con sibaritismo. El mérito estuvo en adelantarse á los siglos, en adivinar bajo la corteza del melon silvestre sus méritos intrínsecos, y la especie de culto gastronómico que habian de tributarle las edades.

Dicho sea sin señalar, y sin ofender á nadie ¡cuanto parecido con el hombre tiene el melon!—Diríase que no le falta mas que hablar, y hasta puede arriesgarse el aserto, sin miedo de caer en la paradoja, de que un melon bueno es mas elocuente que un

orador malo.—Como el hombre, el melon necesita no estar pasado para ser verdaderamente aprovechable.—Un melon demasiado maduro, y un hombre gastado y viejo en grado heróico y eminente, no sirven para maldita de Dios la cosa.—Demasiado dulce, el melon empalaga; lo mismo que las dulcedumbres de carácter pierden al hombre, por aquello de: hazte de miel, y te comerán las móscas.—Tierno en demasía, el melon se convierte en una pasta viscosa que produce, al ser masticada, sensacion desagradable.—Muy duro, el melon resulta incomestible, como resulta intratable el *homo sapiens* de demasiada dureza de carácter.—Hay que buscar en los melones, como en política, como en todo, el justo medio, la sazon oportuna, el equilibrio y las necesarias ponderaciones.—Pues, y la cala y cata del melon y el conocimiento del corazon humano, ¿no son operaciones idénticas en los fines, y hasta en los procedimientos?—La única diferencia que puede usted notar entre ambas, cede en beneficio del melon, y que no me tomen ojeriza los hombres.... mas ó menos melones.—Mientras el melon dice todo lo que es sin reser-

vas y sin fingimientos, en la primera inspeccion ocular, es muy difícil leer lo que hay escrito bajo la bóveda craneana, y casi imposible adivinar lo que encierra ese estuche de carne que se llama corazon, aunque se repitan los ensayos y se persista un año tras otro en el estudio.—Húndese el cuchillo en las pálidas carnes del melon, hasta poner las tripas al descubierto, y de golpe se sabe si es de buena familia, si podrá resultar indigesto, si es necio ó insípido, y si ha nacido hipócrita; esto es, si el primer bocado resulta agradable, y salobre el resto.—En cambio pone V. á prueba, con magníficos resultados, el corazon y el alma de un indivíduo que se ofenderia si lo declarasen moralmente inferior al melon, y cuando mas seguro va estando de sus juicios y observaciones, la flaca condicion humana hace una de las suyas, y hay que declarar badulaque de plantilla, al que casi casi habia llegado á ser dechado de perfecciones, temporero.—Convengamos, pues, en que el corazon humano continua siendo un abismo, y proclamemos que si alguien lleva en la mano aquella importante viscera, es el melon.—Sin embargo; s

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DEL CASTILLO Diputación Provincial MÁLAGA

hay melones que por su fragancia, su peso, y sus signos exteriores de sazon y madurez, no necesitan que se les haga la cala para conocerlos, hay hombres que á las primeras de cambio *entregan la carta*, y á esos tampoco es preciso hacerles la operacion del trépano para sondearlos debidamente.

Como ya se van acabando aquellas deliciosas costumbres patriarcales de un rancio españolismo á carta cabal, son muy pocos los apasionados del melon que se atreven á dar á este todo lo que es suyo.—Otras veces, á eso de las dos de la tarde, ya se sabía; el padre de familia se acercaba en persona al puesto de los melones; escudriñaba con ojo certero en la inmensa pila aquel que le parecia mas hombre de bien; lo palpaba; leia detenidamente la biografía que todos los melones llevan escrita en su corteza con estraños caracteres; lo olía por ambas estremidades; lo romaneaba balanceándolo en las manos; lo pesaba para enerarse de su valor; pagaba el precio convenido, y envuelto en el blanco pañuelo del bolsillo se lo llevaba á casa, estrechándolo cariñosamente contra su pecho, ya enarde-

cido con estos prolegómenos del cercano festin.—En casa, el melon era objeto de un segundo reconocimiento, y como el ojo experto de la señora lo encontrase de recibo, se le preparaba muelle lecho en un cenacho, y era descendido con tiento á las frescas lobregueces del pozo, donde el musgo y el culantrillo lo acariciaban con sus aterciopelados besos, mientras aquel frio ambiente se iba apoderando de sus tegidos, hasta convertirlo en aromático sorbete.—Luego, á la mesa; despues, la diseccion anatómica, con apartamiento de las pipas que se guardaban para horchatas, y entrega de las dos coronillas al Benjamin de la casa, que en ellas escribia con los dientes todo un poema de suciedad y glotonería.—¿Y el acto de probar el primer bocado del melon de cuerpo presente?—El catadór de vinos mas perito y entusiasta, no ejerce sus augustas funciones con mayor solemnidad.—Levemente masticada la primera tajada, el rostro del inteligente en melones va expresando diversidad de sentimientos afectivos; primero la duda; luego se borra poco á poco el signo de interrogacion estereotipado en todas las líneas del semblante;

despues se dilatan los ojos con beatífico contento; se oye un chasquido de la lengua que firma de este modo su *regium exequatur*, y por último un mohin indefinible de aprobacion y de contento, declara *urbis et orbis* que aquel melon es cosa rica.—Los dientes se hunden despues con singular delicia en las frescas carnes del melon; los labios recogen avaros y codiciosos la película de rubia canela que corre á lo largo del vértice de la tajada: el olfato aspira con arrobamiento el balsámico perfume de la deliciosa fruta digna de la mesa de Lúculo, y pocos instantes despues no queda del melon otra cosa que el recuerdo, única herencia de todas las dichas conocidas.

Puede darse y se dá frecuentemente el caso, de que no sea precisa para adquirir un buen melon la cruenta faena de la cala. —Melones ingénuos hay á millares, que á tiro de balleta son conocidos como melones de bien; pero ¡Dios y el *eterno femenino* me lo perdonen! la sandía, perteneciente al sexo hermoso,—al ser que mejor disimula sus sentimientos, al ser impasible, no obstante su nervosismo, cuyo rostro dieron los egipcios á la esfinge,—no se puede tomar mas

que á beneficio de inventario y sin prescindir en ningun caso de la cala y exploracion mas minuciosa.—¡Se lleva uno cada camelo en cuestion de sandías, con ó sin faldas, que todas las precauciones son pocas!—Bajo un traje de crujiente seda, suele haber la demostracion mas cumplida de aquella imprecacion del genial autor de *Hamlet*: ¡fragilidad, tu tienes nombre de mujer!—Bajo una corteza reluciente, séria, pulida, de un verde simpático y atrayente como si la hubiera labrado de esmeraldas la misma Pomona, hay con frecuencia una carne desabrida y linfática, atacada de clorósis, y de imposible digestion.—Pero cuando la sandía, lo mismo que la mujer, sale buena, ¡eche V. tesoros de dichas celestiales! ¡eche usted sensaciones gratas! ¡eche usted regodeo para los sentidos, y para el alma, si los necesita!—Aquella carne ligeramente farinacea, el licor sonrosado que contiene, su dulzura *suis generis* y sus cualidades refrigerantes, hacen de la sandía una señora muy apreciable, que alimenta, refresca, endulza, y baña al que la come.

El corazon de la sandía, como el corazon

de la mujer, es lo mejor que en ambos se contiene.—Cuando la mujer piensa y ama con la cabeza, dan ganas de creer á una porcion de notabilidades que contra ella se han desatado en denuestos; cuando todo lo resuelve dentro del pecho, sin permitir que meta baza la fria reflexion, no hay sandía, digo no hay mujer, que no valga su peso centuplicado en oro.—Pero si quiere V. mayor concomitancia entre la voluminosa fruta y las hijas de la pecadora Eva, fíjese V. en un detalle importante: la mujer que sabe que es ardientemente amada, responde siempre con la frialdad, por cálculo ó por desconfianza; y para que una sandía se enfrie, basta con ponerla al sol canicular.

Un dato filológico para concluir: del matrimonio del melon con la sandía, nacieron los sàndios, segun un zoólogo à quien trato desde lejos.

No tendria inconveniente en hacer por mi mismo el esperimento, si hay quien me mande tres veces en semana una pareja, valenciano y maduro él, esferica, reluciente, roja y jugosa ella.

IV.

EL GAZPACHO Y EL AJO BLANCO

¡El gazpacho! Sorbete del pobre, deleite de todo paladar andaluz, receta contra la insolacion y la asfixia, salsa con que adereza sus penas Juan del Vulgo, para que no se le atraganten!

Adivino á mas de cuatro lectoras llevándose á las narices la fina batista saturada de opoponàx, á la sola idea de esas impresiones poco aceptas al olfato, que despierta el acre y persistente olorcillo de la cebolla.—Verdad es que no predispone á la voluptuosidad, que no determina en el espíritu esas sacudidas inefables que se llaman sensaciones gratas, el espectáculo de una boca fresca, coralinea, ornada de perlas, verdadera gruta del Amor, que despide perceptible vaho de aquella vulgarísima hortaliza; pero sin el gazpacho, de que es reina y señora la cebolla, no comeriamos pan, ni beberiamos vino, ese

vino andaluz ora pálido como las vírgenes de celestial coro, ora encendido como si llevase en disolucion rubíes liquefactos por los rayos de ese sol que pasea sus hermosas crueldades desde Almería á Portugal, cobijando bajo un ósculo de inextinguible fuego á toda la tierra andaluza.

Cuando temperamentos impresionables, y gustos delicados, padezcan y se rebelen bajo la insoportable influencia de la cebolla, no hay mas que trasladarse en espíritu á las campiñas andaluzas azotadas por el *terral* ó el *solano*, caldeadas al rojo blanco por el fuego canicular, llameantes, inhabitables, verdadero y fiel trasunto de las infernales estancias.—Allí, donde el sudor cuece la carne sobre que corre; allí, donde el aire semeja el aliento de un horno de vidriero, ejércitos de labriegos con la hoz en la mano, la copla cadenciosa y triste en los lábios, infatigables, heróicos, van á la conquista del pan nuestro de cada dia, que como la cosa mas sencilla y fácil de obtener, pide al Dios de las misericordias infinitas la dama muellemente arrodillada en su reclinatorio, y agena á todas las horribles penalidades de

la lucha del hombre con la tierra.—Y así como el héroe de bélicas empresas pelea por la gloria, por el amor á la pátria, por la dulce esperanza de afianzar ó rescatar la independencia, el segador, encorvado bajo los latigazos de los rayos solares, lucha durante horas y horas de fatigas superiores á la humana resistencia, sostenido, mas que por la costumbre y la condicion que engendran el resignado estoicismo del pobre, por la acariciadora esperanza del gazpacho.—Entonan las chicharras sus coros desapacibles; revolotean en caprichosos giros la briznas secas y el polvo calcinado, en remolinos lentos qne impulsa un viento cansado y jadeante; el cerebro hierve; la sangre se solidifica en las venas; ni rastro de humedad en la atmósfera, ni barruntos de brisa en el espacio sereno y alumbrado de intensísimas reverberaciones; entonces, cuando las gavillas tendidas sobre los rastrojos, semejan cadáveres humanos sometidos á la cremacion; cuando en todos los pechos hay opresiones angustiosas é intolerables; cuando parecen próximas á estallar aquellas cabezas desgreñadas;

cuando aquellos tostados rostros aparecen violáceos por la congestion, el gazpacho refrigerante y nutritivo, viene á ser una especie de oasis culinario, ofrecido á l trabajadora caravana, que come, bebe, y descansa, todo á un tiempo.—La huerta facilita sus frutos mas caracterizados; el tomate presta su ácido delicado y fresco; el pepino sus carnes tiernas y crugientes; el pimiento deja que lo piquen para contribuir al festin con un buen contingente de fragmentos de esmeralda; la cebolla se despoja de sus múltiples envolturas, como una momia egipcia deja que la arrebaten sus infinitas fajas en aras de la ciencia; el orégano presta su delicado y popular perfume, hermano gemelo del que poseen el romero y el espliego; el aceite y el pan contribuyen con la parte mas nutritiva; la sal anima con sus cualidades propías todo aquel conjunto, y el vinagre al mezclarse con el agua, desarrolla las cualidades refrigerantes del ácido acético que contiene, y así como de la conjuncion de múltiples fuerzas nacen fenómenos admirables, así como del concierto de tonos y de la variedad de ritmos, nace la paté-

tica sonata, ó el enardecedor himno de la pátria, de todos aquellos aliños é ingredientes, surje esa sinfonía popular, ese *pout-purri* de aires nacionales que se llama el gazpacho.—La tribu de segadores rodea el lebrillo monumental; las cucharas de cuerno ó de palo se pierden acompasadamente en aquel océano de cosas gratas; poco á poco se vá enjugando el sudor; poco á poco el estómago se apodera de todos aquellos materiales, los reparte equitativamente, y la sangre vuelve á liquidarse y á correr, y la piel pierde su aridez, y el vértigo de la muerte por sofocacion desaparece.—Arden los cigarros, surjen de nuevo los melancólicos cantares, comienza otra vez la batalla, y poco á poco se vá realizando la conquista del pan, es decir, de la vida, gavilla á gavilla, espiga á espiga, grano á grano.—Sin el gazpacho, fórmula de la sobriedad, emblema de la modestia, manjar trufado de la pobreza, la tierra permaneceria estéril ó improductiva, y ni aun seria posible que se cumpliese aquello de: ganarás el pan con el sudor de tu frente—Con que ya lo sabe V. lectora; es mas delicado, es mas

grato, el ténue perfume del ilang-ilang; pero en el acre olorcillo de la cebolla, que indudablemente no ha inspirado versos, hay todo un poema, el poema del gazpacho, y en el gazpacho una epopeya, la epopeya del trabajo agrícola, fuente de la produccion y de la vida.

Como á pesar de las ideas de igualdad y de todas las teorías niveladoras, habrá siempre clases y castas, hay tambion varios gazpachos, dos por lo menos, que marcan diferencias esenciales.—El gazpacho del pobre, sencillo, ingenuo, á la buena de Dios, que Juan del Vulgo come á dos carrillos, con su pan moreno toscamente migado, y el gazpacho del rico, hecho y condimentado con esmero, frio por la accion del hielo artificial, que las clases distinguidas y acomodadas comen con desconfianza porque deja huellas perceptibles al olfato, y porque produce gases indiscretos que pugnan por salir en los momentos más críticos.—El gazpacho ordinario, ni se indigesta, ni parece que aumente esos desagradables humillos propios de la pobreza, sin duda porque todo lo que es natural es fácil; mientras el complicado gazpacho que

la moda va introduciendo en la dieta elegante, resulta falsificado para el que gusta mascar témpanos de crudos pimientos y rodajas de blanca cebolla.—El gazpacho en fuentes de porcelana de Sevres, y comido con cuchara de plata, me parece algo así como si *Lagartijo* saliera á torear de frac, y en vez de tirar la montera, tirase un horrible sombrero de copa alta.

Pariente muy próximo al gazpacho, es el ajo blanco, pero su confeccion es muy complicada y pierde en popularidad y en expontaneidad lo que gana en artificios.—Para hacer el gazpacho basta un *fiat lux* rápido y expeditivo; para *redactar* el ajo blanco se necesitan multitud de manipulaciones.—Hay que pelar las almendras, que batir á golpe de mano de almirez la masa compuesta de pan esponjado, ajos, aceite, vinagre y sal; hay que dar à todo esto una consistencia y un punto, que requieren el concurso del arte; hay que saber diluirlo despues en la cantidad precisa de agua; de modo que entre el gazpacho y el ajo blanco hay la misma diferencia que entre lo expontàneo y lo premioso, entre la amapola y la flor de estufa; y si á esto

se añade el inconveniente de que el ajo huele tambien y no á rosas, de aquí que yo vote por el gazpacho, que es la poesía popular, mientras el ajo blanco es poesía tambien, pero auxiliada por el diccionario de la rima.

V.

EL GRILLO

¡Cuantas cosas se pudieran decir sobre este *pájaro noturno*, como lo denomina un zoólogo progresista á quien trato en el café.

Flammarion, que habla de las materias científicas mas intrincadas como el mismo aplomo que un folletinista francés pudiera hablar de las cosas de España, ha dicho recientemente que el grillo existia ya en una época anterior al hombre en muchos millones de años, y cuando aun no habia sexos; es decir, que el grillo poseia la facultad de cantar romanzas cuando aun no habia *dilettanti* que lo oyeran, lo cual me resulta verdadero derroche del Hacedor, á no ser que el grillo fuese fundado para animales incapaces de apreciar el ritmo y el tono, en cuyo caso el grillo podia muy bien creerse un Gayarre pre-

histórico, mucho más barato que el contemporáneo.

A primera vista, parece imposible que el grillo haya podido sobrevivir á catástrofes geológicas que destruyeron especies de animales corpulentos y poderosísimos, y á ser cierta la afirmacion *flammariónana* ningun otro ejemplo mas elocuente de la conveniencia de ser modestos, que el que nos ofrece el grillo, tamaño como una pulgada, sustrayéndose al influjo de fuerzas que aniquilaron al megaterio, mucho mas grande que una persona, y perdonen ustedes la comparacion.

Otros autores, entre ellos el zoólogo progresista de referencia, opinan que el grillo es de fundacion moderna, y lo creen coetáneo de la Constitucion del año 12. Yo, en la duda, como recomendaba el sabio, me abstengo, y acepto al grillo como una realidad de presente, que canta hoy, sin meterme á averiguar si cantaba ya cuando aun no se habia redactado el borrador del hombre, ó si hizo su aparicion en el mundo de los melómanos con la Pitita y las Habas verdes.

Comparado con un tenor italiano, el gri-

llo resulta una admirable máquina de fácil conservacion y económico entretenimiento. Para cantar *Un ballo,* pongo por caso, ó pongo por grito, un tenor hace terrible consumo de huevos crudos, y de dinero físico; mientras el grillo con una hoja de tomatera ya está listo. Verdad es que el repertorio del grillo es poco estenso, pero en cambio, la única ópera que ejecuta la sabe con toda seguridad, y *ainda mais* no necesita orquesta, por que él mismo se toca y se canta, cosa muy rara en los artistas del ramo de fermatas.

Todavía no se sabe como canta el grillo; si agitando los cuernos (élitros para mayor decencia) ó sí frotando las alas de reflejos metálicos con estampaciones ó dibujos de brocado; si usa voz de pecho ó de cabeza; si es artista vocal ó instrumental, ó las dos cosas al mismo tiempo.

Hay grillos *cebolleros* que están muy mal vistos entre los aficionados, porque no cantan ó porque desafinan; grillos reales, que seducen por la suntuosidad de sus mantos dorados, y grillos *carboneros* pequeñitos y negros ellos, para uso de familias que estén

de luto, y son los que cantan mas y mejor segun el veredicto de los *amateurs*. Tambien hay grillos que defraudan á sus legítimos dueños atiforrándose de verdes y tiernas hojas, sin cantarse una mala copla aunque en las inmediaciones se desgañiten otros grillos sonsacándolos y hasta requiriéndolos de amores, segun afirman profesores de volapük grillesco, que entienden el lenguaje de estos insectos músicos tan parecido al aleman por su dulzura, armonía y demás.

¿Se oye el grillo á sí mismo? Es de suponer, puesto que dá señales de oir otros ruidos menos molestos. ¿Por qué, entonces, no varia las tonadas, para hacer mas amenas sus habilidades? *Misterios hay recónditos, que el hombre no comprende*, y este es uno de ellos. Yo, sin embargo, presumo que la sábia Naturaleza ha privado al grillo de la facultad de variar sus cantos, para demostrar al hombre que la consecuencia conduce á la monotonía. Castelar, Ruiz Zorrilla, Salmeron, y yo, (¡ole, mi modestia!) hemos cantado cosas muy diversas en diversidad de tonos, y para un crítico severo, admirador de la constancia estéril del gri-

llo, que nos censure, habrá siempre mil admiradores de la variedad, que aprecien y amen todo lo que de artístico late en el fondo de las inconsecuencias.

La embriaguez no se produce solo con el uso de las bebidas alcohólicas. El amor, el juego, y todas las pasiones, son verdaderos alcohólicos, y hasta la maldad y la cólera emborrachan y empujan al crímen. Luego vienen los remordimientos á hacer las veces del amoniaco líquido, y la embriaguez se disipa, quedando en la conciencia el propio escozor que el aguardiente deja en el estómago. Pues, bien, el grillo, que se emborracha tambien, aunque lo haga con tomate, debe participar de la organizacion delicada de los séres suceptibles de embriagarse; debe poseer todas las facultades que se turban con la embriaguez; y ya embriagado, debe tener las mismas visiones fantásticas que el borracho humano; con sus propios apetitos, idénticos furores, deliquios, espasmos y excitaciones que en los centros nerviosos producen el champagne, ó el peleon. ¿Quién es capaz de adivinar los tesoros paradisiacos que hay para el grillo en el caldo ligeramente ácido del tomate...?

—¿Cuan grandes no serán sus goces, cuando enmudece una vez borracho, como si necesitara un silencio absoluto para conservar su fantástico arrobamiento, y como si temiera perder con la actividad corporal la accion bienechora del éxtasis producido por una fruta que nosotros freimos prosáicamente asociándola á los despojos del cerdo...!

No hay quien me lo quite de la cabeza; el grillo es una buena persona, que toma sus *tajadas* como cualquier hombre superior, que canta sin reservarse óperas enteras, que es modesto, pacífico, resignado, y que á mayor abundamiento es digno de envidia, ya que usa una mujer y conjunta persona modelo de mujeres racionales, puesto que la *grilla* es muda de solemnidad.

En Andalucia, el grillo es una institucion estival. Con albahaca en las macetas, una parra frondosa, un jazmin trepador esmaltado de estrellas blancas, un cielo sereno y sonríente que parece un dosel de terciopelo azul salpicado de brillantes, una luna mas pálida y mas romántica que en ninguna otra parte del mundo, y un grillo enjau-

lado que, como todos los prisioneros, desde el canario al presidiario, canta y canta á destajo estimulando el sueño ó los ensueños con su chirrido constante y pertináz, puede trazarse un cuadro andaluz, ó al menos el fondo de todo cuadro animado que represente á Andalucia.

Participa el canto del grillo del son de las castañuelas y del trino del violin, pero no es una cosa ni otra, sinó un instrumento especial, que suena tal vez en todo el globo, pero que solo en Andalucia tiene su sal y pimienta.

Flammarion puede decir lo que guste, pero el grillo no ha podido existir hasta que el sol caldeó los terrones de las campiñas andaluzas; hasta que el segador se acostó á la vera de la parva á mirar las estrellas nombrándolas por sus apodos, *las cabrillas*, *el lucero miguero*, etc., etc., mientras digeria el gazpacho; hasta que brotaron de la musa anónima ó popular los tristes cantos andaluces, en cuyas inflexiones y cadencias hay lágrimas y gritos de desesperacion; entonces el grillo vino con sus rutinarias é inmutables estrofas á establecer el contraste, aceptando el oficio

de sereno en esas noches en que todo calla en la campiña, desde el aire que no encuentra hojas donde susurrar, hasta el perro que ocupado en *caldear* con la lengua fuera, no tiene tiempo de emitir sus ladridos semejantes á órdenes imperativas dictadas à un intruso.

¡Grillos prehistóricos, cuando no habia sexos, cuando no habia novias andaluzas que en la ausencia del *terne* adorado fijasen maquinalmente la absorta atencion en el canto del insecto modelo de constancia, mientras el alma volaba lejos, muy léjos, por la region de los recuerdos...!

¡Esa sí que es *grilla!*

SALETÊS

(CHAZINÁ LITERARIA)

No trato de calumniar á nuestros mas distinguidos cerdos, pero la verdad es que se han descreditado de una vez para siempre.

Estoy indignado: oleadas de ira en prosa salen de mi tintero, como si quisieran ahogar la raza entera de esos animalitos, mas interesantes para el hombre hoy que nos separa de ellos un obstáculo tan respetable como la muerte.

¡Qué ingratitud! La humanidad sobrepodiéndose á preocupaciones heréticas, dispensaba á los cochinos de ambos sexos el

honor de comérselos; y al adobar el solomillo, al emborrizar las chuletas por ese procedimiento artístico al par que aseado, que se llama *á la milanesa*, grandes en nuestra gula, no nos acordábamos de que se trataba de un animal inmundo, y desde su bajeza lo elevábamos hasta nuestra boca, ese Sinaí humano de donde brotan la palabra y los bostezos, esa otra forma de la elocuencia.

Y cuando creíamos al cerdo digno de nosotros, puesto que nos lo asimilábamos, el ingrato se ha convertido en tosigo de su dignificador, copiando servilmente á esos diputados que votan contra el Ministro de la Gobernacion que los sacó de la nada.

Esto no puede seguir así. Las costumbres se relajan, el mecanismo social, falto de la manteca que dulcificaba sus rozamientos, exhala chirridos horripilantes. El tocino, lazo de union de la familia congregada en torno de la apetitosa olla, no puede suprimirse en los pueblos cristianos, que hacen de las matanzas de Noviembre profesion de fé, y protesta de sus rancias y profundas ideas. El tocino es carbono, combustible, calor, dentro de esa admirable gruta

de hadas, un tanto sucias, que se llama estómago. Sin la grasa que alimenta la combustion en la economia animal, no podremos vivir; primero, nos iremos adelgazando por dentro y, como el oso polar, comeremos de nuestras propias carnes; despues, cuando no nos queden enjundias que derretir, nos convertiremos en sorbetes humanos, unos con sueldo y otros sin él. Yo bien sé que he de tardar mas que otros en devorarme, pero tiemblo por las poetisas que se han quedado en los huesos persiguiendo el consonante, por las mujeres á quienes en verso suelen llamar «juncos de la ribera» los Petrarcas vegetales que ahora se estilan, y por todos los séres bastante incautos para reirse de mis catorce arrobas (destarando la soberbia) y para no proveerse de ése gaban de invierno que llevamos entre cuero y carne los obesos.

Y á mí que no me digan; de todo esto tiene la culpa el siglo. Avido de emanciparse el cerdo, y sin discernimiento para definir sus derechos, ha cometido una cochinada (y perdonen mis lectores el *zolismo*.) El hombre se hubiera pronunciado al grito de

¡abajo las quintas! pero el cerdo no ha sabido mas que declararse inservible, llevando el terror á las cocinas, esos santuarios donde manos piadosas queman, en vez de místico incienso, el perfume enloquecedor que arranca el fuego á la adobada lonja.

¡Desdichado y mal aconsejado puerco! ¿Qué será de tí, cuando la humanidad haciéndose superior á sus apetitos, prescinda de tus despojos? Antes no tenias desperdicio, como la mujer buena y hermosa; vivias una vida (pleonasmo de retóricos cursis) que el maiz amenizaba y que la gastronomía humana declaraba sagrada; tenias ideales, llegar á la páscua; tenias objeto, ser comido. ¿Qué vas à hacer ahora, sucio, flaco, temible, despreciable? Todos los deicidas, empezando por la familia Rothschild, tendrán razon en haberte despreciado siglos y siglos; el árabe, para quien eras portador de las enfermedades mas repugnantes, se confirmará en su idea de que un puñado de dátiles es superior á un trozo de jamon. Vas á consagrar todas estas blasfemias; vas á privar á Trevelez de su fama universal; vas á suprimir la poesía popular suprimiendo el perfume del adobo en el ho-

gar de pobres y ricos. La industria no sabe hacer nada de tí; has nacido comestible: resígnate, pues, á ser dijerido. De este modo, te esperan las dulzuras del cebo, las alabanzas del vientre humano, que es la mejor máquina de hacer elogios, los cuidados de tu dueño, y la seguridad de ser útil. Una chuleta tuya ha podido formar parte del cerebro de Newtton merced á esos misteriosos viajes de la materia en sus eternas transformaciones. De aquí en adelante vas á ser algo así como la lengua del calumniador, un tosigo cuyo contra-veneno se desconoce.

La verdad es que no se comprende que ningun cerdo que se estime pueda aceptar la tríquina como su salvacion. Tú que devoras las víboras y te quedas tan fresco, debes comprender que ha de llegar un dia en que el hombre se haga superior à la triquinosis. ¿No hay quien vive robusto y sin un céntimo? Pues no ha de tardar en aparecer quien se ria de todos los helmintos. En un país de parásitos la aparicion de uno mas no puede significar un reinado largo.

Sométete, pues, cerdo díscolo, á los dic-

tados de la suerte. Yo bien sé que la sociedad protectora de los animales te ha debido de dar consejos al oido; pero la fatalidad es la ley mas universal, y el que nace destinado à la sarten, es inútil que tome el camino del ostracismo.

Además, tú, el mas original de los animales, el único que tiene voz de bajo absoluto en el concierto de los seres que producen sonidos, no puedes tolerar que te plagien, y á estas horas ese pobre bacalao sin concordancia, dado que no está bien mas que á la vizcaina, ya tiene una especie de triquina marítima en sus enjutos músculos. ¡Miren el envidioso, seco al fin, como la imágen de la envidia! Los cerdos de buena familia no pueden permitir que se les hombree ese pez amojamado. Qué, ¿no hay ya clases? ¿Acaso tiene todo el mundo derecho para declararse cochino honorario?

La nocion del bien no debe estar vedada al que durante casi una eternidad ha procurado ponerse gordo en aras de su dueño. Recobra tan instintos de cochino honrado, y sé para el hombre lo que has sido hasta aquí: un amigo leal é inofen-

sivo, sin la mas remota semejanza con los envidiosos y malvados. Deja al hombre la tarea de ser el enemigo del hombre, y vuelve à ser lo que has sido; recreo de su paladar, antídoto del hambre, primera materia del ingenio, fuerza de sus músculos, alegria de sus horas amargas, y principio y fin de todas sus buenas acciones.

La cocina nacional privada de tu concurso, languidece y se desnaturaliza. Pasaremos sin jamon todo el tiempo que sea preciso; pero la olla de coles que hierve tumultuosamente cantando al calor de la llama una especie de fandango saturado de especías finas, no puede pasar sin una oreja tuya, y sin esos trozos de tu sangre solidificada que se llaman morcillas, dentro de los cuales está toda la historia de España, con sus toreros, chulos y bandidos. Carezcan las mesas aristocráticas del *jambon decoreé*, si no se pudiese pasar por otro punto; pero la mesa del pobre, la mesa del español nativo que redacta en castellano rancio el *menú* de sus banquetes, la mesa de los andaluces, no puede carecer de los *callos* con guindilla, de que forman parte como endecasílabos de un soneto su-

blime, chorizos, morcillas y otros restos de tu personalidad, augusta antes y despues de la triquina.

Juróte para fin de esta larga filípica y te lo juro por los sagrados manes del cochino de San Anton, que bien á mí pesar no estoy subvencionado por el grasiento cuanto respetable gremio de tocineros.

Mi voz es la voz de un creyente que no puede avenirse á que entre él y los babucheros que pululan por esas calles, no haya mas diferencias que las del traje y las del oficio; y es, sobre todo, la voz de un idólatra de las chuletas, que no quiere verse en la necesidad triste de tener que atentar contra las de su mejor amigo.

Purifícate, pues; abandona esos misteriosos pobladores de tu cuerpo y haz de nuevo tu aparicion en las despensas nacionales.

Y sobre todo, no te degrades; porque el dia que te tengan que enterrar íntegro, ya no serás un cerdo, serás un hombre por lo inútil.

LAS PRIMERAS AGUAS

No me refiero á las aguas bautismales, que son tambien de las primeras con quienes traba conocimiento el cuerpo humano en estos católicos confines; ni á las de Torremolinos, que aunque incógnitas y ocultas, gozan asímismo de envidiable reputacion, como una de las mejores que se bebian—¡triste pretérito!—en toda la Europa culta.—Refiérome á las aguas otoñales, á la abundante bilis acopiada por las nubes, y vertida furiosamente sobre la tierra, como en desquite de los ardores y sequedades del verano.

Sucede en esto de la primera tormenta y del primer aguacero del otoño, como con los hombres de caràcter dulce y resignado· —Semanas, meses y aun años, están sufriendo pacientemente la ofensa, la agresion ó la burla, sin dignarse devolver al provocador mas que alguna que otra mirada significativa, pero siempre suplicante en el fondo; hasta que agotado el caudal de la prudencia, abiertas las cataratas de la cólera, roto el dique de la ferocidad que hay en todo corazon humano, la avalancha se forma, llega el diluvio, relampaguea la mirada, truena el acento rencoroso en el pecho, y cae el rayo vengador y justiciero.—Nuestro buen padre Febo, ese padre amoroso que nos dá la vida con su hálito tibio y bienhechor en el invierno, que nos enardece y nos anima con sus besos fogosos en la primavera, y que nos achicharra implacable en el estio, sin duda por aquello de: quien bien te quiera te hará... sudar, abusa de sus bondades y de su superioridad; en vez de ósculos de padre enamorado, nos lanza chorros de hirviente metal; en vez de acariciarnos nos tuesta; en vez de proveer á la conservacion de su

prole, hace cuanto puede por esterminarla.—Y es claro; la madre Tierra, ardiente, calcinada, loca, siente correr por sus misteriosos senos lava en vez de vivificantes jugos, y se torna en estéril receptáculo de esa fuerza incomensurable, ciega y brutal, que los físicos llaman electricidad, de la cual conocen los sábios algunos fenómenos, y que es en sus aterradoras manifestaciones algo así como la espresion material de un poder eterno é indefinible.—El padre Febo se escusa con que tiene que madurar las mieses, dorar las uvas, azucarar la sangre de las frutas, y producir á fuerza de llamas el fenómeno augusto de la maternidad terrestre; pero no lo crean ustedes: esos son pretestos especiosos de tirano, lujo de poder, abusos de autoridad.—Así se siente esa sed asfixiante, de agua y de aire; así se resuelve en nubes densísimas de polvo, la crísis terrible de la Tierra; así vuelan en tropel, semejantes á las cenizas de un incendio, hojas y aristas, flores y agostadas hierbas.—Y cuando la chicharra, próxima á la sofocacion, entona furiosa el *allegro vivace* de su adormecedora cantinela; cuando

hombres, animales, arbustos y plantas, parece como que exhalan estentóreas onomatopeyas, y se cree oir el ¡uff! de todo lo creado que se ahoga, allá á lo lejos surje insignificante nubecilla, que se agranda á medida que galopa en alas del huracan; que llega al fin precedida de una bocanada de aire frio, á guisa de heraldo y pregonero; que acaba por cubrirlo todo; que se agacha hasta tocar á la Tierra; y que súbitamente abre sus senos oscuros y deja caer en interminables y rígidos hilos de plata, todo el caudal que atesora en su espantable vientre.—Despues vienen la desolacion, la ruina, la pérdída de las cosechas, la catástrofe con su cortejo de desgracias, la pobreza para quien era rico media hora antes; pero en el momento solemne y supremo de caer las primeras gotas refrigerantes; cuando la Tierra se estremece al golpear de los mil dedos difusos del aguacero; cuando se eleva al cielo como mensaje de gratitud el olor voluptuoso de la tierra mojada; cuando millones de invisibles bocas absorven insaciables, hidrópicas, ansiosas de embriagarse, toda el agua que cae despeñada y

ruidosa; cuando la Naturaleza entera parece revivir, como enfermo á quien anima la trasfusion de la sangre, confieso ingénuamente que correria á situarme bajo la canal más próxima y mas impetuosa; y allí, como un anfibio largo tiempo cautivo tierra adentro, me solazaria mojándome y empapándome, saboreando la salvaje ducha, complaciéndome en recibir sus brutales latigazos, mascando el agua y la humedad, bestia y sibarita à un tiempo mismo.—¡Con que envidia contempló tras la ventana de mi despacho, al arrapiezo que chapotea en el arroyo con honores de Niágara temporero, que corre por medio de la calle!—Sus piés amoratados y lustrosos, sus cabellos pegados á las sienes su traje empapado, su cara maliciosa llena de ínfantil deleite, ese desprecio al reuma, su valor intrépido y resuelto ante la cólera del aguacero, me atraen y me producen honda impresion de tristeza.—Yo no puedo emularlo; yo no puedo refocilarme como él sintiendo la grata frialdad del aire tanto tiempo esperada; yo no tengo ya 10 años despreocupados y llenos de sublimes al par que nimias temeri-

dades.—En mis lábios no retoza ya el estribillo al uso, que es reemplazado por alguna imprecacion mal reprimida, ó por algun ruego peor hilvanado.—El muchacho en cambio, corre por el arroyo aumentando con sus risotadas el fragor de la lluvia al estrellarse sobre el empedrado; de vez en cuando, muerde su mendrugo; y al sacudir la mojada é inculta cabellera, despide irisadas gotas de agua, y su cabeza de angel adquiere caractercs de geniecillo submarino, fingiendo, en esta edad prosáica y descreida, la visita de alguno triton diminuto de aquellos que en el seno de las aguas jugueteaban otras veces con sirenas, náyades, ondinas y nereidas.

Tras el aguacero, el trueno.—Càrdena claridad enciende el espacio; poco á poco avanza en brazos de la onda sonora, la robusta y magestuosa voz del rayo.—El devoto se persigna; el artista mira sin pestañear el relámpago, y oye tranquilo los encolerizados acentos de la tempestad.—Ruedan veloces las nubes cargadas de electricidades contrarias; se buscan, se solicitan, se atraen, se besan y se confunden en

un abrazo digno de los apocalípticos monstruos, y las capas atmosféricas vibran y se rajan, tiemblan las mas sólidas obras humanas, y el espacio infinito deslumbrador se abre como para dejar paso al halito y á las llamaradas del infierno dantesco.—¡Momento aquel sublime de toda sublimidad!—Stentor era un atiplado seise, si comparamos su voz con la del trueno; no hay orador cuyos acentos sobresalgan por cima de la colosal protesta del trueno; la elocuencia calla; el eco del cañon resultaria risible tos de viejecilla asmática; el huracan mismo se acobarda; el mar parece afónico en aquel instante supremo, y hasta la calumnia enmudece, con ser la calumnia la voz mas poderosa del concierto social.—Súbita y conjuntamente, la chispa se precipita ávida de destruccion y de esterminio; perfora las murallas; hiere la mas empinada fortaleza; carboníza, hiénde, trueca en polvo el granito, y en sus colosales saltos en zig-zag, lleva por delante la muerte, y deja señalada su huella, como un titan pudiera poner su firma al pié de un cartel de desafio al cielo.—Dicen que la ciencia ha logrado *tomar el pelo* al mismo rayo

y que lo atrae y sonsaca conduciéndolo engañado á la oscura sima de un pozo; pero yo no lo creo; yo necesito una Naturaleza indómita, incontrastable; un todo superior á la parte; un rayo, en fin, que no se deje engañar, puesto que se manifiesta mas solemne, mas bravio, mas aterrador mas suntuoso, por decirlo así, que todos los fenómenos naturales.

Poco à poco, la voz del trueno se va alejando; á intérvalos, resuena mas poderosa, como si quisiera volver sobre sus pasos; y por fin se borra y se extingue.—La lluvia decrece lentamente, cansada de azotarlo todo; las hojas de las cepas dejan de temblar bajo el làtigo de las enfurecidas gotas; la débil mata puede al fin mantenerse firme; las arrolladas flores recobran la vertical; los arroyos van calmando gradualmente su alborotado vocerio; ya no mugen, ahora murmuran y se esclarecen dejando ver las lavadas guijas, que trenzan y rizan el sosegado caudal.—En la charca, ya tranquila y diáfana, las últimas gotas trazan ámplios círculos, como postreras palpitaciones de gozo que se desvanecen lentamente.—Las nubes impelidas por el aire,

ruedan tras la tempestad que se aleja y la sirven de cortejo.—¡Otra vez el sol!—Sus rayos evaporan el agua, y un vaho húmedo y tibio se escapa de la esponjada llanura, templando el iracundo centellear del astro, que vuelve furioso tras su forzado eclipse.—En la fronda, sacuden sus mojadas vestiduras los alados cantores; el muchacho que desafió impávido la torrencial lluvia, lanza ahora diminutos navios al claro y sereno arroyo qus reposadamente se desliza estrechándose lentamente.

Las aceras se orean; el vencejo deja su nido impermeable; vuelven la animacion y la vida á la ciudad, la belleza á los campos y la indescriptible hermosura al cielo.

Terminó el conflicto; la madre Tierra satisfecha y jugosa, jura ser eternamante fertil; y de todas partes se eleva un himno de dicha y de gratitud que yo acompañaría gustusísimo, sinó siguiera envidiando, lloroso y despechado, á aquel impávido arrapiezo, cuyos pies mojados y lustrosos veo todavía chapotear en el arroyo.

ALMANAQUES

¡Qué verdad es que en la Naturaleza todo perece y todo es eterno!

¡Cuán cierto que este apotegma, aforismo, texto, pepinillo en vinagre, entremés del discurso ó lo que sea, viene justo á las cosas artificiales, humanas, ó especulativas!

Sin ir más léjos *á por* cosas resucitadas que confirmen la proposicion, ahi tienen Vds. al oráculo de Delfos y á la Sibila de Cúmas, que se retiraron del comercio hace siglos, segun historiadores acredita-

dos, y que, sin embargo, viven aun y ejercen sus lucrativas profesiones; la Sibila, disfrazada de gitana cambiadora y diciendo la buenaventura por un módico estipendio; el oráculo, escribiendo almanaques y sacando profecías de su cabeza como quien se saca un raigon ú otra cosa que estorba.

Dejemos á la Sibila chancletear por esas calles, mientras vé algo que llevarse en alguna parte, y consagrémonos al oráculo que por estos dias está de moda, con motivo de la aparicion de los primeros almanaques.

Los hay de lujo,—almanaques, no oraculos—españoles, americanos, peninsulares, provinciales, diocesanos, perpétuos, temporeros, literarios, espiritistas, tauromacos, ilustrados, de pared, de bolsillo, láicos, religiosos, profesionales, del empleado, del artista, del guardía civil, y hasta del perfecto ratero debe de haberlos, segun la diversidad de títulos que se ven tras los cristales de las librerías. Pero estos almanaques, son degeneraciones de la clase aborigen del almanaque genuinamente español, de ese venerable libro de un porvenir

de doce meses que, preso bajo ingeniosas ligaduras, preside en el hogar todas las fiestas y es consultado en todas las grandes ocasiones de la vida doméstica: cuando obliga la vigilia, cuando se abren las velaciones, cuando mengua la luna y es útil purgarse, cuando se saca ánima, y así sucesivamente hasta recorrer sus 365 fechas; porque el almanaque contiene en sus páginas el arreglo de las casas, la salud del alma, la del cuerpo, y 52 gotas fijas de felicidad, en forma de domingos, en que se come, se bebe y no se trabaja.

El redactor de almanaques, tiene que ser, forzosamente, un enciclopedista como una loma. Para colocar en formacion correcta todo el martirologio; para hacer las adiciones que cada año reclama la lista del santoral; para seguir paso á paso el movimiento de los astros; para investigar la hora en que el sol deja las *ociosas plumas*, y aquella otra en que se acuesta en lecho de nácar y arreboles; para predecir las tormentas y olerse el granizo con anticipacion propia de los hombres que se adelantan á su siglo, todo por dos cuartos, se necesita una suma de conocimientos enorme.

A primera vista, parece fácil eso de decir:—«Enero 6.—Cuarto menguante; frios, terremotos y sabañones;»—pero ¿y la fiscalizacion á que están sometidas esas profesías? Figúrese V. que un hombre que cree en la honradéz del almanaque, sale á la calle con levita de alpaca en pleno *febrerillo el loco*, confiado en que el almanaque anuncia: «calor bochornoso; comienzan los tabardillos;» y que vuelve á casa con una pulmonía, *por mor* de haberle caido encima mas nieve que hay en los Alpes. El descrédito de ese timon de las familias que se llama almanaque, seria total, ruinoso, estupendo.

Es preciso que el oráculo popular que habla desde las páginas de ese arcano que cuesta tan poco dinero, acierte siquiera sea aproximadamente cada cuarto de luna una vez. Para conseguir este resultado, algunos profetas eclécticos y previsores, han formado ternas con sus profecías, diciendo:—«Julio 4.—Calor de dia, fresco á la madrugada, buen tiempo á veces, llueve quizás en alguna parte.»—Por este procedimiento, se salva infaliblemente el honor de la meteorología barata; por que en Julio, lo

mismo que en Diciembre, sino hace mal tiempo lo hace bueno; y no faltará quien encuentre bonancible la tempestad mas desecha si vá ganando algo, ni quien tome por temporal furioso la brisa mas apacible sinó le salen las cosas á su gusto.

Algunas personas profesan verdadera idolatría por esos augures que reparten sus presentimientos á domicilio por un perro chico ó menos si hay regateo.

Una señora sorda, siente confuso y pavoroso rumor en el piso contiguo. El sol es espléndido, y parece que está estrenando la cara, segun luce y brilla en un cielo sin nubes:

—¡Qué zaragozano, mas sábio me ha tocado este año! ¡Me lo comeria! Ya está ahí la tormenta que anunciaba para esta misma tarde.

—Se equivoca V. señora;—la dice su criada—ha sido la vecina arrastrando la mesa del comedor. Para zaragozano, el de mi almanaque, que es *el verdadero*. Anunciaba calor para hoy, y casi estoy derretida de medio cuerpo; bien es verdad que duermo con brasero.

Se sabe que la voz almanaque anda en

disputa, sobre si es árabe, ó griega, ó celta ó hebrea, ó latina ó copta; pero lo que no se ha podido averiguar es, por qué razon se han declarado aragoneses y zaragozanos los redactores técnicos del almanaque. En Zaragoza no hay Observatorio alguno, célebre en los anales de la ciencia; y hasta se sospecha que los zaragozanos astrónomos viven en salas bajas, y traseras á mayor abundamiento. ¿Tendrán algo que ver los melecotones con la astronomía casera? Esta es la única razon concomitante que nos queda, para unir la nacionalidad de los profetas á su profesion de barómetros para andar por casa.

Inútil es que las artes industriales produzcan almanaques diversos que son á las veces, verdaderas joyas tipográficas ó artísticas; el cuadernillo manuable que trae las fiestas locales, que ostenta en cada luna llena una cara risueña de persona barbilampiña y obesa, ó en cada novilunio la la misma cara pero de negra ó negro celestiales; ese cuadernillo, libro de memorias portatil, donde se puede señalar con la uña el dia que suelen darnos la paga, ó la fiesta en que hay probabilidades de cólico, ten-

drá siempre la preferencia del público para cuanto se refiera á las faenas caseras. Los otros podrán ser monumentales, lujosos, sábios, artísticos; pero el cuadernillo menguado que manosea la familia en sus investigaciones, será el único almanaque popular.

¿Dónde ha de ir la jóven audáz que cose de hombre, ó para hombre, ó por culpa de un hombre, á averiguar cuando comienza el carnaval con su séquito de cenas y polkas de invierno ó íntimas, mas que á un almanaque de la clase de calderilla? ¿Cómo ha de saber la dama matrona del teatro antigno, si la luna está en sazon para *cortarle* la erisípela á su esposo y conjunta persona, mas que por el almanaque del zaragozano auténtico, tan próbo y tan verídico en eso de enviar chaparrones y frios á sus admiradores? Cada cosa para su cosa y los almanaques vestidos de fiesta para que el propietario sepa qué dia tiene que estender los recibos de sus fincas, ó para que el acreedor no olvide la fecha en que vence su crédito; pero para los demás usos villanos de la vida, el almanaque ha de ser pobre en vestiduras y rico en

detalles de esos que ilustran y ayudan á bien vivir.

El almanaque ha llegado á tener tamaña influencia en las costumbres, que se diria dotado de vida, y como que forma parte de los individuos y de las familias.

Cuando se desecha un almanaque, parece como que se nos mueren doce avas partes de nuestra existencia. Cuando se estrena almanaque, parece como que se ha comprado el derecho de seguir viviendo.

En realidad, el almanaque del año que fenece deberíamos enterrarlo, porque es un muerto de papel impreso, que nos estará diciendo ¡viejos! mientras permanezca insepulto.

Yo he visto una coleccion de treinta y cinco almanaques usados, de años diferentes. ¡La vida de una jamona! Una eternidad de almuerzos, que parecian pesar muchas toneladas. Esto se llama conservar la historia en píldoras.

Ignoro los oficios que aun habré de ejercer por mandato de la suerte, como ignoro las cláusulas de la suprema sentencia que me retiene en este presidio de la vida; pero si dejo de hacer periódicos, y me dedico á

hacer almanaques, prometo á mis lectores introducir una revolucion en la meteorología casera, en esta forma:

Luna de miel.—Buen tiempo, brisas cálidas. Conviene aligerarse de ropa.

Cesantía.—Tempestad, malas comidas. Los partidos se salen de madre.

LAS CASTAÑAS

Las frescas brisas del otoño, esas dóciles brisas que sirven á los poetas para derribar las hojas de los árboles psicológicos de la ilusion, y que en realldad no hacen mas que enrojecer un poco las narices de las beldades madrugadoras, proporcionar posada á unas cuantas pulmonías, y llevar al ánimo el convencimiento de que el cambio de las estaciones será siempre una obra incompleta de la Naturaleza, mientras no repartan ropa cuatro veces al año ó antes, el hubiese peligro de empeño; esas brisas, repito, generalmente

BIBLIOTECA CORONADA DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

calumniadas en sonetos, quintillas y otros delitos, nos han traido las castañas, las castañeras y los consumidores de ese *roti* vegetal, que hace indispensable la colaboracion del aguardiente.

Parece mentira que un fruto tan bravío, se domestique hasta el punto de venir á ser el encanto de las familias en la intimidad del hogar, luego de haber pasado por los horrores de la torrefaccion.

En esto se nos parecen las castañas a los que hemos empezado de liberales selváticos puros ó intransigentes, para concluir templando el furor intrépido que es propio de todo debut en política, á medida que las realidades de la vida nos asaban á fuego lento.

La castaña es un fruto eminentemente sociable, desde que el hombre se apodera de ella con sus manos sucias;—que no siempre han de ser lavados por la retórica los medios de adquirir, esencialmente humanos, que poseemos.

Sirven de materia prima al retruécano y al epígrama y de pasto de circunstancias para festejar la entrada de Noviembre.

Los jóvenes novios que *entran en la casa*

con las licencias necesarias, las temen; las suegras presuntas, las desean; todos las comen, mochos no las pagan; algunos las dan, en forma de peseta falsa.

Apenas las primeras egipcias desteñidas hacen su aparicion en calles y plazuelas, y humean los anafes, y el aire se satura de ese aroma de invierno que brota de la agujereada sarten, y se oye el pregon que hace pensar en los sabañones, y en las noches lluviosas, y en los ojos brillantes del brasero, algunas madres de familias ex-fecundas, sienten la necesidad de celebrar el festin prólogo del invierno doméstico.

—Mira, Polí;—dicen por abreviacion á los maridos que tienen la desgracia de llamarse Policarpos—que te traigas esta noche unas castañitas asadas.

—Para castañas estoy yo, despues de la solucion de la crísis. Figúrate que yo creia que iba á formar mi primo Pepe, y ha formado uno que ni siquiera es de mi familia.

—Razon de mas para que traigas las castañas; formaremos castillos en el aire mientras nos las comemos.

Hay artículos de consumo que no pueden servirse mas que en la forma prescrita por

la tradicion. La manzanilla fuera de sus *cañas* es un vinagre trasparente; el Champagne fuera de sus copas especiales, es un agua carbónica un poco cara; las castañas deben venir desde el ambulante puesto á la casa, en el pañuelo del que las compra. Para estos casos aconseja la higiene no aceptar castañas procedentes del pañuelo de uno que esté constipado.

Ya congregada la familia en torno de un pañuelo de castañas, comienza á actuar el sibaritismo doméstico.

El novio de la hija de Polí, goza intimamente en ofrecer castañas peladas á su futura y á su suegra, por medio de un turno pacífico de afecciones; Polí las tritura preocupado por la desgracia de su primo; y todos, al mascar, por la fuerza de la costumbre, la fruta altamente agradable despues de su primitivo y elemental condimento, hacen tradicion, remiendan el pasado que se rompe con el uso, restauran la fisonomía de la patria, perfuman el hogar, y hasta rejuvenecen el idioma; todo por un mezquino dispendio, y á costa de un cólico cuyas contingencias se desvanecen un tanto, regando las castañas con ese furor embo-

tellado, salsa de homicidios, y licor de los dioses, todo en una pieza, que los clásicos llaman *mallorca*.

La castaña entra por mucho en las imágenes que avaloran el lenguaje de Juan del Pueblo. Desde el castañeteo de dientes que produce el terror, hasta las castañuelas que sirven de alegre ritmo á las danzas populares, media un caudal de castañas en aumentativo ó disminutivo, cuyos múltiples derivados ayudan á cincelar la frase gráfica del vulgo.

Una mujer con *castañas*, una mujer, viva, oportuna, graciosa, forzosamente morena, de frase dulce é ingeniosa, recuerda con razon cierta similitud con el fruto que ahora está de moda.

Una *castaña pilonga* es el emblema de la vejez arrugada, del desencanto, de todo lo marchito. Parece que no es nada la diferencia que establece el plurar en este caso; pero desde *la* castaña de una mujer hasta *las* castañas de esa misma mujer, puede mediar el suicidio... y algun dinero.

Aqui en Andalucia, donde toda frase es un simbolo, la parte contiene siempre mucho de la esencia del todo.

Decir castañas, es decir travesura, ironia, engaño, amor, hermosura. Es evocar las noches tibias, jamás heladas de nuestro invierno; y el cabello profundamente negro de la gitana que las vende; y sus ojos de leona domesticada; y sus cantos llenos de amor y de odio, de cólera, y de lágrimas.

Asi como el hombre no puede amar sin sacar algo estropeado al cabo de la jornada, las castañas dejan sus huellas físicas y morales.

—Vamos, al fin trae V. guantes, Leopoldito;—dice una suegra corta de vista á su yerno inminente, mirandole las manos negras y lustrosas.

—Señora, es que he comído castañas; pero esta tizne procede de la chimenea del corazon y no ensucia.

—Preferiria que amase V. á mi hija con aseo, caballerito;—replica la miope, á quien causa cierta inquietud tener un yerno oscuro por las estremidades, y unos nietos muatos temporeros.

No son solos los mortales los que se encargan de dar *castañas* de un órden puramente moral. Ese gran todo lo que se

llama suerte, ó destino, las suele repartir colosales.

—Agarra tus últimos seis duros;—dice la ambicion al oido del pobre, en esas horas de borrachera en que el deseo hace de vino de Jeréz, en que el cerebro trueca en cuadros realistas llenos de luz y de verdad, todas las nebulosidades ideales de la esperanza.—Llévalos al lotero, gran sacerdote de la diosa Chiripa; entrégaselos como ofrenda egoista, à cambio de un billete de la próxima estraccion, que contiene en sus guarismos, verdaderos rasgos de la fisonomía de la esfinge, todo un poema en páginas de hojas de rosas, encuadernado en oro; y ten por seguro que en aquel menguado trozo de papel amarillento, palpita el premio mayor, con su séquito de goces, de cenas espléndidas, de prodigalidades andaluzas, de mujeres amables y sonrientes, de ejércitos de botellas ventrudas que guardan la alegría en sus senos fecundados por la química, que estallan en ruidosas salvas, con que el placer saluda al oro, su hermano mayor. Y cuando la realidad llega precedida de una llu-

via de granizos que hielan y lapidan, el billete truécase en inservible y frágil guiñapo; las cenas se disipan; las mujeres con solo imprimir ténue movimiento à sus lábios, cambian sus afables é incitantes sonrisas en las sangrientas carcajadas del epigrama; y la *castaña* llega, y el premio mayor se lo lleva un quidam, á quien el insomnio no ha devorado mientras la suerte estaba en pleno periodo de gestacion, que emplea bonitamente aquellos pesos duros de que queríamos hacer catarata interminable con su notoriedad estruendosa, en hacerse rentista, ó en adquirir á bajo precio un cargamento de alubias.

De estas *castañas* suelen resultar muertos y heridos; que no siempre el fruto que se achicharra ahora en todas las esquinas, es dulce al paladar y provechoso á la economía.

Por eso, sin duda, oí decir ayer á un reformista que no las tiene todas consigo: —¡Qué falta nos vá hacer el dinero que hemos gastado este verano en telegramas de felicitacion, ó sea en *castañas dinásticas*!

LA VIDA PÚBLICA

Los hombres públicos hemos venido muy á ménos, desde que somos tantos...

Ya no hay personajes privados, íntimos ó para andar por casa; ya somos todos hombres públicos, y nos debemos al pais... y á algunos particulares que nos han prestado dinero físico sobre nuestra notoriedad.

Aquella vida patriarcal de ahora cincuenta años, tan modesta, tan íntima, tan misteriosa, ha sido violada por el progre-

so, y perdonen ustedes el modo de argumentar.

Nuestros padres cerraban la puerta de la calle á la hora de comer, y quedaba la familia á solas con el cocido, sin testigos indiscretos y sin amigos capaces de tomar la alternativa á costa del entomatado, que ya se vá extinguiendo para desgracia de los amantes de la tradicion y de las buenas comidas.

Hoy se sienta V. á comer y apenas ha desplegado la servilleta, asaltan el comedor: el zapatero, el sastre, y el sombrerero, que vienen á cobrar olvidos de V. que ellos llaman groseramente deudas atrasadas; ó un amigo que se sienta cerca de V., que le echa el humo de su cigarro en el mismo solemne momento en que V. abre la boca para tragar, que coje un melocoton, ó un dulce, que juguetea con el cuchillo, que hace bolitas con la miga de pen, y que llena de ceniza los manteles.

Despues de todo, seríamos injustos si llamásemos á esto falta de educacion, groseria, ú otra debilidad por el estilo. Es que la vida pública del café se ha trasladado al hogar; es que la casa ha perdido

sus misterios pudorosos, y lo mismo es ahora accesible el portal, de donde no pasaban antes las visitas á ciertas horas ó en ciertos momentos, que la alcoba, donde es fácil encontrar huellas del público bajo la forma de puntas de cigarros que no son de V., bastones que no le pertenecen y sombreros que no han cubierte su sólida cabeza.

Aquello de que llegaba un padre de familia á su casa, se quedaba en mangas de camisa, y se dejaba caer los tirantes que formaban gracioso correaje por debajo de las nalgas, se acabó ya para siempre.

Ahora es menester estar prevenido á todo evento, porque á lo mejor le sorprenden á uno sus conocimientos en paños menores con escándalo de la moral, pero sin rubor de los recien llegados.

Conozco á muchos jóvenes abogados procedentes del aluvion de Cortinas que nos ha invadido, que duermen con toga, que van de toga *á por* pitillos de contrabando, y que piden á sus padres *en derecho* los cuartos que necesitan para ir saliendo.

La vida pública tiene estas y otras exijencias, y ya no es posible encontrar un so-

lo particular de la clase de paisanos. Todos pertenecemos al mónstruo, todos formamos partes de él, y todos estamos en condiciones de ser por él devorados.

Hay en la inaccesible soledad de un cuarto piso con entresuelo, una verdadera perla escondida, un fénix (hembra) de lo desconocido, de lo particular, de lo privado, bajo la forma de señorita reservada; pues, no tardará en entrar en el gremio de personajes públicos, seccion de notabilidades con faldas. Sinó puede licenciarse en farmacia, se dedicará al *cante* sentimental con la complicidad del piano; sinó la sale de adentro ser tiple esporádica, se hará dama jóven gratuita en la compañía de actores aficionados que *eche* dramas más terroríficos; y si no consigue por estos medios entrar en la vida pública, tomará la noche menos pensada una disolucion de fósforos en *Flor de anís* para figurar en la gacetilla de los periódicos á título de suicida de gran espectáculo.

Hoy nadie se resigna á pasar desapercibido. El que no puede ser cónsul de un país inverosímil, ó caballero de una órden imposible, se dedica á concejal perpé-

tuo, ó pone banderillas para beneficencia, ó canta de tenor litúrgico en las Novenas, ó hace algo que lo separe del vulgo, que le dé personalidad, bulto, fisonomía propia.

Algunos hacen dramas aprovechándose de la defectuosa organizacion de la guardia civil, que solo presta sus servicios en los campos; mientras otros se dan por la bebida, y algunos se hacen asesinar periódicamente para sucesiva alegría y correlativa pena de sus admiradores.

Ya no se respeta el incógnito de las porsonas pudientes. En el café, en el teatro, y hasta en misa, interpela el acreedor á su deudor, sin consideracion á que las deudas proceden todas ellas de la vida privada.

Una señora que pasa de los cincuenta, pero que se conserva presentable, y que no ha logrado distinguirse por nada en su larga vida militar y política, acaba de contraer sus octavas nupcias.

—Como logre llevar luto por este—dijo el dia de la boda—me declaro viuda pública.

Otras veces, para que hubiera público

era necesario convocarlo expresamente, por medio de una gran parada de nacionales, ejecucion de reo de muerte, ú otra solemnidad así. Ahora hay público siempre, donde haya una sola persona completa, ó céntimos de persona únicamente. Véase como.

Hace V. una hombrada, á solas; V. autor, recibe los aplausos de V. público. Luego escribe V. cuatro letras de su propio puño, y las lleva V. al periódico de que es V. suscritor: y al dia siguiente se lee en letras de molde el consabido sueltecito: «D. Fulano de Tal dijo ayer una frase de esas que hacen época, en el seno de su familia,» ó bien: «D. Fulano de Tal ha salido para presidio», ó «Don Fulano de Tal se ha comido íntegramente una sandia veleña, por apuesta con otros distinguidos Heliogabalos».

En esto de la vida pública halla cabal comprobacion aquello de «quien mucho abarca poco aprieta.» Muchos hombres públicos no tienen camisa que ponerse, por abandonar los intereses privados.

—Que ganas tengo de que volvamos al ostracismo;—dice á un orador público su

mujer, que participa de la gloria, de la publicidad, y de las malas comidas.

—Pues no lo esperes, por que yo primero me debo á mi patria...

—No, primero te debes al casero;—le interrumpe su descontentadiza compañera, que desearia pasarse los dias en la cocina, en vez de pasarlos en brazos de la publicidad.

Sucede con la vida pública algo semejante á lo que sucedia á aquel andaluz en quien las heridas resultaban siempre mortales, por que era todo él corazon. Borrada la línea que separa la vida privada de la vida pública, todo el monte es orégano, ó todos los actos humanos caen bajo la sancion y la crítica del público.

—Ayer comió de fonda Perenganito; ¡qué manera de despilfarrar el sueldo! mas valia que se comprase un sombrero nuevo; —dicen en una tertulia particular, trasformada en asamblea constituyente por la comezon de vivir en público que ahora nos domina.

—Eso pertenece á la vida privada;—observa un miembro de aquel *senatus* algo mas comedido.

—No lo crea Vd.; Perenganito es un

hombre público por parte de su mujer, que tiene una moñería; y además, desde el momento que se presenta en público con el sombrero apabullado, necesita...

—¿Que le compremos otro nuevo por suscricion pública?

—No, señor; que se le apliquen á su costa las leyes de ornato público.

El ramo de legítimas consortes de los hombres públicos, anda tambien muy sobreexcitado desde que las familias viven y hacen todas sus operaciones en la plaza pública.

—Ya lo sabes, Pepe;—encargaba una esposa parlamentaria á su marido, al despedirlo en la estacion.—Que siempre que concluyas de hablar en el Congreso, digas: «Hemos dicho», ya que no puedo usar de de la palabra en el recinto sagrado de las leyes.

—Descuida mujer, que hablarás por boca de ganso.

—Y si te dan la Direccion general de Estancadas, cuida de que pongan en la credencial: «Sr. D. José Mouton, y señora.»

—Tranquilízate, que tu tomarás parte en la elaboracion del rapé nacional.

Como Cain veia siempre el ojo amenazador que le recordaba su crímen, aun en las entrañas de la tierra, así los ciudadanos mas pacíficos nos vemos perseguidos por las consecuencias de la vida pública, en la mesa, en la cama, cuando salimos á tomar el aire, cuando nos damos un baño de aseo.

¡Quien pudiera pasar desapercibido! ¡Quien no tuviera personalidad política, ni humana, ni social! ¡Quien pudiera hacer de cero á la izquierda en la aritmética de la vida! ¡Quien fuera conato de persona, hipótesis de hombre, feto en aguardiente!

Solo así estaria uno libre de la vida pública, de ser hombre público, de amar en público, y de que lo afeítaran á beneficio del jabon de la publicidad.

CUESTIONES DE ORNATO

Las personas, mas ó menos humanas, como los edificios mas ó menos privados, tenemos fachada, esterior, algo que pertenece al público, algo que se exhibe á todas las miradas, algo que entra en la esfera del ornato.

No se trata solamente del traje, que al fin es postizo y perecedero; se trata tambien, de otras cosas menos *semovientes* que las levitas, sombreros y zapatos.

Una nariz ciclópea, por ejemplo, un vientre monumental (*verbi gratia,*) pertenecen al dominio público tanto como à la

persona que los usufructúa. El cojo no se ha hecho para el misterio del hogar, sinó para que *amenice* con su balanceo la monótona marcha vertical comun á todos los mortales, no cojos, ó que no avanzan en sentido horizontal, que no son pocos El giboso no hubiera merecido á la madre naturaleza tan complicados trabajos de construccion, si su finalidad le destinase á la vida privada. El tuerto debe exhibirse á todas horas para comprobacion del verdadero lujo con que estamos redactados los nó tuertos, cuando para todo lo que hay digno de verse, basta y sobra con 50 céntimos de ojo; ya que hay quien no tiene mas que uno, lo usa con nubes, y, sin embargo, puede ver las estrellas en momentos solemnes.

Convencidos de todas estas verdades, algunos prudentes sujetos cuidan del propio ornato con un esmero nunca bien alabado, como quien sabe que no se pertenece, que es de uso público, que representa un factor del ornato individual tributario del ornato social por estension.

En primer término figuran los que se tiñen el pelo y la barba y hasta las partes

mas pardas de la levita, con multitud de ingredientes que la química suministra, ó mojando simplemente un dedo en el tintero, si le hay en casa.

A estos meritísimos varones, que no salen á la calle sin llevar convenientemente revocada la fachada, deberia pensionarlos el Ayuntamiento, porque contribuyen al buen crédito de la administracion. Donde no hay canas no hay viejos, y donde no hay viejos reina ese misterioso encanto de la dicha, la salud y la juvenil alegria en agradable consorcio.

Hay quien se tiñe radicalmente y azulea de puro negro. Otros guardan ciertas gradaciones tintóreas, no atreviéndose á declararse jóvenes perpétuos. Hay, en fin, quien se tiñe á la buena de Dios, sin reparar en químicas, y resulta *berrendo en colorao*, cuando pretendia resultar buen mozo.

Conocí un sujeto tan amigo del ornato, que para que no le delatase ninguna cana, se arrancaba con unas pinzas los pelos del bigote y de la barba, y luego se teñia el sitio donde debia salirle el vello. Desde léjos parecia un San Sebastian volviendo del suplicio, y desde cerca se notaba que

aquel rostro tenia cenefa color de chocolate barato.

Suelen algunos pintores de sí mismos, descuidar la *toilette* alguna semana, y sucede que les crece el pelo, blanco á raiz del cútis, y negro, ó rubio, ó azul, ó como lo usen, en las estremidades. Vistos de perfil, parece que gastan barbas hechas como esas muestras que por un lado dicen: «Almacen de comestibles» por otro: «Vinos generosos» y de frente: «Se ponen sanguijuelas á domicilio.»

El bello sexo contribuye copiosamente á estas exhibiciones de obras de arte ó de monumentos viandantes, que esmaltan y avaloran el ramo de ornato público que traigo entre manos.

Hay damas del teatro antiguo que se dejan la barba y la lucen en el paseo como un atractivo mas. Para estas apreciables matronas están de sobra todos los depilatorios que ha inventado la perfumería, y dicen bien. ¿Qué novio se propasará con su futura cómplice, si usa una madre del arma de carabineros?

Las barbas femeniles, cuando las gasta la edad madura, imponen un saludable te-

rror; y cuando sombrean un cútis fresco y sonrosado, sirven para mil combinaciones imaginativas, tan entretenidas como gratas.

Hoy dia son pocas las señoras que no pertenecen al mundo del gran espectáculo. La moda tiene exageraciones para todas las fortunas; y lo mismo abulta un polisson hecho con bramante, papel, cañas y engrudo, que otro procedente de París y recomendado por los revisteros de modas mas enterados de la forma que deben tener las espaldas femeniles, en aquel punto que cambian su nombre lícito y aseado, por otro de *guerra* y menos pulcro.

Como todo progresa, el percal sostiene sin desmayos su lucha titánica con la seda y otras telas ricas. De aquí que las muchachas pobres, pero elegantes de solemnidad, traduzcan al coco las excentricidades que se cometen en faya, terciopelo, gró y otras materias primas en que ha venido á degenerar aquella hoja de parra de nuestra madre Eva, que echo tanto de menos hoy que mis sentidos se han quedado reducidos á la vista y al tacto. ¿Sale un jaique nuevo

perpetrado en seda chiné? Pues verá V. como se disfrazan con él nuestras primeras faeneras, arreglándolo al diapason normal de su menguado haber. La cosa estriba en estar feas con elegancia y extrangerismo, y no hay miedo de que á ello renuncie una *barbiana*, por *méndiga* que sea.

Volviendo al mundo físico, desde el mundo de la indumentaria donde me habia metido en ropas menores, como quien dice, por que yo ni siquiera leo las cuentas que me envia el sastre, sostengo y afirmo mi tesis, de que los séres atractivos y fenomenales no se pertenecen.

El dia que corresponda al derecho privado todo lo que recrea la vista, se quedarán inéditos una porcion de fenómenos que en el mundo somos.

Hay zopos que parecen construidos para desempedrar las calles é inspirar á la prensa de oposicion sus mejores gacetillas.

Otros usan piernas arqueadas como paréntesis de carne y hueso, y van pregonando por ahí la gallardia de la arquitectura árabe, que descansa sobre el arco, como la romana sobre la suntuosa columna de severas líneas.

¿Y las damas mas ó menos pasiegas de nacimiento, que ahora se complacen en hacernos comprender lo inagotable de las fuentes de la vida? Prohibido, ó egoistamente recluso, todo lo extraordinario, en cuanto una beldad abultase mas de lo conveniente, no tendríamos el derecho de comérnosla con la vista; antropofagismo de que participan aun los mas ahitos.

Dias pasados tuve el honor de tropezarme con un eminente tuerto, que llevaba en la cavidad ocular izquierda un huevo frito en vez de un ojo liso y llano y vulgar. Tan abultado era el órgano en cuestion, que no pude por menos que bendecir á la Providencia: ¡con un tuerto de esta clase, se almuerza y se recrea la vista!.

En el ramo de calvos hay tambien cosas curiosísimas. Yo venero á los que tienen el valor cívico de lucir un cráneo despoblado, terso, brillante, que parece invitar á los poetas á que escriban alguna cosita, y á los pintores á que lo ilustren con dibujos ó acuarelas;—pero los que usan peluca, no pierden nada á mis ojos por que cubran y abriguen la tapadera de la vasija donde el alma hierve en sublimes borbotones.

Una peluca viste siempre bien, por mas que digan sus detractores. Las hay que parecen hechas de crin vegetal, y las hay sedosas y tan bien falcificadas, que sus propietarios tienen necesidad de pelarse cada quince dias, por que les crecen los cabellos de momio que se han procurado. Las pelucas baratas, dan aspecto feroz, leonino, y por poco dinero infunden miedo y no se constipan los que las gastan. Las que el arte perfecciona, honran al artista y al usufructuario; al uno, por que vence á la Naturaleza en el negociado de pelos; al otro, por que es bastante rico para pagarse una falsificacion, casi tan necesaria como la de la conciencia, aunque algo menos útil.

En esto de las pelucas y vice-versa, he conocido un caso rarísimo: el de cierto progresista que teniendo pelo para llenar un colchon cada primavera, se afeitaba desde la frente á las últimas zonas de colodrillo. —Es en memoria de Calvo... Asencio,— decia el hombre, y no era posible conseguir que se dejase crecer libremente su felpudo capilar.

Persisto en mi idea, y concluyo. Hoy que

todo es violado, por lo mismo que es violable, la fachada exterior humana debe seguir perteneciendo al dominio público; por que si se priva á la crítica del derecho de fijar los ojos en la mísera mortal envoltura ¿qué sucederia aquí, si la crítica se nos metiera por dentro?

Yo tengo que temer ménos que otros, porque cometo todos mis pecados en la plaza pública, á tambor batiente, y el que no me acepte así que me deje; pero se me pone la carne de gallina, y tiemblo por los jorobados de espíritu, los cojos de corazon, y los tuertos de inteligencia, que andan por esos mundos de Dios presumiendo de buenos mozos.

La pecadora, el niño y el pájaro

La deliciosa desgracia de no oir, ha determinado una como ampliacion de todos mis demás sentidos corporales. —No es esto decir que mi vista, por ejemplo, haya ganado en alcance ó en potencia, y que vea mas grandes á los hombres ó mas el claro porvenir.—Veo lo mismo que antes, y el que juzgué miserable infusorio social sigue siéndolo, por que realmente no ha crecido su alma en bondad, grandeza, ni rectitud.—Lo que me sucede es que, como no oigo, me distraigo menos y miro mas, ganando de

este modo en observacion lo que he perdido en audicion; si pérdida pueden llamarse cuatro necedades mas ó menos que deja uno fuera de su ser mediante la obstruccion de la trompa de Eustaquio.

Otras veces, *in illo témpore*, cuando mi persona física estaba completa, cuando oia en fin, me gustaba escuchar el dicharacho que surge al paso, la copla que resuena á lo léjos, lo ingeniosidad que se ocurre à cualquier transeunte en esta tierra clásica de las repentinas agudezas, el alegre gritar de los muchachos, el gorjeo de sus risas, las voces de los vendedores ambulantes, y esos mil y mil ruidos, mas ó menos armoniosos, que son el eco revelador de una ciudad viva.—Con esos gritos, con esas risas, con sus donaires sorprendidos al vuelo, hacia yo mi composicion de lugar, como suele decirse tan impropia como frecuentemente, y á las veces me servian para rumiar—perdóneme S. M. el cerebro esta grosera expresion—durante horas y horas, entregado á silenciosa labor intelectual, de cuya eficacia y de cuyo mérito, dudo mucho.—Antes estudíaba al hombre (y á la mujer) por sus palabras

—porque yo no aprenderé, pero estoy estudiando siempre—-y ahora procuro estudiar à uno y otro sexo por la expresion del rostro, por lo que en imperceptibles pero elocuentes voces dicen los ojos, por la manera de mover los lábios, y hasta por las crispaturas de las manos cuando accionan para acentuar el discurso.—Así es, que ya no me distraigo, que ya no puedo distraerme cuando voy por la calle, porque ya no puedo ensimismarme y dejar al oido que me sirva de medio de relacion, sinó que tengo que estar siempre ojo avízor, para suplir rápidamente con el juicio y la hipótesis, lo que supongo que deben de pensar y de decir los que hablan.—No quiero ventilar en este trabajillo si he ganado en el cambio, si es preferible ver y oir, ó si se oye y se ve mejor, no oyendo, y viendo solamente.—Quiero, sí, que conste, para enseñanza de los que piensen declararse sordos, que el oido se reemplaza en poco tiempo y merced á una gimnasia que se aprende expontáneamente, con el sentido de la vista; como es probable que se reemplace la vista con el tacto, y este con el olfato, y á su vez este con el pa-

ladar, bien que ya en este último y desesperado caso sea muy difícil el comercio social con solo el auxilio del gusto.

Advierto en este instante que ya es hora de entrar en materia, pero ¿que quiere V., lector benévolo? el circunloquio me ha enamorado siempre, como para desquitarme en dulce y fútil vagar, de la fatigosa y atareada vida que llevo desde que tengo uso de razon.—Yo no soy de esos que dicen las cosas de golpe y porrazo; en Laconia hubiera yo hecho un papel desairado, porque me gusta entretenerme en rodeos mas ó menos largos, como si presintiendo que he de decir mal lo que me propongo decir, quisiera decirlo lo mas tarde posible.—No espere, pues, de mí, nadie, que yo le suelte á boca de jarro una mala noticia, ni que lo ponga á las puertas de la muerte con una súbita alegría.—Cuando muchacho, jamás encontré medio de declararme de sopeton á ninguua deidad mi contemporánea; ya maduro, y en la triste necesidad de escribir para el público diariamente, procuro diluir en un lago de palabras dulces las amarguras que fatalmente han de brotar

de mi pluma; y estoy seguro de que, condenado á muerte, pediria que me condujesen al patíbulo por el camino mas largo.

Pero en fin, ya se ha agotado el tema de los discreteos, ya no me quedan incidentes prévios disponibles, y voy decididamente á mi asunto *sobre corto y por derecho,* como se *tira á matar* Rafael Molina, ese gran poeta con traje de luces, que firma los cantos mas sublimes del poema ancional con el pseudónimo de *Lagartijo.*

Hace meses, iba yo arrastrando penosamente mi humanidad y mis tristezas por la calle de Beatas, con direccion á la plazuela del Teatro.—Era una tarde primaveral; un calor incipiente, tibio, delicado, pregonaba la proximidad de esos dias críticos en que las rosas rompen sus capullos, la tierra se dispone una vez mas á manifestarse madre eternamente fecunde, y la adolescencia siente vagas inquietudes en el alma, inexplicables deseos en la mente, misteriosas sacudidas de los nervios, poéticas tristezas, y súbitos accesos de llanto.—El cielo arrebolado á trechos, azul á veces, realzado en otros pa-

rajes por blancas nubes de caprichosas formas, lucia una decoracion de gran espectáculo, á maravilla dispuesta para cobijar todos los idilios.—Turba de veloces vencejos, trazaba con sus vuelos caprichosos intrincadas rúbricas en el espacio.—El sol comenzaba á morir perezosamente, prolongando sus rayos luminosos todo el mas tiempo posible, como si se sintiera pesaroso de dejar á oscuras de repente tantas bellezas.—El aire venia ya saturado de esos perfumes, heraldos de la buena estacion, signo evidente de que encontraba al paso flores á quienes robar esencias regaladas á cambio de furtivos besos. —Flotaba en la atmósfera algo bienhechor, algo grato, algo que compelia á sentirse feliz, algo que acariciaba, algo que inspiraba esas poesías intimas y misteriosas que nacen y mueren en la mente, sin que las profane la crítica al contar las silabas de los versos y al alquilatar el valor y la ley de las figuras retóricas. —Los transeuntes caminaban confiados, sin temer el traidor ataque de la pulmonia; alegres, sibaritas, paladeando con fruicion al oxigeno, recreándose en la apacible tran-

quilidad de los elementos, bañándose en aquel ambiente de dicha; pensando en una larga série de cochifritos de cordero, por que la Pascua de Resurreccion se divisaba ya tras las penosas flatulencias de la Cuaresma.

¿En qué iba yo pensando, á todo esto? —No lo sé; probablemente, en nimiedades vagas, que son, el alimento espiritual de los que no hemos nacido sábios ó filósofos; y unas veces mirando al cielo, otras recreándome en el aspecto satisfecho de los que junto á mí pasaban, y siempre devorando con fruicion mi parte de brisa perfumada y oxigenada, llegué sin novedad digna de contarse, á ponerme N. S., como dicen los marinos, ó sea frente por frente, de la embocada de la calle de la Gloria, paraiso por el nombre, infierno por la suciedad de todos los órdenes que allí se amontona pródigamente.

Salvando los inmundos charcos de aguas fecales, con dengues y coqueterias realmente femeniles, salió de la calle de la Gloria una jovencita, casi una niña, flacucha endeble, mezcla desconsoladora de perver-

sion y de candor infantil, ramera y vestal, impúber y corrompida á los trece ó catorce años, que no mas contaria aquella Lais en miniatura.—En su carita disminuta, pálida y ligeramente huesuda, como si el vício la hubiera estragado antes de que pudiera adquirir la solidez del completo desarrollo, brillaba una ráfaga de tristeza mal velada por la espresion de temeraria confianza propia de la niñez.—Sus cabellos de un rubio mate y sucio, flotaban en flequillos sobre la frente; en sus ojos no habia nada lúbrico; mas bien se adivinaba en ellos cierta vaga nostalgía de los juegos propios de la niñez; y bajo los groseros afeites que cubrian el cútis trigueño de su cara, adivinábase algo augusto y solemne profanado por la lujuria: esa película aterciopelada, semejante á la envoltura de las frutas, donde con tanto placer se clava el diente y se fijan los labios ansiosos de recojer deliciosas primícias.—No debia de pertenecer mi heroina á la aristocracia del vicio, porque ¡triste detalle! llevaba en la mano una botella vacía con inequívocas señales de haber contenido aceite, y se dirijía indudablemente á comprarlo,

tal vez para adobarse por sí misma la indigesta sopa ganada á costa de infame tráfico.—Por otra parte, su traje modestísimo confirmaba esta sospecha.— El diminuto vestido, era de percal, á cuadros blancos y negros rayados en forma escocesa.—El zapato bajo, no tenia nada de nuevo; la media, de dudosa limpieza, cubria el encanijado comienzo de una pierna flaca é informe; en sus cabellos alborotados no habia flores; y cuando marchaba, á la vez inocente y procaz, arrastando la sucia cola sobre el mas sucio empedrado, parecia una niña pobre vestida de máscara con los desechos de una adolescente mas pobre que ella.—Adelantose andando á saltitos cortos, como si la impidieren toda libertad de movimientos las exajeradas estrecheces de sus faldas.—Habia en sus ademanes extremecimientos alegres que contristaban el alma.—Se la adivinaba conforme con su misérrima existencia; mas que conforme, satisfecha y confiada, con esa despreocupacion propia de la ignorancia.—No miraba á los hombres, que se volvian para ver á su sabor aquella fórmula homeopática del vicio; no procuraba

despertar deseos con su mirada, ni, por otra parte, tenia encantos que ofrecer á la voracidad pública; sus caderas apenas abultaban bajo el exajerado *puff* del vestido; su pecho estirado y liso, carecia de aquellas curvaturas que son acicate de la pasion carnal; y nada en su persona física hablaba al sensualismo, como si un destino trágico y horrendo hubiese querido hacerla desdichada é indigente privándola hasta de medios para explotar su propia carne.

Por muy mal concepto que se tenga de esas desdichadas meretrices; por muy cursi que se juzgue el romanticismo cuando de rameras se trata; por muy vivo que permanezca el sentimiento de la realidad en presencia de faltas voluntarias y de asquerosos hábitos profesados con deleite; aquel ser prostituido antes de la pubertad, aquella niña corrompida antes de ser consciente, aquel pudor extirpado en agraz, movian á compacion y despertaban en el alma dolorosas sensaciones, como si todas las injusticias, como si todos los vicios y todos los crimeñes sociales clavasen á un tiempo sus aceradas garras en la concien-

cia dsl impávido observador de tanta miseria.

Breve es el trayecto que media entre la embocada de la calle de la Gloria y la plazuela del Teatro, pero en los pocos momentos que mi heroina tardó en salvar la corta distancia, tuve tiempo de observarla, por que yo he dicho que ahora miro mas y veo mas hondo, por lo mismo que no me distraigo en oir.—De pronto, la pequeña pecadora se detuvo, como si un espectáculo insólito y atrayente hubiera reclamado toda su atencion.—En un portal de la acera de la derecha, al paso de la *niña-traviatta*, un muchacho próximamente de su edad, enseñaba á la varilla á un pàjaro, ya maestro, sin duda, en el oficio à juzgar por la cantidad de hilo que se llevaba en sus breves excursiones de cautivo dócil á la tirania de la cadena.—El jilguero—pues un jilguero era la causa de la admiracion de la liliputiense pecadora—piaba alegre cada vez que volvia à pararse en la extremidad de la varilla; agitaba sus alas temblorosas; movia á derecha é izquierda su matizada cola; inclinaba graciosamente la diminuta

cabecita, y daba inequívocas muestras de sentirse tan orgulloso de su habilidad como bien avenido con aquellas fugaces escapatorias que le recordaban, sin duda, los dias felices en que todo el espacio era suyo.— En esto, el muchacho, sintiéndose admirado por aquella espectádora de sus triunfos de domesticador, sopló al jilguero en la cola como para excitarlo á mas prolongada correría, y la avecilla partió trinando.— Siguióle la muchacha con los ojos llenos de infantil curiosidad y de ráfagas de puro deleite.—Aquel pajarillo que revoloteaba alegre buscando el punto de partida para descansar y acicalarse; aquellas alitas que se abrian y se plegaban con estremecimientos placenteros; el entrecortado piar del ave; su cabeza esmaltada de un rojo metálico; la debilidad del pobre animalito; su triste destino de perpétuo encarcelado; la gracia indescriptible de sus movimientos refrenados por la brevedad del espacio en que volaba; su obediencia al ser tierno que lo retenia con crueles ligaduras, y el influjo de aquella hermosa tarde apacible, perfumada, espléndida, excitante, rica en luz de una dulzura indescriptible, debieron de in-

fluir en los misteriosos gérmenes del bien que dormian en el fondo de su alma de niña, y acordándose repentinamente de que ella era esclava, de que no podia volar mas que arrastrando la herrumbrosa cadena de su infortunio, de que era tambien débil, pero superior á su desgracia en la medida necesaria para cantar cuando mas daño la hacian las ligaduras del infortunio; de que necesitaba caricias que representasen algo mas que el brutal ayuntamiento de los dos sexos, con la mirada radiente, transfigurada, llena de sublime anhelo, virginal apesar de su impudicia, sintiéndose á la vez madre y protectora, con la boca entreabierta como si por ella saliese invisible efluvio de un espíritu infinitamente bueno, ruborosa bajo los viles afeites, osada y tímida, dejó con repentina resolucion en el suelo el prosáico cachivache que llevaba en la mano; cogió con delicadeza maternal al pajarillo que se contoneaba en la varilla, lo acarició un momento temblando bajo el dominio de un deliquio sublime, y lo besó con delicioso transporte.—Yo oí aquel beso; yo percibí clara y distintamente las armonías celestiales de su chasquido, que fueron

perdiéndose poco á poco en brazos de las sonoras capas aéreas; yo ví redimida, resucitada, enaltecida á la pobre niña prostituta, que siguió su camino turbada, temblorosa, llena de un rubor digno de la mas pura sacerdotisa de Vesta; y tengo por seguro que alla en la infinita altura del cielo azul, el ojo providencial del Dios de las inagotables misericordias, vió tambien en sus mas reconditos senos el alma de la pecadora, y estendió sobre ella el manto protector de la eterna piedad.

Y hé aquí, lector amado, como se puede ver una escena transcendente, cuando se mira bien lo que pasa entre una pecadora, un pájaro y un niño.

LOS CONVENCIDOS

Son los seres mas felices de la tierra, y me quedo corto.

Yo opino que en este bajo mundo busca el hombre afirmaciones, cualesquiera que sean sus trnbajos, y dele la forma que le dé á su lucha por la existencia.

Hay quien cree que el hombre busca goces, ó dinero, ó buenas comidas, ó las tres cosas á la vez, y quien supone que solo se busca una ruina siempre que anda buscando algo.

Yo entiendo (giro de orador cursi) que

este hermosísimo animal que piensa, se satisface con mucho menos de lo que le *acumulan* los que le tildan de ambicioso, y que con un solo vocablo, con un *creo* afirmativo, categórico, está satisfecha la voracidad psiquica y material de los Adanes mas descontentos.

Un almuerzo opíparo, es una afirmacion; un traje flamante, tambien lo es; una hermosa mujer, no deja de serlo (afirmacion ¿estamos?); de modo que aplicando á todas esas nociones un sistema posesorio imperativo, la felicidad deja de ser un mito, y se le pasea á uno por el cuerpo amaestrada en libertad.

La duda, pretesto para tantos versos malos como la han dedicado nuestros mas desaseados escépticos en renglones cortos, es el voraz gusanillo del espíritu que se vá comiendo la dicha, como la polilla se come las prendas de abrigo de un invierno para otro.

Por eso he dicho que los convencidos son los seres mas felices de la tierra, y aunque me ha costado trabajo desarrollar mi proposicion, porque hoy me siento premioso, como hay quien se siente estúpido

todo el año, al cabo he podido dar á ustedes una idea de lo que á mí se me antoja fórmula sin falencia de la dicha y de la tranquilidad.

Materializando la cosa, y tomándola en su justo medio, las riquezas no lo son tanto por su intensidad, como porque llenen las aspiraciones del que las posea. Hay quién se cree rico con tres pesetas de jornal, y millonarios que sufren cuando ven á un colega que los ahoga en dinero físico. Aquí de mi teoria, aquí de la afirmacion consoladora, aquí del creo imperioso y convencido, que es á la polilla del alma, á la duda, lo que el alcanfor á la polilla que vive de hupa en capas y gabanes.

Caer de rodillas ante un altar, prorumpir en ferviente plegaria, llorar si viene al caso, y salir de la misteriosa penumbra del templo á la plena luz del dia, firme en la fé, consolado en la afliccion, y ahito de esperanza, es otra de las formas de la dicha. El que es así dichoso, puede ser uno de nuestros primeros ignorantes; pero ¡cuantos sábios no le envidiarán en los momentos de duda, cuando en el cerebro se des-

arrollan esas tempestades cuyos relámpagos son ideas!

Un marido desgraciado, que no sepa su desgracia, y un pobre que muera ignorando que es falsa la única onza que posee, son otros tantos seres felices por la afirmacion y el convencimiento.—La duda los hubiera hecho desgraciados; la verdad los hubiera empujado al suicidio.

Y no se crea que el convencimiento no hace gasto en la materialidad de la vida. Hasta el vicio se nutre de él, y jugamos cinco duros á una carta, porque *creemos* que *viene* antes que la contraria; cercenamos 2.000 reales á las realidades sustanciosas de Navidad, porque *creemos* que nuestro billete es el predestinado á cobrar el premio mayor; amamos á una mujer porque *creemos* que no nos engaña (¡creer es!); y esponemos la vida ante el cañon de una pistola enemiga, porque *creemos* que el adversario no ha de hacer blanco.

Pues tómelo usted en un sentido menos material. Basta con creer que se ha hecho una buena accion para que el sueño sea mas reparador, y haya menos retor-

tijones de conciencia. Es suficiente el convencimiento pleno y firme de que no se ha pecado, para que la culpa no exista. Verdad es que mientras se adquiere ese convencimiento, se esperimentan terribles bascas morales; pero cuando se ha formado ¡que nos entren moscas!

Hay quien nace con felices predisposiciones de hombre convencido, y yo los admiro y envidio, como se envidia un juguete en esa edad dichosa en que otro se encarga de darnos de comer.

¡Cualquiera tuerce el órden de las ideas de tan apreciables sujetos! ¡Y cualquiera resiste á uno de esos convencidos á quienes dá el naipe por lo lúgubre, y se hacen pesimistas ó fatalistas, ó pájaros de mal agüero!

Conoci, muy superficialmente, á un mason convencido de que todo lo malo es obra de los jesuitas, y no habia más remedio que dejarlo ó romperle el alma, ó exponerse á que nos la rompiera.

En cuanto un barbero lo descañonaba con cierta crueldad y corria su sangre liberalísima y filantrópica mezclada con la

espuma de jabon, se iba en busca de otro rasurante menos hijo de Loyola.

Un dia resbaló *á beneficio* de una cáscara de melon, y se rompió una pierna; y cuando aun no habia recobrado su elasticidad el miembro fracturado, escribió una plan.·. á todas las logg.·. de España, acusando á la Compañía de Jesús, como autora, complice y encubridora, de aquel sensible conflicto entre dos melones.

Por último, enviudó, y ¡caso raro! aquella vez no fueron homicidas los reverendos padres, sinó que atribuyó el suceso á un señalado favor del G.·. A.·. D.·. U.·. y exclamó convencido: ¡Hay providencia!

El hombre convencido, marcha firmemente, pisa con énfasis, no cede jamás la acera, ni duda en la direccion que ha de seguir. Para él son desconocidas las vacilaciones, y si le piden un duro en calidad de préstamo reintegrable, lo negará, porque está convencido de que quien presta pierde el amigo y el dinero; pero si le ofrecen un cigarro, lo aceptará, porque, profesa, con el mayor convenci-

miento, aquello de: en el tomar no hay engaño, y á la casa aunque sean piedras.

No crean ustedes que el convencimiento necesita una larga elaboracion intelectual; ni sospechen que el convencimiento significa fijeza de ideas; ni supongan que es signo de inteligencia. Hay quien nace en clase de feto convencido, y quien se fabrica en un segundo el convencimiento que ha de consumir en dos años, como hay quien cada cuarto de hora está convencido de una cosa distinta, y quien abriga el convencimiento de su propia estulticia.

El convencimiento es al ser psiquico, ó espiritual, lo que la energia, la fuerza, el vigor, son al ser físico. Hay hombres muy valientes, y muy forzudos, muy activos y verdaderamente infatigables, pero vacilantes de solemnidad; como hay seres débiles, entecos, pusilamines, cobardes, pero fuertes y animosos en sus resoluciones morales, merced al convencimiento, que hace las veces de corsé que los mantiene derechos.

El convencido no repara en absurdo mas ó menos, y se siente atraido por las bestia-

lidades, como las mariposas por la luz, y no dirán que no poetizo mis desquisiciones. Atizan en dias de revuelta un garrotazo liberal al primero que sale á la calle en mal hora; es un convencido que ha tomado al *agraciado* por agente secreto de la reaccion. Corre la chilla de que los médicos envenenan á los enfermos en tiempo de epidemia; es un convencido, ó varios convencidos que que coinciden en una misma estupidez, disculpable como hija natural del convencimiento.

Es muy fácil conocer á la simple vista á los no convencidos. Cada quince dias se dejan la barba de una manera distinta, señal de vacilacion. Tropiezan en la calle con todo el que lleva rumbo opuesto, y á veces se quedan pensando qué direccion tomar, y la enmiendan una y otra vez, y acaban por no saber si seguir de pié ó si sentarse en la acera.

Digan lo que gusten los que llaman terquedad al convencimiento, es este el atributo humano que mejor sienta. Y si el convencido no es convencido, sinó convencida, no tengo nada que añadir.

Cuando una mujer se convence, puede

decirse que toman hábito mortal la ferocidad neroniana, la terquedad paciente de los chinos, la desconfianza del gato, y la malicia del necio.

Esto no será galante, pero *estoy convencido* de que es verdad.

BIBLIOTECA CIRCULANTE DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MÁLAGA

CANTANTES ESPORÁDICOS

¡Cómo marcha derecha á su providencial destino, esta civilizacion tan calumniada! ¡Cómo se mudan y se perfeccionan las costumbres, á través del tiempo, que depura y embellece las instituciones, cuando nó se las traga!

No hace aun 30 años (ó la vida de un jugador) las chicas de familias pobres, pero honradas, se consagraban indefectiblemente al claustro, despues de obtener la licenciatura y aun el doctorado en compotas, arte de bordar al tambor, ciencia de las flores artificiales, y demás ramos

de la facultad de mujeres primorosas, como se denominaban las que poseian aquellas habilidades.—De los chicos, ya se sabia; ó entraban en el Seminario en clase de aspirantes á la alternativa en latinidad, ó se dedicaban á la curia, ó funcionaban de meritorios crónicos en cualquiera oficina del Estado.

No habia ni un torero de aficion capáz de bajar al *ruedo* personalmente à entenderse con las fieras cornudas; ni en cabeza de hijo de familia medianamente digna podia entrar la idea de *pisar las tablas* para hacer ó *echar* comedias de aficion en un teatro auténtico y ante un público que hubiese pagado su dinero; ni los padres de oficio explotaban otras disposiciones de sus hijos, que aquellas honestas, lícitas y decentes, segun la moral en uso.—Cuando más, se permitia que la niña desahogase sus aptitudes líricas cantando la *Atala* ó *Ben Amet al partir de Granada*, á la guitarra y con las maderas del balcon cerradas, ó que el chico representase *Verdugo. y sepulturero*, *El puñal de godo* ó *De potencia á potencia*, en teatros caseros, con espectadores por convi-

te, á quienes estaba prohibida, por la buena crianza, toda manifestacion de desagrado.

Hoy que *se han roto los antiguos moldes*, segun la frase hecha, en cuanto que un chico dá un berrido (mal comparado) que se sale del diapason normal, ya le estan echando el ojo sus amantes padres para dedicarlo á Gayarre vitalicio, ó á Patti de generacion expontánea si el chico es chica *soprano* ella, y *sfogatto* ella.

—Sabes que es preciso que registre á la niña un profesor facultativo;—dice á su esposo una madre amantísima y artista *á nativitate*.

—Pues qué ¿está enferma por dentro?

—No, hombre; ¡que nunca te enteras de primera intencion! Hablo de un profesor músico, para que la pruebe la voz y vea qué registro usa.—Ayer *salió* por peteneras, y me parece que podria cantar la *Sonámbula* ó *El amor y el almuerzo*.

El padre accede, y registrada la niña resulta con disposiciones para tiple dramática, sin perjuicio de actuar como *leggera* en caso de necesidad.

Desde aquel momento, no hay hora de tranquilidad en la casa de la tiple en estado de canuto.

La chica solfea hasta en sueños, y hace mas escalas que un vapor de la carrera de Marsella.—El vecindario tiene cólico cerrado de corcheas, *fioriturí* y *apuntaturas*.—La gran artista en formacion no goza momento de reposo, ni libertad, ni casi personalidad humana.

—Tómate una docena de huevos crudos, que ya vendrá el maestro, y quiero que hoy tengas la voz argentina ó argentífera, ó como se llame.

—¡Cierra esa ventana Roque, que se vá á constipar la niña, y podemos perder en una bocanada de aire 10.000 duros de renta y los beneficios libres!

Por fin, declara el profesor en semínimas, que la niña está en disposicion de *presentarse ante un público*, y desde entonces ya se sabe: todos los inundados, todos los terremoteados, todos los tullidos de solemnidad, todos los jóvenes quintos sin defecto físico alegable, todos los incendiados, y todos los establecimientos be-

néficos del Reino y coloniales, cuentan con el desinteresado concurso de la Señorita X, que cantará en obsequio del beneficiado el *Valse de il baccío*, el *rondó* de *Lucía* (con *ch*) ó alguna cosita del *Trovador*.— Despues, ¡allá vá la nave! Ovaciones, palomas, billetes amorosos, lluvias de flores, contratas expléndidas, bombos desaforados en la prensa, inundaciones de bistecs para los padres, beneficios lucrativos, éxitos asombrosos, conducciones en triunfo desde el teatro á la fonda, á la luz de las antorchas en un carruaje tirado por *dilettanti*, y para fin de fiesta un matrimonio morganático con una testa coronada... antes y despues de la boda.

¡Pues nó digo nada, si la chica es chico y posee tambien facultades para el canto!

—Te digo que he llevado en mis entrañas á un Tamberlick;—exclama la madre de uno de esos artistas que surgen ahora en todas partes.

—En tu primer matrimonio, no digo que nó; pero ahora nuestro hijo se llama Chivata, como yo, y como mi padre, y como mi abuelo;—responde el alu-

dído, sin darse cuenta de la exajeracion maternal.

—No es eso, hombre; es que tenemos un hijo tenor de fuerza.

—¡Como su padre!—añade el Sr. Chivata, preocupado con sus perfecciones de raza.—Sesenta y seis años tengo, y nadie mejor que tú sabe de lo que soy capáz.

—Tampoco es eso; es que el niño puede cantar el *Pirata* y *Otello* y una porcion de cosas mas.—Me lo ha dicho un profesor de violin que vá á casa de las de Taruguillo y lo ha oido gritar porque le pisaron un pié...

—¿A quién? ¿al profesor?

—No, al niño, á nuestro hijo; al Tamberlick que yo he llevado en mi seno, aunque me esté mal el decirlo.—Es menester que aprenda música, y que se dé á conocer.—¿No tienes tú amigos en la prensa, Chivata? Pues con poco que le ayuden, verás qué vejéz pasamos.—Tenor hay que gana mil duros por funcion y el chocolate pagado.

Y desde aquel momento queda consagrado á la ópera séria del vástago de los Chivata, que poco á poco vá gritando con

mas arte, y que acaba por conmover á todo el vecindario cuando se arranca por lo de: *¡Madre infelice, corro á salvarte!* ó vocifera lo de: *¡questa infame l'onor a venduto...!*

Chivata termina al fin sus estudios, y se lanza á los salones, á los conciertos, y á los teatros, con un ardor artístico que hace temer que se raje una noche en el *allegro* de cualquier aria de las que ejecuta á todo vapor.—No hay novena en que Chivata no tenga un motete que entonar, ni honras fúnebres de patriota de gran espectáculo donde no se le confie un solo, ni *Te Deum* en que no haga temblar las vidrieras y las arañas de la iglesia con sus acentos enérgicos y verdaderamente apocalípticos.

Por fin, la fama de Chivata pasa las fronteras de su provincia, y viene la esperada contrata, con todas sus consecuencias de sueldo pingüe, vestuario lujoso, favores inapreciables de las damas, revistas teatrales en que se dice de Chivata algo que sonrojaría la modestia de Mario y de Rubini, trajes lujosos y telegramas como este á sus asombrados padres:—«Chipiona 7, 12, 35

noche.—Exito inmenso. Diez coronas de laurel auténtico. Regalos régios. Público frenesí. Despues aria final, 10 muertos vistos en el teatro. Custódiame guardia civil. —Chivattini».—Esta italianizacion del apellido, es la primera consecuencia de la vida artística en el ramo lírico: un tenor llamado Gomez á secas, no podria pasar del cuerpo de coros, ó de *embolado*, como se dice en el caló teatral.

No puede usted figurarse lector amado, cuanto siento no haber nacido barítono con gotas de tenor, ó siquiera bajo de cuerpo. —Las letras, aun las de cambio, están completamente perdidas, y ya que cada dia me siento menos liberal, no me hubiera disgustado ser á estas horas *absoluto* en mi cuerda, y hacer gorgoritos en vez de escribir artículos.

Verdad es que he venido al mundo en la época de los artistas esporádicos; pero es tanta mi desgracia, que no dí señales de tenor, ni siquiera fuí crisálida de tiple en la infancia, y no pudieron dedicarme al oficio de millonario vocal ó instrumental.

Así es, que mientras unos tienen fortu-

nas inmensas en la garganta, yo suelo tener anginas; y pasándome la vida en un grito, no canto mas que alguna que otra palinodia política.

Es mas; dos años hace que padezco un catarro crónico, y todavia no he podido llegar á *Ronconi*.

UN PUÑADO DE COPLAS

Desde que ha brotado la plaga de los *menosos*; desde que los que por aquí llamamos *señoritos* se complacen en hablar un *caló* falsificado, que está tan cerca de la ordinariez como lejos de la encantadora originalidad del lenguaje del pueblo andaluz; desde que se confunde por lamentable equivocacion la contrahecha *flamenquería* con los usos, las costumbres, las creencias, los cantos y la literatura del verdadero pueblo, van cayendo en descrédito todas las dotes de ternura, de pasion, de filosofía, de saber, y hasta de hombría

de bien, de la masa popular mas digna de admiracion; de esta masa popular andaluza, que así produce héroes, como artistas, como poetas, como músicos, como sábios, como satíricos, y de todo cuanto Dios crió, como dice la frase sintética de ese mismo pueblo.

No bastaba, por lo visto, con que la moda estendiese su ridículo imperio hasta lo mas apartado de los campos, proscribiendo aquellas clásicas vestiduras que otros pueblos conservan apesar de todos los esfuerzos de la indumentaria cosmopolita; se necesitaba tambien que afrentosas degeneraciones de las costumbres populares, vinieran á profanar la casta musa de Juan del Pueblo, esa musa que ora tiene acentos de cólera verdaderamente africana, ora destila perfumadas lágrimas de uno á manera de platónico y sublime amor, ora arranca deleitosos sones al idílico caramillo, ora se lanza camino del cielo en forma de plegaria que vá á buscar el trono mismo de la Madre de Cristo para rendirla el homenaje de unas creencias muchas veces seculares, en forma de poema en cuatro versos.—Es preciso, pues, que los amigos del pueblo,

los que por fortuna podemos, á beneficio de un trabajo mental no tan fácil como parece á primera vista, separar lo chabacano de lo sencillo, lo popular de lo populachero, lo sandio de lo tosco, lo corrompido de lo sano, trabajemos con entusiasmo en esta obra de deslinde, para que no se confunda el café-cantante, producto del vicio y de la corrupcion, con ninguna de las manifestaciones genuinas del genio popular.—El tango lúbrico, la danza deshonesta de afeminado bailarin, el chiste pornográfico, el ademán cínico, no son populares; como la palabrota que inventa corrompida muchedumbre, no es la frase sentenciosa y original que á cada paso surge del cerebro colectivo del verdadero pueblo, y que las generaciones van perpetuando como tesoro de sus luces naturales.

Tanto como me carga el pueblo que se viste de miliciano nacional, el pueblo descreido, ó el pueblo fanático, me enamora, seduce y atrae, el pueblo de los cantares, de las sentencias, de los rasgos que definen y retratan una raza, de las costumbres patriarcales, de las creencias sencillas, de la nativa poesía, del valor caballeresco y pru-

dente, que estalla en el momento adecuado y vuelve á la modestia y á la oscuridad apenas fenecida la homérica empresa.

La copla que vibra en labios del pueblo, no es solo un conjunto de acordados sones; á veces es un grito desgarrador, de angustia ó de celos; á veces es una fermata irreducible al pentágrama, que recuerda el extraño hipo del dolor, y finje uno al modo de hervidero de lágrimas; á veces es un coro de alegres carcajadas; á veces un trueno imponente preñado de amenazas; pero siempre hay en la copla popular fondo, forma, filosofía, arte, huellas de una estética innata, y tan gráficos y felices medios de espresion que jamás ha existido ni existirá poeta individual, llámese Byron ó Espronceda, Victor Hugo ó Zorrilla, Homero ó Schiller, Pindaro ó Goethe, Calderon ó Lope que reuna á la concision la justeza del concepto, á la trascendencia el principio poético, que reunen esas coplas anónimas que solemos oir sin entenderlas y que condenamos sin juzgarlas, como pudiera condenarse al fuego un lienzo de Velazquez borroso y ennegrecido para ojos indoctos.

Mi pueblo, el pueblo que yo amo, un pueblo que no ha leido jamás *El Motin* por la razon sencilla de que no sabe leer, un pueblo que jamás ha colaborado en los periódicos socialistas, por que no sabe escribir; un pueblo todo arte, todo pasion, todo espíritu, todo creencias consoladoras, rompe á cantar el dia que se muere *ella*:

¡Ay que la anterraron
con la mano fuera!
¡Que como era tan esgraciaita
le fartó la tierra!

¡Faltar la tierra...! ¡Faltar lo inmenso, lo inagotable, lo irreducible al cálculo y al esfuerzo! ¡Y todo para que de una hipérbole superior al arte poético, surja incomensurable el infortunio de una oscura hija del pueblo!

Nunca es mas bella la vida, nunca se siente mas hambre de vivir, nunca parecen los dias mas cortos, que cuando se ama y el espíritu se recrea en interminables duos poblados de arrullos.—Juan del Pueblo lo sabe; conoce con profunda intuicion filosófica lo finito de la naturaleza humana, y

dá al aire este cantar saturado de amargo despecho porque no está en sus medios eternizar la vida:

Desde tu balcon serrana,
se divisa el cementerio;
cuando estoy á tu laito
¡qué pena me dá de verlo!

Juan del Pueblo ha puesto los ojos en una *Traviatta*, verdadero sepulcro blanqueado, en quien la belleza de la forma externa, cubre internos abismos de fango moral.—Entonces Juan del Pueblo, sin valerse siquiera de aquella frase deshonesta tan repetida por Cervantes, sin haber logrado arrancar de su alma el amor pecaminoso, canta su desgracia en estos tres versos que exudan resignado fatalismo:

¡Con quien vine á dá...!
¡Con la hija de una mala madre
jartica é roar!

Ese pueblo tan extraño al convencionalismo que se llama buena educacion; ese pueblo que no sabe fingir sonrisas galantes; que sentiria verdadero terror si inopinadamente se viera en un salon poblado de

damas que esperan el cumplido de rúbrica, ceremonioso y falso, es todavía, á Dios las gracias, depósito de la tradicional galantería española.—Oigamosle discretear con verdadero *esprit*, con humorismo culto, y siempre con una gran dósis de sinceridad y sentimiento:

La gachí que yo camelo
se l' antojao un estreya,
y estoy frabicando un globo
pa subí ar cielo por eya.

El hombre que no se aflije
cuando yora una mujé,
ni ha conosio á su mare
ni sabe lo que es queré.

Er día que tu naciste
cayó un peaso der cielo;
jasta que tu no te mueras
no se tapa el abujero.

Ayer pasé por tu caye
y te bide en er barcon;
siempre que se mira ar cielo
se vé la gracia de Dios.

Juan del Pueblo sufre paciente ó desdeñoso todos los insultos, menos dos: aquel

que tiene por base la infidelidad de la cónyuge, y el que de algun modo toca á la madre adorada; por que Juan del Pueblo pone por cima de todos sus amores la veneracion del ser que lo llevó en sus entrañas, haciendo de este culto amoroso una especie de sublime fetichismo. —Vulgarísima es la frase, pero gráfica y al alcance de la mas superficial observacion: todo se lo toleran los muchachos, menos *mentar la madre*, que es el colmo del insulto y las mas sangrienta agresion.—Por eso Juan del Pueblo pone en sus acentos inefable ternura, cuando canta á su madre:

Penas tié mi mare,
penas tengo yo;
las de mi mare son las que yo siento,
que las mias nó.

Por ver á mi mare diera
un deiyo de la mano,
er que mas farta me hiciera.

Yo preso en la trena,
malita mi mare,
er que jiciere cariá por ella
mi Dios se lo pague.

Jincarse en roillas
que ya biene Dios;
bá à recibilo la mare é mi arma
é mi corason.

¡Qué cuadro del viático, este último! ¡Como se adivinan al destocado moceton, á la hembra mal envuelta en su pobre abrigo, al muchacho absorto y suspenso, todos arrodillados, todos tristes, mientras la callada comitiva desfila en demanda de la casa donde la enferma espera creyente y resignada la salvadora medicina espiritual! —¡De que admirable modo pintan esas pocas frases rudas, la fé del cristiano y el dolor del hijo!—¡Qué manera de hacer una filigrana de un diminutivo!—¡Qué perfume de amor filial, que ténue rumor de besos maternales, hay en ese *malita* de imposible pronunciacion adecuada y sentida para el que no hace de su madre personificacion de un amor indescriptible, de una ternura inefable, de una religion afectiva toda sacrificios, toda espíritu!

El testamento de amor de Juan del Pueblo, tiene capítulos que ponen làgrimas

en los ojos y espanto en el corazon.— Juan del Pueblo se muere, pero todavía ama la vida, todavía se aferra á la existencia, como el náufrago á la flotante tabla, y dice:

Cuando yo esté en la agonia
siéntate á mi cabecera,
fija tu vista en la mia
y pue sé que no me muera.

Perdida ya toda esperanza, invadido del frio mortal, abre por última vez sus lábios, ansioso de llevarse á la zanja algun amuleto del ídolo adorado de rodillas mientras vivió, y consigna con desgarradores acentos esta postrera súplica:

¡Mira que te encargo! ¡Mira que te encargo!
que cuando me muera,
con una matita de tu pelito negro
me aten las manos!

Tras la conmovedora súplica de un amor que ha de vivir aun en el fondo helado de la fosa comun, la expresion sañuda de una ofensa no vindicada en vida y de unos celos rencorosos:

Si en bia no me vengo
me vengaré en muerte;
porque andaré toas las seporturas
jasta que te encuentre.

¡Pueblo mio, pueblo admirable y admirado por el más ramplon poeta en prosa que jamás atormentó é hizo sudar las prensas!—No te vistas de miliciano; no perpetúes la exótica saturnal pagana vistiéndote de máscara por carnestolendas; y hasta si puedes dominarte ¡la piadosa rutina me lo perdone! no te vistas de nazareno con almidonadas y bordadas enaguas; canta siempre tus puras y rancias creencias cristianas, tus amores, tus penas, la nostalgia de tu espíritu, las inquietudes de tu alma, la ciencia innata que hay en tu cerebro, el amor y el heroismo que hay en tu corazon.—No vayas á la plaza pública á hacer el caldo gordo (locucion de la filosofía parda) á quienes ni te aman, ni te comprenden.—Canta, canta siempre; bajo el sol canicular en las eras; al tibio beso de nuestro hermoso sol de invierno; ante la tersa y serena faz de la luna, celeste antorcha de las noches andaluzas, esas no-

ches en que diamelas y jazmines envian sus perfumes al cielo como un mensaje de gratitud; á la orilla de nuestro manso Mediterráneo, vehículo del genio latino; en las encantadas umbrías de nuestros rios, donde sinó hay escandinavas sílfides de ojos verdes, hay ruiseñores de infatigables pulmones y de inagotables sentimientos; canta, canta siempre, cuando trabajas, cuando amas, cuando lloras, cuando odias y hasta cuando blasfemas; porque blasfemando y todo eres bueno, grande y caritativo, segun has dicho en estos cuatro versos saturados, por partes iguales, de indignacion y de misericordia:

Es mas grande mi cariño
que la boluntá de Dios,
porque Dios no te perdona
lo que te perdono yo.

Despues de esta copla, puede emplearse, sin caer en pecado cursi, la conocida frase hecha de: huelgan los comentarios.

EL PERIÓDICO IDEAL

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO.

¡Oh vilipendio! ¡oh mengua!—exclamó D. Justo Leal y Completo, natural de Sinhiel, casado en primeras y únicas nupcias, de cincuenta años de edad, padre de un solo hijo, bachiller en filosofía y letras, rico por su casa, y espartano por convencimiento, despues de haber apurado el último sorbo de su taza de té con leche, en el café de *La Pureza*.—¡Esto es bochornoso! ¡Llamar *pudorosa señorita* á una bolera á quien yo he adivinado por dentro á través de su pantalon de seda, y por la módica suma de una peseta...! ¡Ape-

]lidar *inteligente y probo funcionario* al Gobernador de la provincia de Jauja, que estuvo en la escuela conmigo, y salió de ella para sentar plaza por haberse declarado incompatible con el abecedario y con las meriendas, plumas, y pañuelos de los demás muchachos...! ¡Qué insensatéz, la de esta prensa!—Y con ademan digno de un barba enfurecido é indignado, estrujó entre sus manos el ejemplar de *La Correspondencia de España* que tal disgusto le habia producido; indemnizó al dueño del café del daño y del perjuicio; pagó su taza, sin dar propina, por que lo supérfluo es enemigo de la moral; y abandonó el café de *La Pureza* murmurando:—¡Voy á enseñar á mis coetáneos, como hacen sus periódicos los hombres honrados y justos!

Poco despues el gobernador de la provincia concedia permiso para que viera la luz pública el periódico diario, de política, administracion, literatura, ciencias, artes, industria é intereses morales y materiales, titulado *El Ideal*, y dirigido por D. Justo Leal y Completo.

CAPÍTULO ÚNICO.

La escena representa el despacho de don Justo. Este, vestido de blanco, como una sacerdotisa que vá ofrecer sobre el ara el muérdago sagrado, hojea con mano reposada un centenar de periódicos. A respetuosa distancia, un cajista, lleno de pies á cabeza de tinta de imprenta, esa salsa del pensamiento, aguarda que D. Justo le entregue el original necesarió para proceder á la coufeccion de *El Ideal*.

El monólogo es la forma favorita que el sábio dá á sus discursos; y D. Justo habla solo como un simple mortal á quíen el casero ha puesto en ese trance.

—Pues señor, me voy convenciendo de que es mas difícil de lo que me figuraba, hacer un periódico modelo; pero no lo juzgo imposible. Tres horas hace que busco tema para el artículo programa.

Considero el programa como la ley físico-moral que ha de regir la vida futnra de mi publicacion, y quiero que sea inmutable y progresivo al mismo tiempo, por que yo creo que el progreso es la gran elipse que debe recorrer eternamente la humanidad.

—Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Inmutable y progresivo! ¿Y cómo se compaginan tan antagónicos conceptos? Saldré del paso con unas cuantas ideas generales sobre la moral y el patriotismo, diluidas en una aspiracion generosa hácia la libertad, que es á las acciones humanas lo que el alcohol al vino; algo que tonifica y alegra. Pero esto tampoco me satisface; así escribiria cualquier sombrerero metido á periodista sentimental. Párate ¡oh Justo! que me parece que deprimes á la clase de sombrereros, que tantos constipados nos ahorra por un módico estipendio. ¡Resolví mi problema! No haré artículo programa. Los programas, despues de todo, están muy gastados. prefiero que el público se tome la molestia de adivinar mis propósitos. Para ser bueno no se necesita exponer con inmodestia el catálogo de las virtudes en que es uno sobresaliente. Fuera el artículo. Quiere decir que me refugiaré en las noticias, en los sueltos, y tanto los depuraré y decantaré, que ellos me defenderán. Repasemos la prensa... Política internacional: alianzas de España con las potencias H. y B. Yo soy profundamente latino; es decir, latino

hasta donde puede serlo un bachiller; pero me enamora la raza latina. Aconsejaré la union con Francia, con Italia... Pero la verdad es que la raza latina está muy degenerada; y despues de todo ¿qué diria yo á mi conciencia de patriota, si la alianza con la latinidad viviente nos produjera sendos cogotazos físicos y diplomáticos? Los negocios graves, despues de todo, se resuelven por su propio peso. Dejemos á la ley de la gravedad resolver el conflicto europeo palpitante. Así como así, mi periódico ha de ser español y para los españoles; lo haré, pues, bien nutrido de noticias españolas. Leo: «En la Administracion de »Rentas de Cebollinos se ha cometido un »robo consistente en 7.500 duros. Se ignora »quienes sean los autores.» ¡Para tu abuela! El autor de ese robo tiene que ser el propio administrador de Rentas. Estaria desfalcado, habria jugado el dinero: las costumbres sociales exigen que los empleadillos gasten tres veces mas de lo que ganan... Eso es; lo diré así: «Indicios evidentes nos »permiten asegurar que el autor del robo »de la Administracion de Cebollinos es el »administrador mismo...» Pero ¿dónde voy

á parar? ¿Y si me equivoco? ¿Y si calumnio? Ciertos hechos no deben publicarse mas que con las pruebas materiales en el bolsillo. Justo; para imitar las ligerezas de la prensa, no debes tú declararte periodista.— Mejoras de interés local. Esto es ya otra cosa. Aquí se puede uno estender. Pediré la reforma completa de la poblacion. Acusaré de negligentes al Alcalde y á los concejales. Les diré pesares. Les acusaré de falta civismo. Pero ¿quién me garantiza que no me equivoco? ¿Quién me dá la regla fija, exacta, infalible, para conocer lo que es olvido malicioso, y lo que es imposibilidad material ó falta de medios? ¿Quién me guia en el dédalo de las cuentas municipales! Lo dejaré paramejor ocasion; para cuando me provea de los indispensables antecedentes. Hechos diversos. ¿Qué se ha casado el jóven X con la señorita O? ¿Y que interesa eso al público? ¿Y por qué he desear á los novios una eterna luna de miel, sino hay semejante luna, y si la que existe dista mucho de ser tan dulce? Y siendo él, como es, uno de nuestros primeros perdidos ¿por qué no decirselo en letras de molde para avisar á la familia de la novia? Y si el

novio ha hecho trizas su pasado por medio del arrepentimiento y se propone ser un hombre honrado, ¿por qué impedirselo sacando á la vergüenza su nombre?—Haré estadística. La estadística, no ofende á nadie. Aquí tropiezo con el movimiento de poblacion. Nacidos: varones legítimos 6; ilegitimos 10; hembras legítimas 2; ilegítimas 4. Fallecidos: de tisis 1; de viruela 2; de tifus 3; de... Y sin embargo, no estoy seguro de que este sea un terreno tan sólido como parece á la simple vista. ¿Quién me garantiza á mí que al sentarse las partidas de los nacidos legítimamente, no se ha cometido una falsedad para privar á otro de la codiciada herencia, del título, ó de la condicion? ¿Por qué no investigar la paternidad de esos séres que hacen su entrada en el mundo acompañados de un estigma imborrable, para castigo de los que así proceden? ¿Y quién pone en claro cuantos han fallecido del médico, en vez del tifus? ¿Por qué he de contribuir yo á aumentar la mala fama de que gozan algunas enfermedades, que tal vez sean inofensivas? Decididamente, creo que el movimiento de poblacion es

un verdadero nido de dificultades para el escritor que se debe á su conciencia. A la gacetilla hay que renunciar tambien. Se nutre de la frivolidad. Ha de registrar con aplauso, la gran cruz concedida al Sr. Z., que siendo toda su vida un hombre malo, ha pasado à ser excelentísimo de repente. Hay que dar cuenta del regreso del señor M. cuya insignificancia está fuera de duda. Hay que llorar sobre el cadáver, aún caliente, del que debió morirse para bien de la humanidad muchos años antes. Hay que aplaudir el salto de *Chicorro* y respeter la decadencia de Tamberlick; y llamar «estimado compañero en la prensa» á quien desearia uno ver en galeras.....

—Don Justo; el original hace falta.— Dice en este punto el cajista, gran sacerdote de la palabra escrita.

—Pues márchese V. que yo me encargo de enviarlo á la imprenta.

Y D. Justo volvió á entregarse con afan á su tarea creadora.

Rechazó la idea de dar cuenta de los espectáculos, porque todos son inmorales ante una crítica severa.

Juró no publicar las cotizaciones de la

Bolsa, porque su conciencia no le permitia contribuir á lo que en el fondo y en la forma es un desenfrenado juego de azar.

Condenó la sàtira acordándose de que el mono es el primer satirico de la creacion; y rechazó el estilo sério porque la taciturnidad del asno le gritaba: ¡riete, sino quieres copiarme!

Entretanto llenó la noche y D. Juan, vencido, fatigado, se durmió sobre su pupitre.

Al dia siguiente, los buenos vecinos de la ciudad de Sinhiel recibian una inmensa hoja de papel completamennte en blanco, salvo este título: *El Ideal*, que en letras negras y un tanto borrosas, turbaba la soledad de aquel desierto que se les entraba por las puertas.

Era la obra magna del Sr. Leal y Completo; era el único periódico posible para un hombre llamado Justo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

Don Justo era una de esas naturalezas vehementes pero reconcentradas, que no atruenan el aire cuando les duele algo, que no lanzan gritos de furor ó de pena cuando les aflije una desgracia, pero que no por eso sufren menos, por que D. Justo era un hombre de esos que comen de sus carnes, y á quienes la procesion les anda dentro.—Pero al ver el primer número de su casi inmaculado periódico, comprendió que habia hecho lo que ahora se llama una *plancha*, y no es mas que una de tantas maneras de ponerse en ridículo; pero ni cejó en su empeño, ni desmayó en los que él creia sus moralizadores propósitos, ni encontró materiales adecuados para sus especulaciones de periodista integérrimo y arquetipo, y *El Ideal* siguió publicándose en blanco sin en-

contrar lectores, bien que nada tuviese que leer.—En esta labor silenciosa, gastó Don Justo buena parte de su caudal, acabando por poner de acuerdo á toda la opinion pública ¡trabajo herculino! en este punto al menos: D. Justo está chiflado; y asi lo declararon sus coetáneos sin discrepancias, ni vacilaciones.

Al cabo de cierto tiempo, D. Justo es hizo misántropo; de misántropo pasó á monomaniaco; y al fin murió, de un reblandecimiento de la médula espinal segun el médico, de un cólico miserere de cosas bellas, justas y honradas que se le quedaron en el cuerpo, segun sus admiradores y amigos.

Pero como D. Justo tenia un hijo, heredero de su apellido, de su fortuna y de sus gustos, pasado el novenario de duelo *El Ideal* apareció otra vez en el *estadío de la prensa*, pero con abundante lectura, variedad de secciones, nutrido de noticias, pletórico de interés, saturado de sal y de pimienta.

El hijo de D. Justo, dado tambien al soliloquio como su padre, se dirigio un dia el siguiente discurso:

—Está fuera de duda que mi excelente padre buscaba como finalidad suprema el bien, por procedimientos honrados, aunque erróneos.—Hace falta un periódico que sea espejo y prototipo de la clase, pero mi ilustre progenitor equivocó el camino al equivocar el *modus operandi*.—No es el silencio de la duda, no es la muda elocuencia de un hombre prudente, lo que ha de regenerar esta sociedad clorótica y viciada, sinó el acento convencido y enérgico de la franqueza.—Despojemos á la verdad de sus acostumbrados disfraces; resuene la para mí dulcísima música de la ingenuidad y de la franqueza, aunque para el comun de las gentes sea larga y molesta série de ruidos insoportables,—¡Abajo los convencionalismos! ¡abajo la rutina! ¡abajo las frases hechas!—Velemos por la pureza de esta hermosísima lengua española, adulterada por cien y cien modismos inventados por la cautelosa hipocresía para velar las miserías agenas y las venalidades propias.—¿Por qué seguir llamando *irregularidad* al robo?—¿Por qué ese derroche de abjetivos vacuos, aplicados tan torpemente á la turba de notabilidades con-

trahechas que se nutre del jugo de los periódicos!—¿Por qué esos respetos al que no respeta à Dios, ni á la ley, ni sabe respetarse á si mismo?—¿Por qué despistar á la justicia y desorientar á la opinion, en vez de ayudar á la una y encauzar á la otra?—¿Por qué contribuir al predominio de una moral falsa, juzgando los hechos y la esencia de las cosas con arreglo á un patron cortado de antemano?—*¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?—¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*—¿Siempre hemos de dar á la palabra humana, prueba y huella de la divinidad, tan vil empleo que no sirva mas que para disfrazar el pensamiento?—¿Tan deforme es nuestra alma inmortal, que hayamos de estar temblando siempre, temerosos de descubrir su intima y auténtica manera de ser?—Así dijo el arrestado vàstago de D. Justo, con otras razones que omito porque no habia taquígrafo delante cuando pronunció su soliloquio; y desde aquel momento quedó decretada la publicacion *El Ideal,* á quien ya hemos visto en la calle luciendo sus negras al par que luminosas vestiduras.

Yo era por desgracia amigo del hijo de D. Justo, y estoy al dedillo, como suele decirse, de sus amarguras y malandanzas.—Cuando se publicó el primer número de *El Ideal* con letras, temblé por la vida de mi obcecado amigo.—Al segundo dia me estrañó sobremanera verlo vivo; y al tercero, que es por lo regular fecha y plazo críticos, sobrevino la catástrofe, por que catástrofe digna del estro de Euripides fué la oclusion de *El Ideal* en su segunda época.

No necesito reproducir aquí á la letra todos los artículos, sueltos, gacetillas, noticias varias, telegramas, misceláneas y variedades que dieron con *El Ideal* en tierra. —En primer lugar, comenzó por sembrar la desconfianza en torno suyo, al repartirse gratis y á domicilio.—Un periódico que no viene á lucrar por los medios acostumbrados, que son los únicos conocidos como lícitos, por fuerza obedece á un plan siniestro.—Debe de ser un libelo contra alguien que tiene algo que perder;—decian unos.—Debe de escribirlo un cesante; pensaban otros.—Es órgano de una sociedad de jugadores que quieren imponerse por la tremenda.—Y así sucesivamente, pasándose de lis-

tos, todos los notables de la poblacion emitieron juicio adverso á *El Ideal*, que por otra parte publicaba atrocidades como las siguientes, escogidas al azar en aquellas columnas que fueron á un Quijote de la prensa lo que los campos manchegos al buen caballero de la Triste figura:

—«Por fin ha podido contraer matrimonio la hija de los Sres. de Zurriburri, que á mas de contar cerca de 40 años gozaba de muy mala reputacion.—Felicitamos á los padres de la desposada, que á no ser por la patente estupidez de su yerno no hubieran podido dar salida á la reciencasada.»

—«Anoche à las altas horas penetraron en el domicilio del Sr. Garduña tres hombres desconocidos que se llevaron del arca donde aquel guardaba sus caudales 50.000 duros en oro.—Como era público y notorio que el Sr. Garduña hizo esa fortuna por medios ilícitos, solo debemos alabar á la justicia divina que nada deja impune, y felicitar á los afortunados cacos.»

—«El Sr. D. Lesmes Calaguala, honradísimo padre de familia, acaba de ser nombrado gran cruz de la órden de***.—En el mejor paño cae una mancha.»

—«Esta tarde se verificará en casa del Sr. Aguas-turbias un espléndido banquete para celebrar el ascenso que el anfitrion acaba de tener en su carrera.—La vagilla destinada al banquete es de oro cincelado; el centro de mesa ha costado 3.000 libras esterlinas en casa de los Sres. Gibe brothers, de Lóndres.—El Sr. Aguas-turbias asciende de escribiente meritorio de Hacienda pública á aspirante con 1.000 pesetas anuales de gratificacion.—El juzgado de guardia debia poner en claro estos misterios del ahorro.»

—«No es exacto que el jóven D. Inocencio Suspirillo sea el autor del rapto que ayer sirvió de tema á todas las conversaciones.—El rapto lo preparó y ejecutó la misma raptada, Srta. D.ª Susana Vierge.»

—«Anoche fué puesto en libertad el acreditado ladron urbano Sr. Berbiqui.—Cometen una grave inexactitud los periódicos que dicen que el Sr. Berbiqui ha salido absuelto de la causa que se le seguia por malversacion de fondos.—Como ha salido es absorto de no verse á estas horas camino de presidio.»

—«Probablemente se cerrarán mañana

todas las casas de juego, en vista de que sus dueños no pueden pagar la crecida contribucion subrepticia que se les exíge si han de continuar abiertas.—Aquí del aforismo político, traducido una mijita libremente: «Los excesos de la inmoralidad, se corrigen con la inmoralidad misma.»

¿A qué seguir copiando?—¿Cómo endosarle á mi público, meticuloso y comedido, aquellos tres famosos números de *El Ideal* verdaderos cáusticos, que en 72 horas arrancaron al cuerpo social inmensas túrdigas de pellejo, ayes de dolor, rugidos de cólera, y pavorosas amenazas?—¿Cómo acertar à describir las convulsiones de la llagada conciencia pública, al sentir en las entrañas el dardo implacable, que cada vez se hundia mas y mas empujado por la mano cruelísima del D. Justo, convencido de que ejercia funciones de cirujano providencial?—Baste decir que á la tercera jornada, nuestro héroe se encontró con seis desafíos á muerte, diez ó doce causas criminales, y una paliza de mano agena que le hizo dar uno de sus favorecidos.

El terror, la ira, ó la desesperacion de verse atajado y cohibido en su mision de

reformador de las costumbres, dieron al traste con la escasa razon que ya quedaba al hijo de D. Justo cuando decidió meterse á redentor, y hoy le tienen ustedes recluido en el manicomio de Granada, donde ocupa sus largos y tristes dias de loco pacífico y sentimental en escribir artículos y sueltos, tan cargados de mostaza, que si vieran la luz pública no escaparia, ciertamente, tan bien librado como cuando su primer acceso de moral rábica, y eso que perdió la libertad, la razon, y algunas costillas que hubieron de quedársele inservibles para siempre.

Dias pasados le visité en su celda, y lo primero que hizo fué decirme que andaba á punto de descubrir el modo de reemplazar la tinta de imprenta usual y corriente, por una disolucion de ácido prúsico, mortal de necesidad.

¡Dios lo haya perdonado!

EPÍLOGO.

El hijo de D. Justo tiene á su vez un hijo, Justo tambien como su padre y como su abuelo, que se propone seguir las tradicio-

nes periodísticas de sus ascendientes; pero no hay cuidado; este *entiende el pez de limon*, y su periódico será una mina de oro.

Como que se propone estar de acuerdo siempre con todo el mundo, y no usar mas que estas dos locuciones: el digno Sr. H; el dignísimo Sr. X...

¡Y que le entren moscas!

INDICE

	Páginas.
Al que leyere.	7
Las cuatro esquinas de Mari-blanca.	15
Un paseo por la eternidad. . .	49
El primer coche.	91
Una historia maravillosa. . .	101
La oracion de la tarde. . . .	137
En noche de difuntos.	147
La procesion.	157
Los humoristas.	165
Temas veraniegos.	181
Saletês.	223
Las primeras aguas.	231
Almanaques.	241
Las castañas.	251
La vida pública.	259
Cuestiones de ornato.	269
La pecadora, el niño y el pájaro.	279

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial

Páginas.

Los convencidos. 293
Cantantes esporádicos. 303
Un puñado de coplas. 313
El periódico ideal. 325

RELOSELAS

CHARLA QUE

TE CHARLA

FAN
XIX
88